

NICARAGUA

UN POCO DE HISTORIA

DE CUANDO SE LUCHABA CONTRA ZELAYA

ESCRITOS DE 1896

PARA "LA PATRIA", DE SAN JOSE
COSTA RICA

SELVA SE DESATA CON EL CARACTERISTICO ESTILO VEHEMENTE QUE LE ERA FAMILIAR, EN CONTRA DEL GOBIERNO LIBERAL Y EN ESPECIAL EN CONTRA DEL PRESIDENTE, GENERAL ZELAYA. MUCHAS DE LAS FRASES DE ESAS PRODUCCIONES SON COMO GUIJARROS, CUANDO NO PELLADAS DE LODO, QUE LANZA AL GOBERNANTE. APARTE DE LAS VIOLENCIAS, LAS EXPLOSIONES DE IRACUNDIA DE SUS FRASES, Y LOS EPITETOS CON QUE CONDIMENTA LA RELACION HISTORICA, TIENE ESTA, INDUDABLEMENTE, SU INTERES, PORQUE AL NARRAR LOS HECHOS OCURRIDOS EN ESE PERIODO LO HACE CON BASTANTE PRECISION. LE FALTO ECUANIMIDAD AL ESCRITOR NICARAGÜENSE, EN LOS ULTIMOS ARTICULOS DE HISTORIA PATRIA QUE ESCRIBIO LLENOS DE MORDACIDAD Y DE IRACUNDIA, EN CONTRA DE LOS POLITICOS DE SU PAIS QUE GOBERNABAN LA REPUBLICA.

¿POR QUE PELEAN? ¿QUE BUSCAN?

HE observado que no se conoce aquí la causa eficiente de la actual revolución de Nicaragua. Generalmente preguntan por qué pelean, qué buscan, qué quieren. Para saber eso, es preciso conocer ciertos hechos históricos que son como antecedentes de que legítimamente se deriva la lucha actual. Sin conocer eso, no se puede apreciar la naturaleza de la guerra, ni calcular hasta dónde pueden llegar sus consecuencias, si la conducta de los Gobiernos de las otras Repúblicas de Centro América no pone coto al mal.

Muy conocida es la antigua rivalidad que ha existido entre Granada y León. Ambas ciudades han pretendido siempre la supremacía, y esa pretensión ha sido causa de largas y desastrosas guerras. La última que hubo con ese motivo fué la de 1854, que terminó con un convenio de paz, firmado en León el 12 de setiembre de 1856. Los partidos legitimista y democrático se unieron para combatir a los filibusteros y no depusieron las armas hasta que lograron arrojarlos con el apoyo de los jércitos de todo Centro América. Entonces se organizó un Gobierno que se le llamó "el Gobierno chacho", presidido por los caudillos de ambos partidos; se dió al país una nueva constitución, se procedió a elecciones para presidente y resultó popularmente electo el caudillo legitimista, que era leonés de nacimiento. Esas circuns-

tancias y el agotamiento en que el país estaba, produjeron una paz octaviana. Todo el mundo se consagró al trabajo, se echó un velo sobre lo pasado, el orden constitucional quedó establecido, hubo una larga sucesión de períodos presidenciales y parecía cerrada para siempre la era de las revoluciones armadas. Desgraciadamente, el partido conservador se fraccionó: los diversos círculos se hicieron antagónicos, cada uno pretendía el predominio y luchaba en los comicios por alcanzar el poder con tal ardor que no parecía si no que se tratara de una cuestión de vida o muerte, entre partidos realmente contrarios.

1886: EVARISTO CARAZO A LA PRESIDENCIA DE NICARAGUA

En este estado se verificó la elección presidencial de 1886, que llevó al poder al benemérito ciudadano don Evaristo Carazo. El candidato vencido fué el caudillo de la fracción que se denominaba "conservadores genuinos" La derrota despechó a los principales hombres de ese círculo y les cegó hasta el punto de ser intransigentes y hacer una oposición sistemática al Gobierno del señor Carazo, en vez de rodearle reorganizar el partido que por tantos años conservó la paz y que impulsó al país, aunque lentamente, por

la senda del progreso material, intelectual y político, haciendo positivas conquistas democráticas y sentando las bases de la verdadera República. Esa conducta de los conservadores genuinos, fué causa de que el partido dominante buscara garantías para el caso eventual de falta absoluta ó temporal del Presidente. No había entonces vice-Presidente; el Congreso elegía cinco senadores, se escribían sus nombres en cinco papelitos, se sacaban dos al azar y los nombres de los tres restantes se escribían en pliegos separados que eran cerrados, sellados y numerados 1º, 2º y 3º, por los Secretarios del Congreso. Con este juego de cubilete, se pretendía ignorar quiénes eran los senadores designados por la suerte para suceder al Presidente de la República en caso de falta repentina, temporal ó absoluta; pero los Secretarios del Congreso tenían habilidad bastante para saberlo y aun para numerar con el N° 1º al que fuera de su agrado.

ROBERTO SACASA, PRIMER DESIGNADO, A LA PRESIDENCIA DE NICARAGUA

Se creó allí que de esta manera hizo colocar el Sr. Carazo al senador D. Roberto Sacasa como primer designado. Se supone esto porque el señor Carazo tenía altísima idea de la competencia y honorabilidad del señor Sacasa, estaba ligado á él por amistad íntima y

había influido con sus amigos del Congreso para que fuera uno de los cinco electos, á pesar de la oposición que su candidatura encontró. Pocos meses después de esa insaculación, murió el señor Carazo, casi repentinamente, sin tener tiempo de depositar la presidencia, como legalmente podía hacerlo, en el senador que fuera de su agrado. Se ocurrió entonces á los pliegos cerrados, se abrió el marcado con el número 1º y estando designado en él don Roberto Sacasa, fué llamado á la Presidencia de la República y tomó posesión de ella el 5 de agosto de 1889. Mucho entusiasmo produjo en el país la elevación del señor Sacasa. Por su posición, por su carácter, por su buena fama, tenía las simpatías de todos los partidos. Se creía que la Providencia había intervenido para llevar al poder á un ciudadano de tantos méritos y prestigios, y por eso su Gobierno fué llamado desde el principio "el Gobierno providencial". Los diversos círculos políticos, las corporaciones municipales, el clero, los comerciantes, los agricultores, los colegios, las escuelas, la nación toda, puede decirse, batió palmas, se regocijó, se congratuló y se apresuró a felicitar, por medio de comisiones, al nuevo Presidente, y á ofrecerle su adhesión y su más decidido y desinteresado apoyo. Desgraciadamente, todo fué espejismo, la desilusión no tardó en llegar, cayó el velo y se dejó ver un ídolo de barro que daba principio á una era de calamidades, cuyo término no se columbra todavía.

¡VIVA LEÓN! ¡VIVA EL 54!

DESDE que el doctor Sacasa llegó á Managua se pudo comprender cuál sería la tendencia de su Gobierno. La multitud que le acompañaba gritaba á voz en cuello; viva León!, viva el 54: Esos gritos eran el comienzo de la reacción hacia una época nefasta; eran la expresión de un sentimiento adormecido que empezaba á despertar y decía claramente: aquí estoy; vivo aún. Algunos se alarmaron por aquello; pero la generalidad no se fijó ó miró con indiferencia lo que un observador atento debió considerar como un mal síntoma, revelador de la dolencia del nuevo Gobierno. Los políticos de allí estaban ciegos, tenían mucha confianza en la honorabilidad, buen juicio y patriotismo del doctor y cada círculo pretendía ganárselo y tenerlo en su favor. El doctor estaba loco de contento, le parecía ser sueño lo que le pasaba, había realizado un ideal, había alcanzado un imposible. Como ensimismado, contaba historietas y decía frases ridículas á los que le visitaban y á las comisiones que llegaban á felicitarlo y á ofrecerle apoyo de parte de los diversos partidos ó corporaciones. A los primeros les decía que él creía que "había sido quemado"; aludía allí á los papelitos que, en la insaculación hecha en el Congreso, se sacaban y quemaban. En seguida les contaba que lejos de pensar en la presidencia cuando le llevaron la noticia de que era el primer designado, se ocupaba en despachar unos cuajos para su hacienda; que al oír aquella noticia se sorprendió, se aterrorizó, se levantó, tomó á su esposa de la mano; insistentemente se dirigieron hacia una virgen, de no recuerdo qué, colocada en la sala, se hincaron y alzando los ojos á ella le dijeron: "Madre nuestra, qué te hemos hecho para que nos mandes esta desgracia honrosa". Este rasgo es el de un fanático trastornado que se consideraba instrumento de la Providencia para dirigir

los destinos de la humanidad. ¡Tanto honor, tanta grandeza le parecía al doctor ser Presidente de Nicaragua! A las comisiones que le felicitaban, les daba las gracias, les decía que iba á hacer administración y no política y que su Gobierno debía ser nacional y no de círculo ni de lugar alguno. Estas respuestas le parecían el colmo de la habilidad política y hablando de ellas á sus íntimos amigos, les decía que él mismo contestaba los discursos, que no se valía de ministros como hacían los demás presidentes y que eran tan buenas las ideas que expresaba, que no le cabía duda de que estaba inspirado por el Espíritu Santo. Parece mentira todo eso, yo dudaría si otro me lo contara; pero no lo sé por referencias: él me lo dijo con ingenuidad, como se lo decía á todos los que le escuchaban. Estaba con el juicio trastornado por la emoción que experimentó á la noticia de que era Presidente. Sólo así puede explicarse lo que comenzó haciendo y lo que continuó realizando hasta que los pueblos le arrojaron del puesto en que, según él, había sido colocado por la Providencia. Tal era el hombre que tomó el timón de la nave del Estado en 1889: un loco, fanático, vanidoso y ceremonioso, al principio; en seguida, corrompido y corruptos, y al fin, un personaje ridículo, que no supo defenderse ni caer con dignidad, sino cubierto de oprobio.

DESPERTAR DEL ESPÍRITU LOCALISTA FORMACION DEL LEONISMO PURO CON IGLESIEROS, PICHES Y PELONES

El primer acto de su gobierno fué como repercusión de los gritos de los que le acompañaron desde León hasta el palacio de Managua. Organizó su gabinete con occidentales solamente, rompiendo la tradicional costumbre de los que le habían precedido, de formar su

ministerio con individuos más o menos culminantes, de León, de Granada y otras partes para no dar motivo á celos lugareños ni á que se despertase el espíritu de localismo, que tantos males había causado. En seguida desarmó á Granada; formó allí un "circulillo" que se llamó "iglesiero", y otro en Managua, que le llamaron de los "piches". Estos circulillos eran "incondicionales", esto es, de obediencia pasiva, completa, sin condiciones, listos á obedecer lo que se les mandase. Su consigna era hostilizar á los conservadores, á los que podían oponerse á la ola de fango que se formaba, á los que no transigirían con su conciencia ni se prestarían de instrumento para la obra nefanda que se proyectaba. Los liberales creyeron que había llegado el momento de acercarse al gobierno para llegar al poder por el poder, según la expresión de Cavour. El gobierno los acogió, pero los miró con desconfianza y no les dió posición ninguna, temiendo le echaran zancadillas. Los conservadores tenían celos de los liberales y procuraban alejarlos infundiendo desconfianza en el ánimo asustadizo de los principales hombres del gobierno. Lograron infundirles miedo, hubo un momento de terror pánico, hirieron ir á Managua al General Zavala, (1) jefe de los progresis-

tas, para entenderse con él; pero no pudieron llegar á un avenimiento, tenían á todos los círculos, el gobierno "providencial", que pretendía ser nacional, no podía ser ni un partido en el poder como sucede en todos los países libres; se acentuó la idea de apoyarse en oriente en pequeños círculos aislados, tales como el "iglesiero" en Granada, el "pelón" en Rivas y el de los "piches" en Managua, y en occidente en lo que llamaban el "leonesismo puro". Tal era la situación cuando se reunía en San Salvador la Dieta centroamericana y el doctor Sacasa había resuelto continuar con la "desgracia honrosa" y hácese elegir Presidente para un nuevo período.

Como se comprenderá por esta sucinta relación, había en Nicaragua desbarajuste en los partidos, falta de carácter en los principales políticos, muchas mezquindades y corrupción bastante para que un ambicioso cualquiera se atreviera á todo y pudiera disponer á su capricho de la suerte de aquel desgraciado país. El doctor Sacasa lo comprendió así; y, aunque inepto, vanidoso y necio, hasta la pared de en frente, se creyó capaz para todo y no vaciló en pasar el Rubicón. Lo que sucedió es largo para contarse en pocas líneas y merece capítulo aparte.

TRANSFORMACION DEL PRESIDENTE SACASA

YA sea que el Dr. Sacasa hubiera sido un pillo hipócrita, que fingía honorabilidad para engañar á todos y llegar al poder, ya sea que la posesión de él le trastornase el juicio, le corrompiese la conciencia y despertase en su alma ambiciones bastardas, el hecho es que en poco tiempo se transformó por completo; el humilde se hizo soberbio, el probo se volvió malvado, el hombre de la "desgracia honrosa" que se posternaba ante la imagen de una virgen, se convirtió en ambicioso desesperado, capaz del crimen y de la infamia por coronar sus aspiraciones. No le gustó ya el cognomento de "el palomo" que se le dió por sus constantes arrullos á su esposa, y aspiró al de "tigre" hircano. El diablo tentador le había seducido y lanzado en la senda tortuosa, cuyo término es la ruina de las naciones y á veces el cadalso para los ambiciosos; pero siempre para ellos el odio de las generaciones presentes, la execración de las futuras y la eterna maldición de la historia.

La Presidencia del Designado debía ser de pocos días, según la letra y el espíritu de la Constitución, (2) que disponía que si la falta absoluta del Presidente ocurriese antes de la mitad del período, volviese la elección al pueblo, y, si después, nombrase el sucesor el Congreso, si estaba reunido, ó se apelase á los pliegos cerrados para evitar la acefalía, mientras el Congreso nombraba al Senador que debía ejercer el poder hasta la terminación del período. Los preceptos constitucionales eran muy claros, y conforme á ellos debió el Designado convocar el Congreso para que eligiese el sucesor del difunto Presidente; pero la ambición de mando y de algo más, que se había apoderado del alma del doctor Sacasa; el temor de no ser electo y de tener que dejar el Palacio, que tanto le gustaba, y las sugerencias interesadas de sus amigos y palaciegos, le hicieron encontrar medios para eludir el cumplimiento de la ley.

Reunió una multitud de abogados de su devoción, les hizo declarar lo que le convenía y apoyándose en esa opinión, resolvió por sí y ante sí que podía y debía continuar en la presidencia hasta la terminación del período. Dicho y hecho; continuó sin que le importaran la Constitución ni la opinión pública, altamente expresada en su contra y en contra de los abogados de su circulillo, que, sin facultad ninguna legal, se habían arrogado la de interpretar á su antojo la ley fundamental.

PASOS A LA REELECCION

Y no sólo resolvió continuar hasta terminar el período sino también hacerse elegir para el inmediato. Lo que poco antes era "desgracia honrosa", se había convertido en felicidad suprema; se encariñó del poder y no le gustaba dejarlo; procedió en consecuencia y puso en acción los elementos de que disponía. Su primer cuidado fué armar a León y halagarlo con la idea de que él era leonés y de que los leoneses mandarían á despecho de los granadinos; halagó también á los liberales fingiéndose partidario de la unión centroamericana y acreditando Ministro para la Dieta de San Salvador á don Francisco Baca padre, jefe entonces de los liberales de Nicaragua; sedujo con empleos, negocios y promesas á todos los que tenían hambre y sed de riquezas y de honores y que eran capaces de traficar con su conciencia. Estaba ya corrompido y sin pudor corrompía; el humo del incienso le embriagaba; había perdido el sentido moral y corría al abismo como un caballo desbocado.

La parte sensata y honrada de la nación se puso en su contra, pero fué impotente ante el oro que corrompía las conciencias y ante la fuerza que encarcelaba, confinaba y desterraba á los que no se dejaban envolver y arrastrar por la ola de fango que ahogaba al país.

DIETA DE SAN SALVADOR Y PACTO DE UNION

Mientras tanto, la Dieta de San Salvador concluía y firmaba el pacto de Unión, que debía ratificarse luego y

1) General Joaquín Zavala, presidente de 1879 á 1888.

2) Cn. Política 1858 — Cap. XV — Del Poder Ejecutivo. Arto. 51 — Nota del Editor de este folleto.

comenzarse á cumplir dentro de breve plazo: regresó á Nicaragua el Ministro Baca, llevando el pacto que debía coronar la aspiración de los buenos centroamericanos; por todas partes se organizaban club liberales unionistas, se batían palmas y se hacían preparativos como esperando la llegada del Mesías, del Redentor que debía resucitar la patria muerta, poner término á la era de luchas, de trastornos, de violencias, de injusticias y de tiranías y dar principio á la era de trabajo, del progreso, de la justicia, del derecho y de la libertad.

Mas ¡ay! todo fué ilusión de ilusiones. El pacto cayó como bomba en el palacio de Managua: el doctor Sacasa no pudo ocultar su despecho, se quejó de su Ministro que no había sabido adivinar su pensamiento de que se hiciera un tratado que á nada condujese y, sobre todo, que no le pusiera en la necesidad de convocar inmediatamente el Congreso que era su espantajo, su pesadilla. Reunir el Congreso era para él suicidarse. Sabía que la gran mayoría no pensaba como los abogados de su devoción, estaba seguro de que su primer acto, después de instalado, sería nombrar el Senador que debía continuar ejerciendo el mando supremo hasta la terminación del período presidencial y comprendía perfectamente que él no sería el favorecido. No hubo modo de hacer que convocase el Congreso, ni asegurándole que, siendo la reunión extraordinaria, sólo se ocuparía del asunto para que había sido convocado; se plantó como esas mulas que dicen: de aquí no paso, y, por supuesto, era apoyado en ese sentido por los cortesanos, los parásitos y paniaguados que veían en el cambio posible del Senador encargado de la presidencia, la pérdida de todas sus ilusiones. En consecuencia acordó el Gobierno, después de oír la opinión de una junta, que llamaron de notables, aprobar el pacto y que se sometería al Congreso, para su ratificación, en las sesiones ordinarias; es decir, después de las elecciones en

que estaba seguro de triunfar por la fuerza y el fraude, y de llevar al Congreso á muchos de sus partidarios para tener mayoría en su favor y hacer lo que fuera de su agrado.

EL LIBERALISMO ROMPE CON SACASA Y POSTULA A ZELAYA

Esta resolución del Gobierno abría los ojos de los liberales, comprendieron que se les engañaba, enviaron comisiones ante los Gobiernos Occidentales de Centro América, tuvieron la promesa de ser apoyados por todos ellos y resolvieron separarse del Gobierno del doctor Sacasa y proclamar candidatos liberales para la presidencia de la República. A este efecto, se reunió una gran convención liberal en Managua, formada por delegados de todos los clubs unionistas de Nicaragua, se resolvió romper con el doctor Sacasa, postular para la presidencia al General don José Santos Zelaya y al doctor don Francisco Baca hijo, y publicar un manifiesto expresando lo resuelto, los motivos que para ello había y los propósitos que el partido abrigaba.

Los conservadores tuvieron también su convención en Granada y postularon á don Heleodoro Rivas, de Managua, y á don Mariano Bolaños, de Masaya.

Frente á estas candidaturas, estaba la del doctor Sacasa, proclamada por el mismo Gobierno y sostenida por los empleados públicos, por la policía, por las guardias en servicio, y, sobre todo, por el tesoro nacional.

Como se comprenderá por lo expuesto, el espíritu de localismo no era todavía factor principal en la política. La antigua rivalidad de orientales y occidentales no se había despertado por completo y los partidos liberal y conservador se preparaban para la lucha, sin tomar en cuenta las aspiraciones lugareñas. Esa calamidad vino después, como se verá luego.

SACASA Y LA GUERRA ENTRE EL SALVADOR, GUATEMALA Y HONDURAS

MIENTRAS en Nicaragua se preparaban para la lucha electoral, en El Salvador tenían lugar acontecimientos espantosos, terribles y sangrientos, semejantes a los del bajo imperio, tan frecuentes hoy en la sublime Puerta. Los hermanos Ezeta, al servicio del Gobierno se rebelaron. El Presidente Menéndez murió de manera misteriosa al consumarse la traición. El país se horrorizó en presencia de aquel crimen y se aprestó para combatir á los traidores; pero la intervención imprudente del Gobierno de Guatemala cambió el curso de los acontecimientos, se unieron los pueblos á los usurpadores y marcharon a la frontera á combatir á los guatemaltecos. Se empeñó una lucha tremenda, se libraron combates encarnizados, los guatemaltecos retrocedieron, los traidores se cubrieron de gloria, los pueblos olvidaron el crimen, vieron patriotas y héroes en los usurpadores, éstos se aprovecharon del cambio efectuado en la opinión y consolidaron su gobierno.

Con estos acontecimientos quedó roto el pacto de Unión y se desvaneció la esperanza que los liberales de Nicaragua habían tenido de ser apoyados por los gobiernos occidentales. El doctor Sacasa comprendió el partido que podía sacar de aquella situación, tendió la mano

á los traidores y usurpadores, tuvo en ellos un aliado, desaparecieron sus temores y halló ancho campo para desarrollar sus planes de dominación, á pesar de tener en su contra á los partidos liberal y conservador. Con pretexto de la guerra entre El Salvador y Guatemala y Honduras, levantó un ejército en el que enrolaba á todos los que debían hacerle oposición en las elecciones. Los opositores que aparecían y no cedían á los halagos ni á las amenazas, eran confinados á distintos puntos en donde no podían votar, y de esta manera suplía su falta de partidarios, quitándole á sus enemigos.

FUSION LIBERO-CONSERVADORA CONTRA SACASA

Por su parte, liberales y conservadores comprendieron la dificultad en que estaban para obtener el triunfo, en una lucha legal contra un adversario armado y que abusaba del poder de una manera descarada é inaudita; entraron en relaciones y convinieron en aunar sus esfuerzos contra el enemigo común y dividirse el número de electores obtenidos en aquellas localidades en que sus partidarios eran, más ó menos, iguales, y aceptasen la fusión acordada entre los principales jefes de los respectivos partidos.

Esa fusión libero-conservadora atrajo sobre sí las iras del "paperonismo"; (1) el descaro del gobernante y todos sus agentes llegó á su colmo; no se detuvieron ante nadie ni ante nada; todo les pareció legítimo con tal de obtener el triunfo; altas en el ejército, prisiones, confinamientos, cohechos, fraudes, hasta el asesinato, todo se empleó, de todo se valieron para triunfar, es decir, para imponer el candidato oficial. A pesar de todo, en Managua se luchó y corrió sangre; en Granada suspendieron las elecciones, aplazándolas para otro día en que no teniendo ya que atender á otros puntos, pudieran ejercer allá mayor presión, hacer alarde de fuerzas y alejar de los comicios á los ciudadanos.

ABSTENCION

En vista de eso, los granadinos acordaron la abstención y, en consecuencia, los comicios estuvieron desiertos, sin más concurrentes que los esbirros que colocaron al rededor de las mesas, temiendo que alguien fuese á sufragar.

Lo mismo que en Granada sucedió en casi todos los pueblos de la República: los comicios solitarios en poder de los esbirros y de las escoltas; sin embargo, el resultado de la "campaña electoral" fué sorprendente: el candidato oficial triunfó á la redonda, probando así la inmensa popularidad de que gozaba.

RESULTADO DE LA ABSTENCION: TRIUNFO OFICIAL A LA REDONDA

Ese completo triunfo, esa unanimidad de sufragios en favor del Presidente, recordaban á todos los nicaragüenses las famosas elecciones mandadas practicar por

ESCOLLO ANTE EL CONGRESO

ESTABA hecha la farsa electoral, pero faltaba que el Congreso calificase la elección, regulase los votos y declarase quién era el electo. La oposición tenía esperanzas de triunfar en el Congreso, declarando nula la elección por inconstitucional y haberse violado la libertad del sufragio. El doctor Sacasa, por su parte, tenía confianza en el éxito final, porque ya León, decía, tiene tic, tic, y hacía con las manos la acción de montar un rifle; es decir, ya León estaba armado hasta los dientes y sostendría su elección á sangre y fuego. La idea del gobierno leonés imponiéndose al país pasaba de su mente á sus labios; la falta de partidos en qué apoyarse, la suplía con la pasión ciega de un pueblo, y la ausencia de principios políticos, la reemplaba con el espíritu de localismo que despertaba y fomentaba. No era ya la Providencia el factor principal de su gobierno, sino la fuerza y el fraude; la "desgracia honrosa" le había gustado y, para que no se le escapase, la rodeaba de bayonetas. El taimado botaba la careta y seguía descaradamente la línea recta de todos los ambiciosos desalmados.

Antes del escollo del Congreso se le presentaba otro, peor todavía. Surgió la cuestión de que, ocupando el doctor Sacasa la presidencia, no como titular, sino como Senador designado, terminando su período senatorial, terminaba también su presidencia, que sólo ejercía en vir-

el filibustero Walker. Ningún ciudadano nicaragüense sufragó; pero de aquellas urnas vacías salió electo por unanimidad, el aventurero que se había enseñoreado de Nicaragua y pretendía apoderarse de Centro América para fundar la "República del Istmo". Sacasa parodió a Walker y obtuvo el mismo resultado: llamarse Presidente constitucional de Nicaragua por el voto libre y espontáneo de los pueblos. La paridad era completa y sólo falló que el final de la farsa fuese idéntico. Walker fué arrojado del país, intentó volver para hacer efectivos sus derechos como Presidente constitucional, lo agarraron en Honduras y le fusilaron como filibustero, sin trámite ni figura de juicio. Sacasa fué también arrojado del poder, emigró, y aunque decía en los Estados Unidos que había depositado la presidencia y que volvería á tomarla, nunca lo pretendió y después de algunos años regresó quietamente a su hogar en donde vive olvidado por unos y despreciado por los demás.

La farsa presidencial de Walker terminó en tragedia y la de Sacasa en sainete de ópera bufa. La tragedia de aquél cerró una era de calamidades para Nicaragua y el sainete de éste ha dado principio á una serie de revoluciones y guerras cuyo fin es difícil prever.

Pero no conviene adelantar los acontecimientos é interrumpir el hilo de la narración, á vuelo de pájaro, que estoy haciendo de los principales hechos históricos verificados en Nicaragua en estos últimos años y que pueden servir para conocer los antecedentes y la naturaleza de la actual revolución. Seguiré, pues, el orden cronológico de los sucesos y procuraré ser más conciso para condenar en pocas páginas lo que puede dar asunto para un libro voluminoso.

tud de su calidad de Senador. El último de Diciembre concluía su período de Senador; el día siguiente, el 1º de Enero, debía reunirse el Congreso y el 1º de Marzo inmediato, tomar posesión de la presidencia el ciudadano que resultase electo. Los ánimos se acalararon con esa cuestión y, por supuesto, la opinión pública se dividió, inclinándose la mayoría en el sentido en que está planteada la cuestión. El doctor y sus amigos comprendieron los peligros que corría la presidencia en los dos meses de interregno, y procuraron sostener la tesis contraria apoyándose en la opinión unánime de la pacotilla de abogados que estaba á disposición del Gobierno para todo lo que se le ofreciera; pero sus esfuerzos fueron inútiles: la opinión pública se acentuó de tal modo, que hasta muchos diputados, amigos y partidarios del doctor manifestaron que si no se separaba de la presidencia el último de Diciembre, declararían mala la elección, volvería ésta al pueblo y se nombraría otro Senador para ejercer el Poder Ejecutivo mientras se practicaban las nuevas elecciones.

¿EN QUIEN DEPOSITAR POR DOS MESES DE INTERREGNO?

Ante esa actitud tuvo el doctor que resignarse á dejar por dos meses su "desgracia honrosa"; pero tropezó con otra dificultad. ¿En quién depositaría la presidencia? ¿Dónde hallar un Senador que le devolviera el depósito sagrado y que fuera capaz de hacer todo lo que conviniere para salvar su farsa electoral de la dura prueba á

1) "Paperonismo" — Provincialismo managuense, significa paniaguado.

que iba á ser sometida en las discusiones del Congreso? De todas desconfiaba; no veía uno capaz de resistir la tentación para no hacer lo mismo que él estaba haciendo, esto es, usurpar el poder. A los leoneses era a quienes más temía; á todos ellos les "veía cara de comerse el mandado", de ser otros tantos aspirantes a la "desgracia honrosa". Juzgaba á todos por lo que en él pasaba é inconscientemente les atribuía sus mismas afecciones y carácter; pero como era necesario escoger, tuvo que resignarse á aventurar y escogió á un Senador de los departamentos más lejanos, á quien juzgó sin entronques, sin prestigios, sin las cualidades que pudieran hacerle peligroso. Le nombró y le dió posesión; pero le dejó vigilado, espionado, circuido de Argos y él se fué para León, rodeado de ayudantes, dándose aires de Presidente, haciendo que batieran marcha á su paso, que dispararan salvas de artillería á su llegada y salida y que por donde quiera se le hiciesen los honores de "honroso desgraciado", para que nadie le olvidase y todas las guarniciones le considerasen como el verdadero amo, dueño y señor del país de los lagos. Dirigió á los pueblos como manifiesto, el Mensaje que había pensado presentar al Congreso, dando cuenta de sus actos y dejando entrever cuánto había que esperar de un hombre como él, que parecía iluminado por el Espíritu Santo y destinado por la Providencia para conducir á los nicara-güenses á la tierra de promisión.

LAS TURBAS ANTE EL CONGRESO

Mientras se verificaban esas nuevas mojigaterías, el Congreso se reunía bajo los más desfavorables auspicios. Las intrigas puestas en juego por el Gobierno, impidieron que senadores y diputados de la oposición llegasen á Managua á formar las juntas preparatorias de ambas Cámaras. Hizo organizar esas juntas con senadores y diputados de su devoción, tomando asiento en ellas hasta los nuevamente electos y cuyas credenciales no estaban calificadas. De esta manera se apoderó el Gobierno de los respectivos directorios, llevaba él la batuta y por medio de sus instrumentos ejecutaba to-

do lo que le convenía para salir adelante en sus instrumentos. Lo que sucedió en las juntas preparatorias, sucedió en el Congreso y en las Cámaras: el Gobierno fué dueño de los directorios, esto es, de las presidencias y secretarías de las respectivas mesas y maniobraba á su antojo para llevar por aquí y por allá á los congresales, y poner en juego todos los ardidés que puede emplear una persona hábil para manejar un cuerpo colegiado. A pesar de eso, el Gobierno no las tenía todas consigo: la oposición estaba en mayoría en el Senado, su minoría en la otra Cámara era respetable y podía convertirse en mayoría si se lograba desechar algunas credenciales de los nuevos electos, al hacer la calificación definitiva. Para salvar los peligros que se presentaban, se llevó de León numerosa turba, que, en actitud amenazante, invadió las galerías de las Cámaras y en los momentos más acalorados de las discusiones importantes sobre los asuntos de actualidad, llegó hasta subir las gradas del recinto reservado á los congresales y dejar caer puñales de los que todos estaban armados. Esa amenaza constante dió el resultado que se buscaba. Algunos congresales se mantuvieron altivos y serenos en medio del peligro; hubo quien dirigiera apóstrofes terribles á los que profanaban el recinto de la representación nacional, haciendo retroceder el país con aquellos desmanes, á las épocas más tristes y luctuosas de nuestra historia; pero la generalidad se turbó, dejó hacer que se cometieran las irregularidades necesarias para que prevaleciera el fraude, y sin saberse cómo, resultó que el doctor Sacasa estaba electo, popular y constitucionalmente Presidente de Nicaragua, por el voto libre y espontáneo de los pueblos.

Aquello fué una irrisión, una burla atroz hecha al país; todo el mundo sentía la bofetada que acaba de darse á la majestad de la nación; la sangre hervía de coraje, se veía el abismo á que se caminaba; pero hubo que devorar el insulto, cruzarse de brazos y esperar una oportunidad para poner término al oprobio y á la serie de calamidades que claramente se veía avanzar sobre el país con la impetuosidad de un torrente.

SACASA NUEVAMENTE TOMA POSESION DEL PODER

LLEGO el 1º de Marzo, tan deseado y tan temido por el Dr. Sacasa. Con gran gloria y majestad se presentó el "desgraciado honroso" ante el Congreso á tomar posesión del Poder que sólo en apariencia había dejado. No cabía en sí de júbilo; otra vez le parecía mentira lo que estaba sucediéndole; juró, como antes, cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes, que nunca respetó, y concluyó, por su parte, la ceremonia, pronunciando un discurso en el que llamó "primer ciudadano" de Nicaragua al Senador que con tanta fidelidad le devolvía su "desgracia" á pesar de los diablos tentadores que se le habían acercado para que se quedase con ella.

No había ya que temer; se habían pasado todos los escollos, respiró libremente, durmió a pierna suelta y se echó en brazos de la fortuna el desgraciado providencial, el corrompido y corruptor, que, siguiendo su natural instinto, destapaba la caja de Pandora.

FUERTE CRITICA A SU GESTION ADMINISTRATIVA

Su primera preocupación fué el tesoro público, que

había agotado y comprometido en la campaña electoral, manteniendo un ejército y prodigando mercedes á los principales cómplices de su usurpación. Como negocio para el Estado, había arrebatado ya, á una Compañía, los vapores del lago de Managua, comprometiéndose á pagar su valor á plazos. Es inútil decir que esos plazos se vencieron y nunca se pagó, quedando sí consumado el despojo. Los ingresos se habían aumentado considerablemente durante el año anterior porque la importación había sido extraordinaria y por consiguiente, el impuesto marítimo produjo como nunca había producido: sin embargo, eso no bastaba para el derroche del nuevo Heliofábalo que se había instalado en el Palacio Nacional y que consumía diariamente, en la cocina, caballeriza y gastos menudos, de cien á doscientos pesos, que se sacaban de la Tesorería. Tuvo que recurrir á medidas extraordinarias para atender á los gastos de su Corte, para recompensar á sus buenos servidores y para saciar la avaricia que le devoraba y aguijoneaba desde que era víctima inocente de la "desgracia", que la Virgen María le había enviado. Acordó emitir un millón en bonos contra las aduanas, con un

interés enorme y una prima más exorbitante todavía, á fin de que tuvieran fácil salida y los tenedores hicieran pingüe negocio.

Por supuesto que él y los suyos serían los principales tenedores. Desde luego, apareció comprando bonos, por cantidad de 50 ó 80 mil pesos, la esposa del Presidente. A este propósito, decía el doctor que la Angalita (así llama á su esposa) había entrado en negocios con el Estado, "empleando sus economías". ¡Qué tal sería el derroche si las economías en los gastos caseros producían, en pocos meses, 50 ó 80 mil pesos! ¡Cuánto sería lo acordado para ellos? ¿A cuánto montarían los gastos de representación? ¿A cuánto los secretos y los extraordinarios? Por esa hebra sáquese el ovillo. El millón de pesos en bonos, fué merienda de negros, se acabó y el hambre canina continuaba. El maíz se escaseó en Managua y Granada y su valor subió de manera alarmante. En León y Chinandega abundaba ese artículo y los especuladores en granos lo traían en gran cantidad, que expendían á buen precio. La señora del Presidente vió el negocio y, en sociedad con la del Ministro de Fomento, resolvió hacerlo y perfeccionarlo por medio del monopolio. En consecuencia, los trenes del Ferrocarril de Occidente y los vapores del lago de Managua, recibieron orden de conducir solamente el maíz de la compañía de que era principal socio la esposa del Presidente. El precio del maíz, por supuesto, llegó á las nubes con la carestía; el pueblo sufría y pagaba; pero los "honrosos desgraciados" hacían su negocio. "El Diarito" (1) que, día á día denunciaba y censuraba los abusos y tropelías que se cometían, el derroche escandaloso de los fondos públicos, en una palabra, el des-gobierno de que era víctima la nación, vió la especulación que se estaba haciendo, explotando el hambre del pueblo, no vaciló y puso el dedo en la llaga, mostrando al público quiénes eran los especuladores.

DEJA DE PUBLICARSE "EL DIARITO" Y ES PRESO SU DIRECTOR

Como bomba de Orsini cayó esa denuncia en el Palacio de Managua é hizo estallar la cólera del Presidente, hasta entonces contenida. So pretexto de que se calumniaba á su esposa con la intención de concitar contra el Gobierno las iras populares y trastornar el orden, el director, redactor y propietario de "El Diarito" fué preso y conducido al Cardón, (2) de "alta en calidad de confinado", así decían; al gacetillero, al corrector de pruebas y al distribuidor del periódico, les dieron de alta como soldados, amenazaron á los tipógrafos y "El Diarito" dejó de publicarse. A este propósito hay una anécdota que retrata de cuerpo entero al taimado Presidente: la familia del Redactor de "El Diarito", interpuso su amistad y parentesco con el Presidente para que cesara el confinamiento del Cardón y se dejase salir del país á la víctima de su candidez por haber creído en los derechos y ga-

rantías del ciudadano. En el acto contestó el doctor con mucha naturalidad, que estimaba y quería al redactor de "El Diarito", que era su pariente, que si se tenía en el Cardón no era por molestarle sino por salvarle de las iras del pueblo indignado á consecuencia de los ataques dirigidos contra el Gobierno y que si además de confinarlo había dispuesto que estuviera incomunicado, era para protegerlo más porque temía que alguien pudiera llegar á matarlo ó á hacerle algún daño.

SUPRESION DEL DIARIO NICARAGUENSE DESTIERRO DE SUS REDACTORES Y DEL GRAL. ZAVALA

Lanzado el doctor en la pendiente, no podía ya detenerse. La prensa independiente era un obstáculo que debía suprimirse. Con la muerte de "El Diarito", se le quitaron los escrúpulos que podía tener á ese respecto, perdió hasta el pudor, se hizo dócil instrumento de los que le rodeaban y rodó al abismo. Dado el primer paso, había que dar el segundo. A la supresión de "El Diarito", siguió la de "El Diario Nicaragüense" y con ella el destierro de sus redactores, el del Gral. Joaquín Zavala entre otros senadores importantes y el de varios ciudadanos que se conceptuaban nocivos para el Gobierno providencial.

Al consumarse este nuevo atentado, tuvo lugar un episodio sangriento. La escolta que en Granada conducía á los desterrados para la estación del ferrocarril, hizo fuego sobre un grupo de ciudadanos que en el trayecto vivió á las víctimas de la tiranía. (1) Los atacados dispararon también y de ese choque resultaron algunos muertos y heridos por ambas partes. Se creyó con fundamento que ese choque y aun el destierro de los ciudadanos que se conducían al tren, eran resultado de las intrigas del circulito que allí tenía el Gobierno y que temeroso de que pudiera haber inteligencia entre el Dr. Sacasa y los conservadores de Granada había querido cavar entre ellos un abismo y llenarlo con sangre, á fin de que fueran irreconciliables.

Además de lo ocurrido en Granada, tuvo lugar en León otro episodio, que pudo ser sangriento. Al pasar por allí el tren que conducía para Corinto á los ciudadanos que iban para el destierro, varios jóvenes sacasistas pertenecientes á lo que llamaban el "leonismo puro", dispararon revólveres y arrojaron piedras sobre el tren, lanzando injurias sobre los proscritos y vivando á León.

Esa manifestación salvaje era ya otra prueba de que el añejo espíritu de localismo, adormecido algún tiempo, se estaba despertando, y bostezaba y se desperezaba arrullado y mimado por el Gobierno providencial; pero mientras acaba de despertarse y se pone en acción, seguiré narrando lo que falta para llegar al encendido cráter que abrasa y consume á Nicaragua en estos momentos.

LA LIGA LIBERO-CONSERVADORA NO SE HABIA ROTO

AL final del capítulo anterior, olvidé consignar un hecho importante: La liga libero-conservadora no se ha-

1) Don Carlos Selva, autor de estos artículos, era el director de dicho periódico

2) Roca aislada frente al puerto de Corinto, donde está el faro.

bía roto; de manera que, si la oposición existía y había algo que temer de ella, debía ser de ambos partidos. Los liberales, al separarse de Sacasa y proclamar candidatos propios, habían reconocido en un manifiesto que publicaron, que no había sido correcta su conducta an-

1) El asesinato de La Gran Vía, 22 de Agosto de 1891

terior de prestarse de instrumento de los Gobiernos conservadores; confesaron que ese ir y venir de aquí para allá, era causa de su desprestigio y de que no hubieran llegado al Poder, y declararon que no volverían á cometer esa falta y que mantendrían bien alta su bandera sin volverla á doblegar; sin embargo, el General Zelaya, jefe entonces de los liberales de Managua, se acercó al Gobierno y de acuerdo con el Ministro de la Gobernación, fué á Granada con objeto de conferenciar con los conservadores para ver si era posible un "modus vivendi". Fué bien acogido por estos y aun no había regresado á Managua cuando tuvieron lugar las prisiones y destierros de que hablé. El General Zelaya llegó á la capital y ni él, ni ninguno de sus amigos fueron molestados entonces ni después. Eso arrojó sombras de doblez de carácter sobre Zelaya; él trató de justificarse, pero siempre quedó señalado con mala nota. Recuerdo que la prensa de Costa Rica dijo algo á ese respecto y fué público que los proscritos nicaragüenses, asilados aquí se quejaban amargamente de su amigo y aliado.

Con la expulsión de los senadores conservadores, el Gobierno tenía mayoría en el Senado y desapareció ya el control del Congreso para los actos del Ejecutivo; y con la supresión de "El Diarito" y del "Diarito Nicaragüense", se había extinguido la voz de la prensa independiente, no había ya quien censurase; silencio profundo, paz sepulcral, reinaba en Nicaragua. El doctor Sacasa estaba á sus anchas, sin control ni censura y rodeado de amigos, de paniaguados y de cómplices. El desbarajuste y el derroche no tuvieron valla, la corrupción llegó á su colmo; los negocios turbios estaban á la orden del día; ningún providencial perdía el tiempo, haciéndose pagar caros sus servicios; el doctor despilfarraba y dejaba despilfarrar; concedía privilegios ruinosos para que los negociaran; acordaba monopolios, como el de licores, á familiares suyos, para que se enriquecieran; una especie de vértigo por improvisar fortunas se había apoderado del gobernante y sus satélites, y como las rentas no bastaban, ni se podía emitir mayor cantidad de bonos, se ocurrió a los empréstitos; pero el crédito no existía ya en los mercados extranjeros, hasta las casas que en Nueva York, en San Francisco, en París y en Londres hacían antes anticipos al Gobierno para pagar todo lo que pedía, le cerraron sus cajas y apenas en El Salvador pudo conseguir 200,000 pesos, que cayeron en el exhausto tesoro como gota de agua en ladrillo nuevo. Ya no se pagaba con regularidad á los empleados públicos, los impuestos crecían, algunos amigos del Gobierno se quejaban y el pueblo murmuraba; el cielo estaba entoldado y la tormenta al estallar; pero el doctor nada veía, nada oía, descansaba en la Providencia, hablaba de ejércitos que tenía listos en su imaginación, había convertido la policía en guardia pretoriana, vivía encerrado, rodeado de cañones y de guardias y no consentía que el público transitara por las aceras del Palacio. Para colmo de males, chocó con los circuillos que tenía: el de Granada se le separó, el de Managua vivía en desacuerdo con los de León, y esa ciudad se mostraba tan desagradada como la de Granada y veía como una calamidad nacional el Gobierno presidido por uno de sus hijos.

ZAVALA Y MONTIEL, JEFES REVOLUCIONARIOS

En tan crítica situación, se le ocurrió al desgraciado doctor acordar amnistía en favor de los desterrados, creyendo tal vez reconciliarse con ellos.

Mientras tanto, cierto Gobierno que no quiero nombrar, compadecido de Nicaragua, había ofrecido su apoyo á los emigrados por medio de un amigo de la confianza de ambos y cuyo nombre no hay necesidad de pronunciar. Esto alentó á los emigrados, columbraron la esperanza de la redención de su patria y comenzaron á dar los pasos conducentes al efecto. Se temía, con fundamento, que al estallar la revolución, el Gobierno de El Salvador auxiliase al de Nicaragua para ayudarle á debelarla. Era preciso, pues, asegurar la neutralidad de los Ezeta y se convino en que el doctor, cuyo nombre he callado, iría á Guatemala con objeto de obtener del Gobierno la promesa de obligar á los Ezeta á mantenerse neutrales. El doctor fué allá y salió adelante en su misión. Los emigrados comenzaron á regresar á Nicaragua, y, de acuerdo con los principales caudillos de la oposición, se prepararon para la lucha, consiguieron que el cuartel de Granada les fuese entregado y del 28 al 29 de abril de 1893 estalló la revolución encabezada por los Generales Zavala y Montiel.

¡BASTA DE OPROBIO!

No ha habido en Nicaragua revolución más popular. El estallido de Granada halló eco en todos los ámbitos del país. La frase "basta de oprobio", lanzada por los caudillos en su proclama, estaba, si no en los labios, en la mente de todos, era la expresión de la opinión pública y condensaba el sentimiento y la aspiración nacional. El pueblo corrió á las armas, empuñó las pocas que había en los almacenes y salió al encuentro de las huestes que el tiranuelo insensato enviaba contra la ciudad heroica que acababa de lanzarle atrevido reto. Fué ocupada Masaya, Rivas capituló sin combatir, Chontales y Matagalpa se pronunciaron, las guarniciones de la línea del río San Juan se entregaron y de todas partes afluyó gente á Granada, ansiosa de tomar participación en la lucha por la libertad y la honra de la patria. Entre los que llegaron de Managua sobresalían el General Zelaya y algunos de sus amigos que habían querido seguir su suerte. Don José D. Gámez brilló allí por su ausencia. Se llamaba órgano, portador y abanderado del liberalismo; su posición le obligaba á seguir á su jefe y amigo; pero su conveniencia estaba con Sacasa; veía dudoso el éxito de la lucha y prefirió quedarse en Managua, refugiado en la Cruz Roja, listo á salir en el momento oportuno y presentarse á quien fuera vencedor. De Rivas se había trasladado á la capital buscando los favores del Gobierno. Allí medraba algo, se puso al servicio del doctor Sacasa, colaboraba en los periódicos inmundos que mantenía el corrompido y corruptor para que le incensariasen; restableció allí el periódico "El Termómetro" que era realmente el termómetro de su vileza; la mayor parte del tiempo estaba en Palacio confundido entre la turba de cortesanos; servía hasta de espía de sus propios amigos, razón por la cual estos huían de él: hasta Zelaya le temía y cuando le hablaban de política y veía al abanderado, bajaba la voz y se alejaba exclamando: "¡allí está Gámez!" Se hacía recompensar muy bien esos servicios; obtuvo que se le pagaran unos cuantos miles de pesos por unos terrenos que tenía en la línea del canal proyectado; los providenciales le contaban como uno de los suyos; el doctor Sacasa le llamaba su amigo y le confiaba la redacción de sus proclamas y manifiestos, aun después de haber estallado la revolución, cuando Zelaya y sus fieles amigos, á quienes Gámez quiso con-

vencer de que debían ponerse al servicio de Sacasa, se habían marchado al campo contrario y alistado bajo las banderas de la revolución. Tal era Gámez en abril, ese mismo Gámez que después ha sido diablo tentador,

ángel malo y funesto consejero de Zelaya; enemigo implacable de los occidentales, soplador del fuego de la discordia y causa eficiente de la ruptura de los liberales y de la funesta guerra que ha sido su consecuencia.

TRIUNVIRATO ZAVALA-ZELAYA-MONTIEL

EL General Zelaya fué muy bien recibido por los conservadores y publicó en el acto una proclama haciendo resaltar los abusos, los atropellos, la corrupción, el desbarajuste administrativo del Gobierno del doctor Sacasa y llamando á tomar las armas á todos los buenos ciudadanos para poner término al oprobio que pesaba sobre los nicaragüenses que soportaban aquel Gobierno nefando, corrompido y corruptor. Ese documento levantó á grande altura la talla moral del General Zelaya, hizo desaparecer las prevenciones que había en su contra y contribuyó á darle popularidad, aun entre los conservadores recalcitrantes. Su llegada á Granada y su proclama le abrieron vasto horizonte y prepararon el camino de su elevación. Hubo confianza en él y se le dió una prueba de estimación formando con él, Zavala y Montiel, el triunvirato que se puso al frente de la revolución.

LOS COMBATES

Las escasas fuerzas revolucionarias tomaron posiciones en Masaya y esperaron el ataque del ejército del Gobierno. El primero de mayo, tuvo lugar la primera batalla. El choque fué tremendo; los providenciales cargaron como leones; pero fue contenido su empuje por el valor y la inquebrantable resolución de sus contrarios, de vencer ó morir; la fortuna favoreció á éstos, obtuvieron completo triunfo é hicieron retroceder hasta Managua los restos deshechos del arrogante ejército, que poco antes había intentado anonadarlos.

Este primer triunfo alentó á los revolucionarios, que habían iniciado, sin elementos, una campaña contra un Gobierno bien armado, contando apenas con el apoyo ofrecido, con la justicia de la causa y con el desprestigio del gobernante; pero de poco servía eso si no había armas para alistar ejércitos, si el Gobierno se rehacía prestándole León su decidido apoyo y volvía á la carga con más coraje. En tan apurado trance, dirigieron sus miradas al Gobierno de las promesas incondicionales, al generoso amigo que les había ofrecido ayudarles á libertar á su patria, sin mira ulterior; "sans desnier pensée", fueron sus palabras; pero todos los esfuerzos fueron inútiles, las palabras se las llevó el viento; nó se si negó haber ofrecido ó se arrepintió de su arranque de generosidad; pero lo cierto es que no dió un rifle, ni quiso venderlo, ni prestarlo. Esa decepción fué amarga y terrible; pero no desalentó á los patriotas: sacaron fuerzas de flaquezas, hallaron en los almacenes una cantidad de rifles viejos Chassepots, arreglaron algunos, rehicieron el parque y esperaron el segundo embate en sus posiciones de Masaya, llamadas el Limón, la Barranca y el Coyotepe.

El descalabro sufrido el 1º de mayo, por las fuerzas del Gobierno, puso en evidencia que León no estaba resuelto á sostenerlo á todo trance, á pesar de ser el doctor Sacasa leonés y de estar combatido por los granadinos; lo que probababa que el espíritu de localismo estaba amortiguado y no tenía la ceguera que lleva á los

pueblos á cometer iniquidades. Muy débil fué el apoyo que León prestó al Gobierno para rehacer sus fuerzas; pero con eso y lo que tenía en Managua, pudo intentar otra batalla. Se obstinó en abrirse paso por el mismo camino, volvió por su capa al mismo terreno y atacó el 20 de mayo las posiciones ventajosas que ocupaban sus enemigos.

Sus tropas se condujeron con bizarría, cargaron con la impetuosidad que es peculiar en el soldado leonés; pero las posiciones eran inexpugnables, el cañón barría sus filas, fueron rechazados con grandes pérdidas, les entró el desaliento y se replegaron á Managua. (1)

Esta nueva derrota produjo consternación entre los providenciales. Perdieron la fé en la Virgen María, hubo desconfianza entre managuas y leoneses; el doctor Sacasa no se atrevía á salir de sus aposentos; la desorganización era completa en todo; se carecía de recursos y no había energía ni esperanza de triunfo para prolongar la lucha.

TRATADO DE PAZ DE SABANA GRANDE

En esta situación, el Ministro americano ofreció su mediación para que se hiciera un arreglo: fué aceptada por ambas partes, se reunieron en Sabana Grande los comisionados que debían conferenciar y firmaron un tratado de paz, que inmediatamente fué ratificado por Sacasa y el triunvirato. Ambas partes se felicitaron á sí misma por aquel desenlace: Sacasa, porque carecía de opinión y de recursos y los triunviros por que no tenían elementos de guerra para continuar la lucha hasta obtener una victoria definitiva. Sin embargo, así como era, bastaba por el momento, porque ponía término á la guerra, desaparecía Sacasa de la escena política y había campo para reorganizar el país de manera conveniente. Por desgracia, la ambición despertó celos y rivalidades entre los vencedores, se ahondaron antiguas divisiones, nuevo desbarajuste siguió al anterior y la revolución de abril no fué ya el término del oprobio sino el comienzo de otra mayor.

Según el convenio de Sabana Grande, el doctor Sacasa depositaría la Presencia en el Senador Machado, quien tenía derecho á nombrar un Ministro, el triunvirato nombraría los otros tres y el Gobierno se ejercería por los cinco, resolviendo todo por mayoría de votos; esto es, reemplazaba lo que hacía una Junta de cinco, en la cual tenían la mayoría los revolucionarios. En la forma, parecía que Sacasa continuaba con poder; pero en el fondo lo perdía por completo y los revolucionarios eran dueños de la situación. Además, se debía convocar una Asamblea constituyente y quedaba sentado que los que formasen la Junta de los cinco, no podían ser electos Presidente para el primer período. Allí estuvo

1) El general ecuatoriano, Leonidas Plaza, era jefe militar de las fuerzas del gobierno derrotadas en esa batalla. Este mismo general Plaza, ocupó después en Costa Rica, importante cargo militar y años más tarde fué presidente del Ecuador.

el mal: esa prohibición alejó á los triunviros de la Junta de Gobierno. Natural era que los tres que habían estado á la cabeza de la revolución, fuesen los que la representasen en la nueva Junta; pero la ambición que germinaba en el alejé de ese puesto que les cerraba el paso para llegar á la Presidencia. El primero que se negó fué Montiel, que había sido el iniciador de la revolución, é indicó para que ocupase su lugar á don Francisco del Castillo que le había ayudado en los arreglos para la entrega del cuartel de Granada. Esa indicación disgustó á los otros, produjo general descontento y estuvo á punto de producir un rompimiento entre los que acababan de unirse y de luchar por poner término á las calamidades de la nación. Montiel se encaprichó é impuso su candidato; los otros cedieron, pero se negaron á formar en la Junta de Gobierno y cada uno nombró quien lo representara: Zavala designó al General Miguel Vigil y Zelaya al doctor Luciano Gómez. Estos tres delegados, puede decirse, ó estos tres muñecos, como alguien les llamó, se trasladaron á Managua y con Machado y el doctor Fernando Sánchez, formaron la Junta de Gobierno.

LA JUNTA DE GOBIERNO, UN CAMPO DE AGRAMANTE

Desde el principio fué esa Junta un campo de Agramante. Machado y Sánchez no podían pretender nada para nadie y eran objeto de seducción de parte de sus compañeros que procuraban tenerlos en su favor; pero los otros tres tiraban cada uno de su lado, preparando el campo para las futuras elecciones.

Apenas instalada la Junta, llegaron á Managua las fuerzas vencedoras y al pasar frente al cuartel de la policía hubo un tiroteo del que resultaron algunos policiales muertos y heridos. La causa de aquello fué que un soldado de los muchos que antes habían sido maltratados por la policía, que, como he dicho, se había convertido

en guardia pretoriana del doctor Sacasa y fué el principal instrumento de sus desmanes; no pudo contener su enojo al ver á sus verdugos y disparó sobre ellos su arma. Ese desorden produjo grande alarma: se creyó que había una contra revolución y hubo un momento de pánico en la capital. La noticia de lo ocurrido allí, tomó mayores proporciones en León: supusieron que la guerra continuaba, que el tratado de Sabana Grande había sido un ardid para tomar la capital y corrieron á las armas; felizmente se conoció luego la naturaleza de lo ocurrido y se restableció la confianza. Los temores de un nuevo trastorno habían tenido fundamento. Después del triunfo del 20 de Mayo, Gómez abandonó la Cruz Raja, vió perdido á Sacasa y se escapó para Masaya. Desde luego trató de disculparse, de lavarse las manos por haberse quedado en Managua y para hacerse olvidar su conducta; se acercó al General Zelaya, desmintió su ambición, le hizo ver la popularidad que tenía en el ejército y la ocasión de aprovechar aquella coyuntura para apoderarse del poder. El General Zelaya rechazó aquellas sugerencias y se mantuvo en el puesto del deber; pero se trastuó lo ocurrido y se comenzó á temer que no hubieran sido patrióticos ni desinteresados los servicios que los liberales de Managua acababan de prestar á la que se llamaba la causa del orden.

Los peligros de que estaba rodeada la nueva situación eran visibles. León continuaba armado, el liberalismo levantaba la cabeza y los conservadores no estaban sinceramente unidos y compactos para hacer frente á las dificultades que surgían. Algunos conservadores propusieron que desde luego se desarmase á León; pero otros se opusieron, alegando que eso agriaría los ánimos, engendraría nuevos odios y avivaría el espíritu de localismo que convenía extinguir. Se dejaron las cosas como estaban y la navicilla del Estado, tripulada por inexpertos marinos, desplegó sus velas en mar proceloso, y, sin rumbo fijo, avanzó á la aventura, juguete de las olas, de los vientos y de las corrientes.

“EL CUARTELAZO”, LA UNICA ESPERANZA

LA Junta de Gobierno desbarró desde el principio y perdió lastimosamente el tiempo. Preocupada con las próximas elecciones, su ocupación preferente era escoger y nombrar los nuevos empleados que debían servir para ello. Esta operación, que debía ser obra de pocos días, se prolongó por más de un mes. Cada candidato era objeto de largas discusiones por que cada miembro de la Junta pretendía colocar á los suyos. Esta constante lucha produjo serios disgustos que llegaron hasta alterar, entre ellos, las buenas relaciones. A pesar de que los nombramientos pasaban por alambigue, los liberales habían obtenido en León y Chinandega buenos puestos y algo favorables en Managua. Era lo que necesitaban porque no podían pensar en el triunfo electoral y su única esperanza realizable se cifraba en un “cuartelazo”, aprovechando los elementos y el despecho de los vencidos. A ese fin se encaminaban los trabajos de los liberales y no cabe duda de que procedían con cautela y salían avantes en casi todo. La contrarrevolución era muy fácil. Sacasa había caído, pero Occidente no había sido vencido: tenía sus elementos y estaba listo para correr en pos de aventuras. Zelaya, por no ser granadino y por sus relaciones con los liberales de

Occidente, estaba en buenas condiciones para sacar partido de aquella situación. Los granadinos no vieron ese peligro inminente, embebecidos los genuinos y los progresistas en lo concerniente al predominio de su círculo, en vez de atender al peligro común y de aspirar á fundar un Gobierno nacional que diese garantías y libertad á todos los asociados. Si hubieran procedido con juicio y patriotismo, se habría consolidado la paz y evitado esa serie de calamidades que todavía no termina. La ambición de Zelaya era muy conocida; nadie ignoraba los pasos que había dado en pos de su ideal; era de presumir que no renunciaría así no más de sus ilusiones, y que si no por la línea recta, procuraría llegar por la curva al fin á que aspiraba. Si en vez de orillarle, de codearle, se sirven de él y le colocan al frente del Gobierno, habrían tenido un Gobierno popular y bien constituido, rodeado de todos los buenos elementos del país, bien inspirado y dirigido con acierto, que era á cuanto debían aspirar los patriotas, los hombres de orden, los amantes del progreso de su país; pero nadie pensó en eso, cada uno tiró por su lado y procuró ganar prosélitos para disputar el triunfo á los otros.

GRAL. AGUSTIN AVILES A LA COMANDANCIA GENERAL

Para conjurar la tormenta, separaron de la Presidencia la Comandancia General y nombraron para servirla al General Avilés. Eso empeoró la situación, porque disgustó á muchos y era una violación del tratado de Sabana Grande.

No se había procedido á la elección de diputados á la Constituyente y ya se discutía con calor si la Asamblea debería nombrar al Presidente de la República ó el pueblo debería elegirle. Esa cuestión era de pura forma, porque en el fondo no había diferencia. El partido que tuviera elementos para ganar la elección de diputados, los tendría también para ganar la de Presidente. No era verosímil que ganase la una y perdiese la otra, porque en ambas debería empeñar todas sus fuerzas; sin embargo, se dió mucha importancia á esa cuestión, y como la opinión pública se inclinaba á que la Asamblea nombrase el Presidente para evitar nueva agitación y pérdida de tiempo á un país que necesitaba de quietud y de trabajo para reponer las pérdidas sufridas, se servían de eso los trastornadores de oficio, como Gámez, para concitar los ánimos contra la futura Asamblea, propalando que sería un cónclave, que volvería la oligarquía y se iría á parar al "Cacho", nombre que se dió al estrecho círculo de conservadores en los últimos tiempos de la dominación de ese partido. Mientras tanto, los liberales de Managua estaban en inteligencias con los de León y Chinandega y combinaban un pronunciamiento. El Mayor de plaza y el jefe de la policía de León que lo eran los hoy Generales Godoy y Chavarria, estaban en el complot, eran los principales agentes de lo que se proyectaba y comunicaron sus planes al Gobernador Militar, que era el General Anastasio J. Ortiz para que entrase en la conjuración. Ortiz rechazó el proyecto y procuró disuadir á sus compañeros, y como estos no retrocedían, comunicó al Gobierno que si no cambiaban los empleados que allí había, no respondería por el departamento.

SE LLAMA A ZAVALA

El Gobierno llamó al General Zavala para comunicarle lo que pasaba y los temores que se tenían, y como este no pudo ir á la capital por inconvenientes de familia, se trasladaron á Granada Machado y Sánchez á conferenciar con él. Zavala no dió importancia al asunto, no creyó posible una contra revolución; sin embargo, convinieron en que Machado, Sánchez y Avilés irían a León para ver qué había y remediar allí el mal que hallasen. Por supuesto que no podían hallar más de lo que sabían, y en vez de remover á los empleados sospechosos, si creían lo que de ellos decían, ó de no tomar ninguna providencia, si tenían confianza en ellos, procedieron á medias, dejaron á los empleados en sus puestos y acordaron colocar un cuartel de artillería frente al cuartel principal y sacar de éste los cañones y parte de los rifles. Esto dió á los conjurados la voz de alarma y claramente les dijo que estaban descubiertos. No les quedaba más camino que

proceder luego y con energía, sin dar tiempo á que se organizara el otro cuartel. Comunicaron su resolución al Gobernador Ortiz, y éste, creyéndose colocado en la alternativa de seguir el torrente ó de ser anonadado por él, tomó el partido de seguir el torrente y se puso á la cabeza del movimiento. En el acto mandaron prender á Machado, Sánchez y Avilés; los dos primeros fueron capturados, el último logró esconderse y pudo escaparse y llegar á Granada. Pronunciado León, Chinandega opuso ligera resistencia; Corinto se entregó, abandonado por las autoridades, que se embarcaron para San Juan del Sur; lo que se llama Occidente se puso en armas y en el primer momento organizaron una Junta nominal en que figuraban liberales, progresistas y conservadores.

UNA JUNTA NOMINAL

Llamo nominal esa Junta, porque los conservadores y progresistas se escondieron ó se negaron á servir en ella y el General Zelaya, que también figuraba allí, estaba en Managua, tomaba participación en las deliberaciones de la otra Junta, parecía identificado con los conservadores granadinos y aun se decía que él sería el General en Jefe ó el Mayor General de las fuerzas que se alistaban para debelar la insurrección. Con todo, la revolución se organizaba, allegaba recursos y formaba su ejército. Había en esos departamentos de Occidente muchos emigrados hondureños de los que con el doctor Bonilla habían intentado derrocar el Gobierno de su patria; eran soldados valientes y tenían Jefes expertos y aguerridos. Los revolucionarios se entendieron con ellos, y convinieron en que se pondrían al servicio de la revolución y que en el caso de que ésta triunfase les prestaría eficaz apoyo para invadir Honduras y derrocar el Gobierno del General Vázquez. Esa falange hondureña era un poderoso auxilio y fué el principal núcleo del ejército revolucionario. A esta fuerza se agregó el General Zelaya y algunos liberales de Managua llegaron con él. Su número era insignificante, pero su presencia allí era de mucha trascendencia. Ni Zelaya ni los suyos eran militares, propiamente dichos; sin embargo, eran grande auxilio para la revolución, porque le quitaba el carácter de contra revolución occidental y le daba el de liberal y nacional; enervaba á Managua, por ser de allí Zelaya y varios de los que le acompañaban; los progresistas de Oriente miraban como amigo á Zelaya y lamentaban que se hubiera pasado al campo contrario y aun los conservadores recalcitrantes no tenían inquina para él y admitían que más tarde podría tener sus votos para Presidente. Lo cierto es que la llegada de Zelaya dió vigor á la revolución y contribuyó á quitarle muchas de las prevenciones lugareñas que había en su contra, aunque él, en su proclama, no expresó ninguna idea levantada, ningún propósito generoso y se limitó á alegar como causa justificativa de la revolución, que la Junta nacida del pacto de Sabana Grande, abusaba del poder, cometía actos de infidencia y sobre todo despilfarraba las rentas públicas concediendo algunas franquicias para viajar en los trenes y vapores nacionales. ¡Tan puro, tan patriota y tan consecuente era que presentaba como faltas graves y motivos justificativos de una revolución, las nimiedades de que acusaba á la Junta en que él mismo tenía un representante!

UNA NUEVA REVOLUCION POR NIMIEDADES

MIENTRAS en León se alistaban con mucho entusiasmo para emprender la campaña, en Managua y en Granada se preparaban como por necesidad para resistir el embate. Todos observaban que no había entusiasmo, y la indolencia era tal, que los que de Granada iban á Managua, regresaban desalentados y exclamaban: ¡esto está perdido! La quietud era tanta, que no parecía sino que se tratara de una sublevación en la China ó el Japón. Algunos no le daban importancia al pronunciamiento, considerándolo como un "bochinche" que se extinguiría por sí sólo, y otros pensaban que estableciendo un Gobierno respetable y que tuviera unidad de acción, bastaría el nuevo esfuerzo para sofocar el movimiento revolucionario, que carecía de bandera y aun de pretexto, puesto que acababa de pasar una revolución muy popular; el Gobierno que había era de transición, en él tenían participación todos los partidos y no había hecho nada que pudiera justificar un levantamiento de los pueblos; pero los que así pensaban no tenían presente lo que es la ambición, lo que es el despecho y hasta dónde lleva á los hombres y á los pueblos el deseo del desquite. León no gustaba de que se le considerase vencido, y Zelaya sentía despecho al verse orillado, hasta cierto punto, por sus compañeros de abril. La ambición de éste, aguijoneada por el despecho, le hizo buscar en Occidente lo que á su juicio le negaba Oriente; le tendieron allá los brazos, se completaron, se entendieron, por el momento, y se lanzaron en una aventura en la que poco exponían y en la que podían ganar mucho. La ambición de Zelaya y el desquite de León, produjeron la revolución de julio, cuyo triunfo facilitaron el desbarajuste de la Junta de Gobierno, la división de los conservadores y el poco temor de los pueblos de Oriente á una revolución encabezada por quien acababa de estar con ellos en los campos de Masaya,

Como los conejos de la fábula que en momentos del peligro disputaban si eran galgos ó podencos los perros que los perseguían, en vez de ponerse en salvo, los conservadores se entretenían diciéndose tonterías por la prensa, recordando añejas divisiones y disputando quién mandaría el ejército, en lugar de organizar éste y aunar sus esfuerzos para conjurar la tempestad que les amenazaba.

JUNTA DE NOTABLES

Muy sensible era lo que allí pasaba. Propiamente no había Gobierno desde que dos miembros de la Junta ó el Presidente y uno de sus Ministros, nacidos del pacto de Sabana Grande, estaban presos en León. Los tres miembros restantes quisieron asumir el poder, pero carecían de prestigios y de autoridad: aquel mamotreto de Gobierno no tenía razón de ser y era un motivo más de desbarajuste. La opinión pública lo había desechado y él mismo declaró que era impotente. Entonces se hizo lo que debió hacerse desde el principio. Se reunió una junta de notables para resolver lo conveniente. Allí se dió un triste espectáculo, exhibiendo pequeñeces y miserias y poniendo en evidencia que no era el patriotismo, sino la ambición de cada uno, el sentimiento que inspiraba á quienes debían salvar la situación. Los notables se dividieron y acaloraron como si se tratara de

obtener la posesión de un grande imperio, cuando lo que se buscaba era una persona adecuada por el momento para revestirla de una autoridad transitoria, á fin de que allegase los elementos necesarios para conjurar el peligro y restablecer la paz.

JOAQUIN ZAVALA: PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO

Unos querían que se designara al Gral. Zavala y otros al Gral. Avilés; no podían entenderse; hubo largos y acalorados debates; aquella asamblea agitada, era una tempestad en un vaso de agua; pero al fin se calmó y se convino en dar la Presidencia al Gral. Zavala, como hombre de más experiencia, y que éste encargaría del mando del ejército al Gral. Avilés. Tomó cada uno posesión de su puesto y dieron principio á las operaciones. El tiempo urgía, la vanguardia del Gobierno estaba en Mateare y la de la revolución en Nagarote. De un momento á otro, deberían comenzar las hostilidades. Se vió ya alguna actividad, se trató de allegar fondos y de alistar soldados; se organizó el Gabinete con individuos de ambos círculos conservadores, y se formó el ejército de la manera que se pudo. La prensa independiente trataba todas las cuestiones de actualidad. Había tres diarios, "El Centinela", "El Diarito" y "El Diario Nicaragüense". Los dos primeros eran considerados como progresistas, porque eran liberales moderados; el último era mirado como órgano de los conservadores genuinos. Los tres habían sido imprudentes, disputando en aquellos momentos de peligro, pero "El Diario Nicaragüense" era más culpable porque había promovido las cuestiones y se había salido de tono; sin embargo, se trató de suprimir "El Diarito" solamente, hubo intrigas para ello, el Gobierno rechazó esa pretensión y mantuvo la libertad de la prensa, aunque le era nociva en medio de la división de los partidos que debían sostenerle y con el enemigo al frente, listo a comenzar las hostilidades. Hay que confesar que esa conducta honra á los conservadores y demuestra que son respetuosos de los derechos y de las garantías del ciudadano. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo de los liberales! Hay á ese respecto mucha diferencia entre los liberales y conservadores de mi tierra, y hasta cierto punto los papeles están cambiados, como se tendrá ocasión de ver en el curso de esta relación.

EL 11 DE JULIO

El 11 de Julio fué el pronunciamiento de León y el 21 comenzaron las hostilidades en Mateare. La vanguardia fué allí mal situada y no se le atendió, como se debía, para reparar en algo el error cometido. El pueblo ése es vulnerable por el lado del lago y por el de las sierras. Apoderándose de algunas alturas y disponiendo de un vapor en el lago para atacar por ese lado, Mateare está perdido si no tiene artillería superior á la contraria. Eso fué, precisamente, lo que sucedió. El 22 ocupó el enemigo algunas alturas; los dos vaporiños de que se había apoderado desde el principio, se aproximaban á la playa y barrián con el fuego de sus cañones las calles del pueblo. De tierra respondían á sus fuegos, pero los cañones de que disponían eran de menor calibre que los contrarios y, por consiguiente, sus balas eran inofensivas. En vano pidieron á Managua un cañón siquiera de igual alcance á los

del enemigo para apagar sus fuegos ó hacer que se retirasen; el cañón no llegó nunca. Los que dirigían la guerra no sabían, no pedían ó no querían hacer lo que debían; ninguno de los jefes superiores se presentó en el campamento atacado ni se le enviaron refuerzos; esa extraña conducta desalentó al Jefe de la vanguardia; deliberó con sus compañeros y resolvieron abandonar el campo y concentrarse á la capital, á donde llegaron en la tarde del 23.

UNA RETIRADA DESASTROSA

El efecto moral de esa retirada fué desastroso, aunque las tropas llegaron en orden y trajeron sus cañones. A todo el mundo sorprendía aquello porque nadie ha-

bía pensado en la posibilidad de una derrota, y menos allí á tan poca distancia y teniendo tantos elementos y tantas fuerzas en la capital. Lo que sucedía no era natural y se comentó de varios modos. Cada uno de los que podían ser responsables, echaba la culpa al otro; los Jefes de la vanguardia, al mando en Jefe y éste á aquellos; todos murmuraban y era fácil observar que faltaba energía y unidad de acción en las operaciones; sin embargo, se trató de reparar el descalabro y se dispuso ocupar las alturas de la Cuesta, á una legua de la capital, camino de Mateare. Se emplearon la tarde y la noche en esos preparativos, en la seguridad de tener que combatir en la mañana siguiente.

ZAVALA VS. ZELAYA

El 24, la población de Managua fué despertada por los estallidos de las bombas que, sin previa notificación, arrojaban dos vaporcitos situados á larga distancia. Este hecho bárbaro produjo su natural efecto. La gente huía con pavor al oír el silbato y el estallido de las bombas. En el acto respondieron á los fuegos de los vapores, dos cañones situados en el muelle, el uno y en la plaza de armas, el otro. Ningún tiro fué certero; pero algunos dieron tan cerca de los vapores, que éstos se retiraron y cesaron de disparar. El Ministro americano dirigió una protesta al Comandante de las fuerzas de la revolución, que se hallaba en Mateare, por el hecho salvaje que se acababa de cometer contra los usos de la guerra en naciones cultas. A esa protesta sensata, respondió con un cúmulo de sandeces y disparates, el Ministro de Fomento de la revolución, don José D. Gámez, que acompañaba al Comandante de armas como delegado de la Junta de León. El procedimiento salvaje que originaba la protesta no tenía disculpa ni excusa y lo que el tal Ministro alegaba sólo probaba que era él tan ignorante como bárbaros los que habían ordenado el bombardeo; sin embargo, la protesta dió resultado porque no repitió el hecho salvaje sobre la ciudad. El resto del día se pasó entre alarmas y preparativos para el combate en la Cuesta, que se esperaba de un momento á otro. La confianza se había restablecido, las fuerzas de que el Gobierno disponía eran superiores á las revolucionarias y naturalmente el triunfo debía ser suyo. Por desgracia, el ejército estaba maleado por la división que existía entre los círculos conservadores y las simpatías de los managuas hacia el General Zelaya. Por deber estaban muchos en sus puestos é iban al combate, porque hasta hombres notables del genuinismo decían que para ellos no había diferencia entre Zavala y Zelaya. Si los notables decían eso; ¿qué pensarían los demás?

LA BATALLA DE LA CUESTA

En la mañana del 25 fué atacada la Cuesta, de frente, por el ejército que avanzaba de Mateare, y por el flanco derecho, por los vaporcitos que cómodamente arrojaban sus bombas. Las posiciones fueron defendidas con bizarría á pesar de que algunos cuerpos de tropas no llegaron al combate, perdiéndose en el camino; á pesar de que á los principales jefes no se les vió allí la cara; á pesar de que los que combatían, carecían hasta de agua; á pesar en fin, de que todos observaban que sucedía allí algo extraordinario que nadie se explicaba.

Los vapores se retiraron muy pronto porque en uno de ellos cayó una granada é hizo algunos muertos y muchísimos heridos. Eso bastó para que no volvieran á la carga. El ejército de tierra continuaba combatiendo, pero flojamente; muchas compañías se habían retirado ya para Mateare, creyendo perdida la batalla, y las fuerzas orientales se mantenían en sus puestos, aunque no les llegaban refuerzos, cuando recibieron orden de retirarse. Algunos de los jefes no querían obedecer, alegando que estaban venciendo y no había razón para retirarse; pero la orden fué reiterada, no llegaban refuerzos para avanzar y tuvieron que obedecer.

SALVESE QUIEN PUEDA

Mientras pasaba esto en la Cuesta, en Granada había ansiedad; estaban listos trescientos hombres que acababan de llegar del Rama y no había cómo conducirlos á Managua; se pedía con instancias un tren y no llegaba. ¿Qué hacían en Managua? Había allí más de mil hombres y en vez de enviarlos á la Cuesta, los ocupaban, desde muy temprano, en cargar los trenes con los cañones, los rifles y el parque que había en los almacenes de guerra. ¿Para qué querían ese armamento? ¿A quiénes iban á armar? ¿Dónde y cuándo pensaban pelear, si no peleaban allí, teniendo gente suficiente y estando el enemigo casi derrotado? ¡Misterio, que todavía no se aclarado! Cuando el material de guerra estuvo listo para ser conducido, se acordaron de enviar á Granada el tren por tantas veces pedido. En el acto que llegó embarcó sus tropas el General Montiel y partió para la capital. En el lugar del cambio entre Masaya y Managua, se encontró con el tren que traía al Gobierno, al Estado Mayor, el material de guerra y los restos del ejército que tuvieron tiempo de embarcarse en el momento de ¡sálvase quien pueda! Lo que sucedía era vergonzoso: terror pánico se había apoderado de aquella gente y huían sin saber de qué ni por qué. En medio del desorden que hubo en aquel ejército sin jefes, todo el que quiso tomó participación en el combate de la Cuesta, se improvisaba jefe ó ayudante, llevaba y traía órdenes, aconsejaba y dirigía operaciones, mandaba y obedecía, servía y estorbaba.

TOMA DE MANAGUA

Uno de estos quergues sofocado, enardecido, despechado al ver la retirada sin motivo y cuando allí se creían vencedores, corre á Managua y entra gritando ¡estamos perdidos! ¡estamos perdidos! llega al palacio, cuen-

ta lo que ha pasado y pide que le den la fuerza que hay para perseguir al enemigo ya derrotado; pero nadie estaba allí para pensar en combatir; la llegada y los gritos de aquel individuo sembraron el pavor y fueron como la señal para pegar la estampida. Tan rápida e imprevista fué que varios jefes y muchísimos soldados no tuvieron tiempo de tomar el tren, algunos resolvieron quedarse y otros siguieron á los fugitivos á pié ó á caballo, como pudieron. (1) Al ver lo que pasaba algunos partidarios de la revolución, corrieron á la Cuesta y sobre el camino de Mateare á dar parte de lo ocurrido. Tan inesperado, tan inaudito era aquello, que no daban crédito á lo que oían; por fin se convencieron de que era verdad, procuraron organizar sus fuerzas, hicieron regresar á

los fugitivos y marcharon sobre Managua, completamente abandonada por el Gobierno y sus tropas. Era ya entrada la noche cuando ocupó la plaza el ejército revolucionario, fatigado, cansado y en desorden. Si en esos momentos hubiera llegado el General Montiel con sus rameños, hace prisionero al ejército revolucionario con todo y sus jefes y pone término á la revolución que tan malas consecuencias ha tenido para Nicaragua y Honduras, para la causa del progreso, de la justicia, del derecho y de la verdadera libertad; pero Montiel siguió también á los que huían y se dió tiempo á los revolucionarios para tomar tranquila posesión de la capital, hacer llegar á ella sus elementos y reorganizarse para continuar la campaña.

TRISTE DESENLACE DE LA REVOLUCION DE ABRIL

EN Masaya hicieron alto los jefes conservadores con intención de reorganizarse allí para la resistencia, ocupando sus posiciones de abril; pero la tropa no quiso detenerse y casi toda continuó su camino hasta Granada, llevando consigo el desorden y el desaliento. Tan contagioso es el miedo, que pocos momentos después, la ciudad heroica en otros tiempos y que llena de orgullo y de confianza cantaba sus glorias y llamaba á sus hijos al combate en presencia del enemigo, temblaba entonces como tímido cervatillo, y sin oponer resistencia, se resignaba al sacrificio. El prefecto convocó á los principales vecinos para resolver lo que debería hacerse en aquellas circunstancias. Muy pocos concurren, y, de estos, apenas uno dijo que se debía resistir como se había resistido en 1854. Los demás, tácitamente expresaron su opinión contraria y acordaron que convenía esperar que llegasen el Gobierno y los jefes del ejército para tomar una resolución definitiva. Mientras que esos pocos se reunían y deliberaban aunque con miedo, el resto de la población había resuelto huir, muchos notables huyeron inmediatamente, y, si no hubiera sido el lago, quién sabe hasta dónde habrían llegado muchos de los fugitivos de la Cuesta. Aquello era vergonzoso, humillante. Así lo reconocieron los que habían huído en el primer momento de pavor, sintieron vergüenza y regresaron el siguiente día.

TAMPOCO EN MASAYA LA RESISTENCIA

Las noticias que se tenían de Masaya, eran poco tranquilizadoras. Las autoridades departamentales habían huído, los amigos del Gobierno eran pocos y no se les veía y los enemigos pululaban por todas partes, listos á pronunciarse por la revolución; la tropa continuaba desbandándose, era imposible pensar allí en la resistencia, y, en tan desgraciada situación, lo único posible era lo que el Gobierno y los jefes militares acordaron hacer: continuar la retirada y tratar de reorganizarse

1) Se dijo entonces, que don Gustavo Guzmán y Carlos A. Lacayo, liberales y amigos del General Zavala gritaban en Palacio, que las fuerzas del gobierno estaban derrotadas y que los leñeses se acercaban a Managua, lo cual influyó en el General Zavala y su gabinete para huir de Managua. Fue tal el pánico producido en la capital, que el Director Gral. de Telégrafos, al levantarse de la cama a las 12 del día era su costumbre. Fue interpelado por su sirviente preguntándole si iba a permanecer en Managua, pues todo el Gobierno huía de la Capital. A esa hora alistó sus maletas y se marchó para Granada.

en Granada. En la tarde del 26, hicieron su entrada en medio de un silencio sepulcral. En vez de disminuir, aumentó la consternación general. Se había llegado á los últimos atrincheramientos y desgraciadamente no tenían defensores. Había mucha gente, muchos cañones, muchísimos rifles, pero no había aliento; no había confianza, no había valor y faltaba quien pudiera infundir todo eso, se carecía de un jefe prestigiado, capaz de reunir tantísimos elementos dispersos y organizar la resistencia. Nunca había tenido Granada tantos elementos; y, sin embargo, nunca había sido más débil. Sin armas se lanzó en abril contra el Gobierno que suponían fuerte en Managua y con León, en su favor, á la retaguardia, y tres meses después, armada, como no lo fué nunca, con dos mil hombres en su recinto y con Rivas y Matagalpa, fieles á su causa no pudo intentar la resistencia. Hubo dos reuniones sucesivas con ese fin, se discutió bastante, los ánimos se acaloraron, se cruzaron expresiones, acrecentó en los militares y aun entre éstos y algunos paisanos eminentes, la división que se había manifestado en Managua se hizo más profunda, los celos y rivalidades eran incurables, la desorganización era completa y apenas pudieron ponerse de acuerdo en que había necesidad de capitular. Con ese objeto, se envió á Managua una comisión, que se encontró en Masaya con otra que venía á hacer proposiciones de arreglo. Esto probó á ambos contendientes que recíprocamente se respetaban, se temían y se consideraban más fuertes de lo que en realidad estaban; pero esa prueba sólo sirvió á los revolucionarios; los otros estaban impotentes por la división y la desconfianza y fué mucho que no se despedazaran entre sí.

EN MANAGUA LA JUNTA CON ZELAYA DE PRESIDENTE

La junta nominal de la revolución, de que habló antes, se había vuelto efectiva con la victoria, los miembros que se habían escondido se presentaron, tomaron posesión de sus puestos y se trasladaron á la capital en donde se instaló el Gobierno provisional, bajo la Presidencia del Gral. Zelaya, según lo que habían pactado en Momotombo al comenzar la campaña. Con esa junta trató la comisión de Granada y convinieron en unas bases que creyeron aceptables para poner término á la guerra. Esas bases fueron discutidas en Granada y se halló que algunas no podían aceptarse. El presidente Zavala dijo que se dejaría cortar la mano antes que firmar aquello.

Con este motivo, se envió á Managua otra comisión para eliminar lo que no era aceptable y modificar algunas condiciones de las propuestas. Se logró lo que se pretendía y se firmó, ratificó y canjeó el tratado de paz ó con más propiedad, la capitulación de Granada. No recuerdo todos los puntos en que se convino; pero lo esencial, si la memoria no me engaña, fué: garantía de vidas y propiedades, reconocimiento de los gastos hechos y de los grados militares acordados, licenciamiento de los ejércitos y convocatoria de una asamblea constituyente dentro de cierto tiempo. Nada se dijo de las armas, pero era seguro que serían llevadas las que existían en Granada. En efecto, tan luego se dió de baja á las tropas y llegaron las nuevas autoridades de Granada, comenzaron á llevarse las armas y con pretexto de custodiarlas, llegaba todos los días un destacamento de tropas leonesas que provocaban á los pacíficos habitantes y abusaban de la posición ventajosa en que el ciego destino les había colocado. Esta operación se repitió hasta que Granada quedó completamente desarmada. Parecía que ese fuera el término de las humillaciones; pero no fué sino el principio de larga y penosa viacrucis.

GRANADA DESTRONADA

La Sultana del Gran Lago estaba destronada y no tenía ni el aprecio del vencedor. Su infortunio era inmenso y no le quedaba ni la satisfacción de haber sucumbido con gloria. Como la madre de Boabdil, el vencedor le decía: "llora como mujer la pérdida de lo que no supiste defender como hombre". Al orgullo, había sucedido el abatimiento. Aquellos cantos viriles y patrióticos que en otros tiempos dieron coraje á los granadinos y convirtieron en héroes á unos cuantos ciudadanos pacíficos, no resonaron ya; habían desaparecido con la generación que los entonó y supo marchar á la

victoria escribiendo sobre la cinta blanca, emblema de su partido: "Legitimidad ó muerte". Ya no existía aquel bando que en hora oportuna y solemne, supo decir inspirado por sus lazos:

Al arma granadinos,
intrépidos pelead,
Por vuestra cara patria,
Por vuestra libertad.

De mortífera guerra el embate,
Cuatro veces Granada ha sufrido,
Y otras tantas Granada ha sabido
Victoriosa en la lucha salir.

De cenizas cubierta y de ruinas
Quedará la invencible Granada,
Pero nunca será despojada
De su noble corona triunfal.

Entre el humo, la sangre y la muerte
Se alzaré majestuosa y radiante
Como el iris que sale triunfante
De las hórridas nieblas del mar.

Sí, ya no existe aquel bando, ni existía tampoco la generación perdida que supo luchar y morir. —Todo eso había desaparecido y sólo quedaban débiles recuerdos— como de la grandeza de los romanos en la hora de su decadencia; pero también es justo observar que la buena generación fué amamantada con otras ideas, que no comprendía el motivo de la heroicidad de sus progenitores y que apenas había recuerdos de aquel espíritu de localismo feroz, generador de la intransigencia que había llegado hasta considerar como enemigo irreconciliable al hermano disidente.

EL HUMO DE LA POLVORA Y EL HUMO DEL INCIENSO

LECCIONES DE ESTA HISTORIA

EL triste desenlace que acababa de tener la populárisima revolución de Abril, daba asunto bastante para las meditaciones del estadista y del filósofo y demostraba, una vez más, cuán funestas son las divisiones en un mismo partido y hasta dónde llevan á los hombres la ambición y el despecho.

Desde el primer momento se habló de traición y á ella se atribuyó el desastre. La prensa discutía, con alguna calma, aquel espinoso asunto y trataba de hacer luz para facilitar más tarde el trabajo de historiador.

El órgano de los genuinos había dejado de publicarse desde la retirada de la Cuesta. Quedaban "El Diarito" en Granada, "El Centinela" en Managua, "El Comercio" y "El Siglo XX" en León. "El Diarito" inició la discusión de aquel importante asunto de actualidad porque juzgaba necesario aclarar el embrollo y hacer que la responsabilidad pesara sobre los verdaderos culpables, porque en la aberración de los partidos y en la ceguera de los pueblos que, sin examen previo aceptan como cierta cualquier monstruosidad, por absurda que sea, se había llegado hasta arrojar sombras sobre el General Zavala, suponiéndole en inteligencias con el

General Zelaya. Fué tal el efecto de la calumnia propagada sordamente por la maledicencia, que algunos oficiales subalternos del ejército, propusieron, antes de la capitulación, que se le desconociera, se le fusilara y se colocara a otro de los jefes á la cabeza del Gobierno.

¿QUIEN DIO LA ORDEN DE RETIRARSE DE LA CUESTA?

Como la opinión general atribuía el desastre á la retirada de la Cuesta, cuando los conservadores que allí peleaban se creían vencedores, era natural averiguar quién había dado la orden de retirarse, á pesar de sostener los jefes que combatían, que no había razón para abandonar el campo porque la victoria era de ellos y que en lugar de retirarles debían enviarles refuerzos para completar la victoria y hacer definitiva la derrota del enemigo. Con este motivo tomaron participación en el debate los principales jefes que habían estado en la Cuesta, Reuling y Rivas, holandés el primero y salvadoreño el segundo, mantenían el aserto de que la batalla estaba ganada por los conservadores cuando el General Miguel Espinosa comunicó y repitió la orden terminante de que se retirasen. El General Espinosa confesó

que él había sido el portador de la orden, pero que no emanó de él sino del Mando en Jefe, asegurando que dos veces consecutivas se la había dado el General Avilés. Este General, á quien correspondía la palabra para responder al cargo que contra él resultaba, guardó profundo silencio. No había más que decir, por supuesto,

UNA HUMORADA DE QUE SE APROPIO ZELAYA

A propósito de esto, hubo algo muy gracioso. "El Comercio" de León tuvo la humorada de decir que la orden de retirarse de la Cuesta los conservadores no había emanado de su Mando en Jefe, sino del ejército liberal que había sembrado el terror en sus contrarios y obligándoles á pegar la estampida como sucede á las partidas de ganado que se asustan por la proximidad de un tigre.

Al General Zelaya le gustó la ocurrencia y, con la mayor buena fé, se la apropió, diciendo, en sus conversaciones respecto de la campaña, que era una tontera estar investigando quién había dado la orden para la retirada de la Cuesta, porque la orden procedía de él, que había obligado á huir á sus enemigos. Y no se crea que eso era jactancia. De buena fé creía lo que decía. De la noche á la mañana se había despertado en él el genio de la guerra: era un astro de primera magnitud que de súbito aparecía en el cielo oscuro y tempestuoso de su patria. En corroboración de esa idea fija en él, recuerdo, que, antes de esa campaña, decía que á él se debía el triunfo de la revolución de abril, que los conservadores no sabían nada de guerra, que cuando él llegó á Masaya no tenían plan ninguno de defensa, que pensaban hacer trincheritas como en las guerras pasadas y que él dió la idea de ocupar la Barranca y el Coyotepe, á lo cual era debido el triunfo de la revolución. El humo de la pólvora había comenzado á ofuscarle la razón y el humo del incienso acabó de trastornársela. Nada tiene eso de extraño. El humo ese, sobre todo el último, hace efectos desastrosos en el cerebro humano. La historia de casi todos los pue-

blos abunda en ejemplos de esa naturaleza. La de Nicaragua muestra, á ese respecto, tipos dignos de estudio. El Dr Sacasa, por ejemplo, que nunca peleó ni oyó silbar una bala y que por temperamento es hombre pacífico, quitado de ruidos y tan dado á vivir arrullando perpétuamente á su esposa, que llegó á ser digno del cognomento de "Palomo", se trastornó por la adulación, se creyó hábil estadista é insigne guerrero. Cuentan los íntimos amigos, que le rodearon en su apogeo, que era tal su vanidad que constantemente hablaba de las maravillas que hacía y de su expedición en el despacho de todos los asuntos. De nada entendía, pero en sus cuentas todo lo hacía y muy bien. Se sorprendía de que los empleados le consultaran sobre todo y que hasta los militares ocurrieran á él para recibir sus órdenes en lo preferente al servicio. "Yo no he estudiado milicia, decía con candor, sin embargo, hallan muy bueno lo que dispongo". Explicando ese fenómeno, agregaba: "Esto es debido á que viví mucho tiempo en Francia y como esa nación es muy guerrera y todos allí están en una atmósfera belicosa, sin darme cuenta me había saturado del espíritu militar de los franceses y por eso sé tanto de lo concerniente á la guerra como cualquiera de mis Generales". Esta anécdota me la contaron los amigos del Dr y me confirmó su autenticidad el mismo General con quien ocurrió. Yo no hago más que contarla como me la contaron.

Pero lo peor del caso fué, que el humo ese, no solo trastornó al General Zelaya, sino también á todos los guerreros improvisados é inmortalizados en aquella campaña. Las hazañas que habían hecho, eran dignas de la epopeya. Mateare y la Cuesta equivalían á Marengo y Ayacucho, y las fechorías de los vaporcitos disparando bombas sobre Managua, Mateare y la Cuesta, podían figurar al lado de Lepanto, Aboukir y Trafalgar. No cabe duda de que el desarreglo mental era completo y general. La pólvora y el incienso habían hecho allí tanto efecto, como los experimentos del doctor X en Quiquendone. Ya veremos lo que ha resultado de tanta demencia. (1)

LEON RECIBIÓ EL PODER QUE LE HABÍA QUITADO GRANADA

PERO sea cual fuere el valor intrínseco de la campaña, lo que se había consumado, con la capitulación de Granada era una contrarrevolución. León buscó el desquite de la derrota de Abril y lo halló con el apoyo de los hondureños y la cooperación del liberalismo de Managua. La antigua metrópoli recobró el poder que le había quitado Granada; pero creyó político no dar á su triunfo el carácter de reacción, borrar la idea de localismo y hacer creer que se abría una nueva era política en la historia de Nicaragua". Con este motivo se habló muy alto del derecho, de la justicia y de la libertad en discursos, brándis, proclamas y manifiestos; se cantó en todos los tonos el advenimiento del partido liberal al poder después de largos años de proscripción. El mando antiguo se desplomaba y sobre sus ruinas se levantaba una nueva sociedad. Se estigmatizó al conservatismo como sinónimo de retroceso, de esclavitud y oprobio; se renegó de los llamados 30 años en que habían figurado la mayor parte de los nuevos regene-

radores, y se entonaron himnos á la democracia, á la civilización, al espíritu moderno. La revolución triunfante se llamó "la gloriosa" y los que la iniciaron y consumaron fueron héroes legendarios, patriotas esclarecidos, ilustres ciudadanos destrozadores de horribles cadenas, quebradores de pesados yugos, redentores de un pueblo esclavizado, embrutecido y explotado por agiotistas desalmados, por comerciantes avaros, por banqueros sin conciencia.

Todos los desahogos parecían naturales y legítimos en los momentos del triunfo; las promesas de redención salían á torrentes de los labios de los patriotas, y los pueblos creyeron, como siempre, y esperaron tranquilos que se les llevase á la tierra prometida. Lo que sucedía en aquel momento era semejante á lo que ocurre en un teatro antes de levantarse el telón, cuando se ha anunciado con bombo y platillos la primera representa-

1) Las condiciones de Zelaya.

ción de la última obra de autor famoso ó el debut de artistas de gran reputación. El público está ansioso é impaciente y espera el instanté, con ardor deseado, de satisfacer su curiosidad. El liberalismo había llegado al poder é iba á debutar. Había anunciado su advenimiento por la boca de los cañones, el redoble de los tambores, el sonido de los clarines y el toque de diana. Los pueblos, atónitos, esperan; la función va á comenzar: el telón se levanta.

Lo primero que aparece son trenes cargados de rifles, cañones y demás elementos de guerra que se trasladan á Managua y de allí regresan vacíos para llenarse de nuevo y repetir la operación hasta dejar limpios los almacenes de la Sultana con quien el liberalismo acababa de darse un abrazo fraternal y pactar olvido de lo pasado y amistad sincera para el futuro.

En seguida desfilan unos cuantos vapores que de Managua llevan para Momotombo los elementos de guerra traídos de Granada, porque se considera que están seguros en los almacenes de León.

A continuación llegan á Managua numerosas comisiones de León y otras partes de la República á felicitar al Gobierno por el triunfo de la revolución liberal, á cuya cabeza se había colocado la antigua metrópoli, cuna de la democracia, arca santa que guardaba fielmente las tradiciones liberales y las cenizas de los mártires de la causa de los pueblos.

Después desfilan el ejército libertador, la Junta de Gobierno y los héroes de la "gloriosa", se embarcan en los vaporcitos del lago, desembarcan en Momotombo y continúan en marcha para León á recibir los honores del triunfo, en la invicta metrópoli que les espera empavesada y llena de arcos para distribuir coronas á sus héroes y entonar himnos, y pronunciar discursos, y comer y beber, y brindar, y bailar, y reír, y gritar por el advenimiento del liberalismo al poder, por la redención de los pueblos, por el comienzo de la era de progreso, de justicia y libertad.

Terminadas las fiestas, regresa la Junta á Managua á reanudar sus tareas de reorganización de la República. La obra es larga; no seguiré el orden cronológico porque no es posible atender á la memoria solamente; omitiré las pequeñeces y sólo trataré de lo más saliente y trascendental para dar á conocer el carácter y las tendencias de los hombres que por las armas se habían adueñado del poder público.

ARDID ECONOMICO

El Gobierno que sucumbió á fines de Julio, había negociado con el Banco, en sus postrimerías, un préstamo de cien mil pesos, que serían reembolsables con el producto de un empréstito forzoso de quinientos mil pesos, que se iba á decretar para atender á los gastos de la guerra. De esa cantidad, sólo entregó el Banco veinticinco mil, que sirvieron para pagar las tropas al darles de baja. El proyecto del decreto referente al empréstito, quedó en Managua, en la oficina del Ministro de Hacienda, porque la salida del 25 había sido tan precipitada, que no dió tiempo de recoger los papeles del despacho. Nada tenía eso de particular, todo era legal y correcto; sin embargo, el primer acto trascendental de la Junta que constituía el nuevo Gobierno, fué publicar ese proyecto de decreto como un hecho consumado; y al propio tiempo otro decreto de ella limitando, no recuerdo á cuánto, la cantidad expresada en el proyecto y haciendo notar que cien mil se destinaban al pago de igual

suma que el otro Gobierno había recibido del Banco y el resto para liquidar las fuerzas de la revolución. La mala fe era visible y á léguas se veía la intención de exhibir mal á los caídos y de darse aires, los vencedores, de generosos con el pueblo, rebajando la contribución; de económicos, porque con menos cantidad atendían á los gastos de "la gloriosa", y de celosos del buen nombre del Gobierno, porque se apresuraban á cumplir los compromisos contraídos hasta por su predecesor. Pero de nada les sirvió el ardid, porque se demostró que el decreto de los 500,000 pesos de empréstito, no había pasado de proyecto y que de los cien mil del Banco, ellos habían recibido 75,000. De manera que el grande empréstito que hacían era para cubrir sus gastos, los que aparecían exorbitantes y no admitían comparación con los del otro Gobierno, que los había cubierto con 25,000 pesos, á pesar de que sus fuerzas fueron más numerosas que las de la revolución. Sin embargo, descartando la mala fe, resaltaba en la maniobra liberal un hecho laudable: la timidez con que se procedía al tratar de echar mano al bolsillo del prójimo. Los miramientos que se guardaban con los propietarios para sacarles el dinero por fuerza, indicaban que se respetaba hasta cierto punto, la propiedad, ó, lo menos, reconocía el derecho que cada uno tiene á lo que es suyo.

ATAQUE A LA PROPIEDAD PRIVADA

Hecho efectivo el empréstito forzoso, se acordó otra medida económica para allegar fondos inmediatamente. Con ese mismo objeto, la revolución de abril había vendido una gran cantidad de tabaco, que existía en la Factoría, á menor precio del que tenía en las tercenas, autorizando á los compradores para expendirlo. Hubo quienes compraran muchos fardos, alucinados con la idea de obtener buena ganancia, vendiendo más tarde su tabaco á mejor precio. La especulación era legítima, la compra fué legal y los actos de la revolución de Abril fueron sancionados por la contrarrevolución de Julio. Pues bien, la Junta de Gobierno que presidía el General Zelaya, acordó recoger el tabaco, declarando contrabandistas á los que no entregaran el que tenían y ofreciendo devolverles más tarde lo que habían pagado por él. Esto era más que un ataque á la propiedad, era un engaño al público y un desconocimiento de actos legítimamente consumado. Aquel era ya un mal síntoma de la "regeneración" prometida.

MEDIDAS FISCALES CONTRAPRODUCTENTES

La exportación del café y del banano era libre de impuestos fiscales. La razón es clara; esos dos artículos de exportación aumentan la riqueza nacional y debía procurarse fomentar el ensanche de la producción en vez de disminuirla con gravámenes. El fisco obtiene utilidades por otros medios; el aumento de la riqueza pública, por sí sola, acrecienta sus ingresos; pero en todo caso, si hay necesidad de mayores recursos para atender á gastos extraordinarios de la administración, se suben los impuestos ó se inventan otros, pero jamás debe agravarse la fuente de producción porque eso tiende á secarla y conduce á la demencia de la fábula de la gallina de los huevos de oro. Los nuevos regeneradores prescindieron de esas antiguallas y decretaron el impuesto de dos pesos por cada quintal de café, y tres centavos por cada racimo de banano que se exportaran. El café ha soportado el gravamen por el precio extraordinario que hoy tiene; pero el banano se está hundiendo, porque al gra-

vamen de cada racimo, agregaron el de tonelaje, anclaje, etc., etc., á los vapores bananeros que hacían el tráfico entre la costa Atlántica de Nicaragua y los puertos de Estados Unidos en que se expende esa fruta. El resultado ha sido que esos vapores sólo llegan por el banano de Nicaragua cuando no tienen carga bastante en Limón, Bocas del Toro y Colón, adonde prefieren ir aunque es más lejos, porque no tienen que pagar los impuestos que les exigen en los puertos nicaragüenses. El cultivo del banano decrece, por supuesto; algunos empresarios se están arruinando; aquella región, antes floreciente, está en decadencia; pero el Gobierno ha tenido pingües ingresos y ha podido enviar allí á muchos de sus paniaguados

para que improvisen fortunas ó por lo menos saquen su tripa de mal año. Se han hecho repetidas gestiones para que se ponga término al mal; pero todo ha sido inútil. El interés público no vale nada en donde impera el interés privado.

Por seguir las consecuencias de las medidas económicas, he pasado de lo que concierne á la Junta á lo que atañe al Gobierno Constitucional que le sucedió; pero como la una y el otro, sustancialmente, han sido la misma cosa, lo mismo da para la apreciación del hecho, histórica y económicamente considerado.

Hago esta advertencia para que no se tache de error cronológico esa parte de mi relato.

SE ORGANIZA LA ADMINISTRACION

LA provisión de los empleos es, en Nicaragua, uno de los actos más difíciles del Gobierno. Los partidarios de quien manda, pretenden que todos los empleos públicos sean de ellos, sean como fueren; los disidentes y los neutrales, quieren que se prefiera el más digno al más adicto. Imposible es contentar á todos, y, cualquiera que sea el extremo que se tome, abundan las quejas y se multiplican los descontentos. Así es que, por más popular que sea un Gobierno al inaugurarse, no tarda en tener una gran oposición. La Junta de Gobierno no podía ser una excepción á ese respecto; máxime si se atiende á que siendo compuesta por varios, cada uno tiraba por su lado y quería colocar á los suyos. Había en esa Junta y en el Ministerio, conservadores, liberales y progresistas de Occidente, y, por supuesto, los empleados fueron heterogéneos. Se cometieron muchísimos desaciertos, dando la preferencia á los más partidarios, á los que se habían distinguido en la campaña y á los parientes y amigos de los que repartían los turriones. Los que tenían la sartén por el mango, se mantenían asediados de pretendientes; el liberalismo estaba en alza y por consiguiente, los liberales se multiplicaron. Anteriormente eran pocos, muy contados, y, en la hora del triunfo, resultaron liberales hasta los que habían figurado en primera línea durante los 30 años, que eran objeto de execración en las altas regiones oficiales. Sin embargo, aquella situación se miraba como transitoria y no se hizo mucho alto en los nombramientos, aunque chocaba ver figurar como liberales á muchos de los que habían estado con los gobiernos conservadores y que habían estigmatizado y perseguido á los liberales. Empero, hubo un nombramiento que fué muy combatido, que produjo escisión entre los liberales y fué el principio de serias dificultades. Me refiero al nombramiento de Ministro en Washington, hecho en el Doctor Horacio Guzmán.

EL DR. HORACIO GUZMAN MINISTRO DE ZELAYA

Este caballero había sido colocado en ese puesto por el Presidente Carazo y se conservó en él hasta la caída del Dr. Sacasa. Secretario de la Legación había sido don Román Mayorga Rivas. Al principio se llevaron muy bien, el Ministro y su Secretario; pero, por motivos que no hay para qué referir, chocaron; la cuerda se rompió por lo más delgado, cayó Mayorga, y naturalmente, se hizo enemigo implacable de Guzmán. Los vencedores de Abril enviaron á Guzmán su carta de retiro. Terminada su misión, se trasladó Guzmán á Nicaragua para arreglar sus negocios y al llegar halló triunfante la revolución de Julio.

El había sido liberal, los que estaban en el Gobierno eran sus amigos y se presentó á ellos como víctima de los conservadores. Fué bien acogido, se entendió con ellos y con el apoyo eficaz de Gámez logró que se le restituyera á su antiguo puesto. Los Mayorga, hermanos de Román, tenían ascendiente en el Gobierno y mucha significación en el liberalismo, se opusieron al nombramiento de Guzmán y lo combatieron por la prensa. Hubo un momento en que Guzmán se vió perdido, pero con habilidad y el apoyo de sus amigos logró salir avante y volvió á Washington. Esta derrota exasperó á los Mayorga y cavó un abismo entre ellos y Gámez á quien atribuían el éxito de Guzmán por la influencia que á su juicio ejercía en el ánimo de Zelaya, Presidente de la Junta de Gobierno. Los amigos de los Mayorga, liberales también, hicieron causa común con ellos, participaron de la animosidad que había contra Gámez y aumentó la prevención que hacia él tenían, el hecho de que se entrometía en todo, pretendía disponerlo todo á su antojo y se daba aires de favorito de Zelaya. Pronto se verán las consecuencias que esto tuvo.

NUEVA LEY ELECTORAL

El Gobierno provisorio hacía alarde de liberalismo; buscaba opinión, infundiendo confianza á todos; no cesaba de repetir que estaba animado de las mejores intenciones en favor del progreso del país; á cada paso se repetía el estribillo de que la justicia, el derecho y la libertad eran el ideal de la "gloriosa"; que rechazaban el despotismo y la tiranía y se aspiraba á fundar la verdadera República democrática digna de los pueblos libres. En corroboración de esas declaraciones, acordó la Junta que ajustaría sus actos á la constitución del 58, mientras se decretaba la nueva y nombró una comisión que formase un proyecto de ley electoral para practicar las elecciones de diputados á la Constituyente, que se convocó para el 15 de setiembre.

La ley electoral es la base del Gobierno electivo, es una ley constitutiva de que emanan todos los poderes y por consiguiente no es lícito cambiarla ni reformarla al capricho de ninguno de ellos. Se comenzaba, pues, falseando los principios republicanos para fundar la verdadera República democrática y los que no querían el despotismo, imponían su opinión y elevaban su voluntad al rango de ley. Nuevo síntoma, revelador de los principios democráticos de que estaban animados los regeneradores.

Un amigo mío oyó por casualidad una discusión

de los comisionados para redactar el proyecto de ley electoral y me refirió lo siguiente: "La discusión fué en un cuarto del hotel Lupone, separado por un tabique del que yo ocupaba. Comenzaron por la lectura de un artículo en que se disponía que mientras se practicaba las elecciones, la fuerza pública estaría situada á "conveniente" distancia de las mesas electorales. El doctor Madriz objetó que eso era muy vago, que daba lugar al abuso de los directorios y que era preciso fijar la distancia á que debería situarse la fuerza pública.

FUERZA DE REPRESION ELECTORAL

El Dr. Sansón rechazó aquella idea, sostuvo con calor que se debía dejar al arbitrario el directorio la distancia á que conviniera situar la fuerza para emplearla con oportunidad y declaró que el partido liberal había llegado al poder por la fuerza y que por la fuerza lo mantendría. El doctor Bonilla, actualmente Presidente de Honduras, observó á su colega de la comisión, que eso era anti-democrático, que no debían falsearse los principios y que convenía que la ley estuviera en consonancia con ellos aunque en la práctica se procediera como al partido le pareciera mejor". Esto era más que "síntoma": era la enfermedad misma que se anunciaba de manera inequívoca: la tiranía arrebujada con el manto de la democracia.

ELECCIONES DE DIPUTADOS

La ley electoral se publicó y conforme á ella fueron

practicadas las elecciones. La prensa independiente examinó aquel esperpento y descubrió y señaló en varios puntos la tiranía en ciernes á pesar del manto democrático con que se había pretendido encubirla. Las llamadas elecciones dieron también mucho que decir. Todos los candidatos fueron libremente electos en el Palacio de Managua y de allí pasaron á las urnas, llevados en cada localidad por las autoridades, salvando las apariencias de que el partido liberal, sin competencia, unido y compacto, había sacado triunfantes los candidatos de su predilección. Nadie pensó siquiera en acercarse á las urnas. Genuinos, progresistas y clericales, fueron espectadores del sainete liberal. Apenas en Granada tuvieron algunos la humorada de simular que disputaban la elección; pero les costó caro la broma porque el Gobernador de Policía llevó á la cárcel á los principales bromistas como trastornadores del orden público.

El clero fué excluido del derecho de ser electo y en la práctica sólo se concedía derecho de "elegir" á los que votasen con la papeleta oficial. El resultado fué el que debía ser: triunfo á la redonda; pero no triunfo del liberalismo, sino de los elementos heterogéneos, que, unidos por la ambición y otras pasiones, se habían apoderado del poder público. Prueba de ello fué la Asamblea que se formó, verdadero gigote político, sin cohesión, sin unidad, sin ideales, sin brújula, sin rumbo, sin nada de lo que constituye una Asamblea nacional, ni siquiera una Asamblea de partido; pero este asunto merece capítulo aparte.

LOS REVOLUCIONARIOS HONDUREÑOS

ENTRE los diputados á la Constituyente fué electo el doctor don Policarpo Bonilla, jefe del partido liberal hondureño y pretendiente de la Presidencia de la República. La gente sensata censuró aquella elección como antipolítica, previendo que el Gobierno de Honduras la considerase como un acto de hostilidad. Desde Sacasa, las relaciones entre Honduras y Nicaragua no eran cordiales. Con el triunfo de la revolución de Abril se había atenuado la tirantez, porque el advenimiento de los conservadores, amigos de la quietud, era una garantía de paz y ponía término á la constante amenaza de los emigrados hondureños asilados en los pueblos de Nicaragua, fronterizos con Honduras. El jefe de esos emigrados había hallado muchas simpatías en Nicaragua, tanto entre los conservadores como entre los liberales; era público que le habían facilitado algunos elementos de guerra y recursos pecuniarios para la última de sus tentativas y que después del fracaso se refugiaron en Nicaragua, huyendo de la persecución del ejército vencedor. El triunfo de la revolución de Abril puso término á esa anomalía y dejó á los emigrados hondureños sin esperanzas de obtener auxilio para una nueva intentona. Esta falta de esperanza en los conservadores, les echó en brazos de los liberales, se identificaron con estos y se lanzaron á la revolución de Julio con la formal promesa de que en caso de triunfo, se les daría apoyo para derrocar al partido que dominaba en su patria. Esto era público, y más notorio se hizo después del triunfo porque los hondureños querían marchar inmediatamente sobre Honduras, se alistaban á la luz del día y no hacían misterio del compromiso que con ellos había.

"El Centinela", (1) diario de Managua, censuró lo que se estaba haciendo y llamó la atención de la Junta de Gobierno hacia ese acto de hostilidad para el Gobierno de Honduras con quien Nicaragua estaba en buenas relaciones. La denuncia de "El Centinela" hizo contener el movimiento, se recogieron los elementos que tenían los hondureños y se procuró calmar la inquietud que podía haber en Honduras.

MILITARES EN PUGNA

Al efecto, el General Ortiz telegrafió al General Vásquez participándole el triunfo alcanzado por la revolución y haciéndole protestas de amistad. Entre estos dos generales existían íntimas relaciones desde muchos años antes y tan amigos se les creía, que, cuando estalló la revolución encabezada por Ortiz, se creyó en Granada que contaba con el apoyo eficaz de Vásquez. También Gámez telegrafió á Vásquez en el tono familiar de antiguos amigos; le habló de las maquinaciones puestas en juego para indisponerlo con la "gloriosa"; "nos tratan como á comadres, le decía, para que choquemos, pero no somos niños para caer en los lazos", y concluía protestándole amistad. Este ardid tenía por objeto enervarle y adormecerle para que no diera crédito á la verdad que corría de boca en boca, evitar que se les anticipara y tener tiempo de prepararse para herirle con certero tiro, como posteriormente lo confesó el señor Bonilla en un Mensaje dirigido al Con-

1) Director de "El Centinela" era el hoy General José María Moncada.

greso hondureño. En consecuencia, y para que el disimulo fuera más completo, se arrestó á algunos hondureños de los que habían servido en la campaña de Julio, con pretexto de que conspiraban contra el Gobierno, y se dió empleo á otros en puntos distantes de la capital para que cesaran las sospechas y no se precipitaran los acontecimientos antes de "tomar los estribos", como decía el jefe de la "gloriosa" á sus empleados al recomendarles que trataran bien á los vencidos, á fin de no exasperarlos con hostilidades prematuras.

POLEMICA IDEOLOGICA

Gámez había restablecido su "Termómetro" y disparaba de lo lindo al tratar las cuestiones que surgían á cada paso. El *Diarito*, apoderándose del ideal democrático como de piedra de toque, sometía á esta prueba los actos de los regeneradores y los declaraba de mala ley. "El Termómetro" se empeñaba en defenderlos, en justificarlos, en explicarlos, siquiera; pero carecía de aptitudes para esa empresa, salía deslucido en todas las cuestiones y empeoraba más y más cada vez la causa que defendía. En su exasperación, trataba al "*Diarito*" de conservador, de progresista, de clerical, porque combatía las irregularidades liberales, reprobaba las torpezas que se cometían é indicaban el rumbo que debía tomarse para salvar la navecilla del escollo. Esa triste salida del portavoz del liberalismo triunfante, daba armas á los conservadores, y con mucha habilidad los esgrimía. "Un vencido de la Cuesta" en una serie de correspondencias dirigidas al "*Diarito*", demostrando que desde su fundación era liberal ese periódico; que jamás había cambiado su bandera; que al juzgar y condenar los actos del liberalismo conforme al criterio democrático, era consecuente con sus principios; y que al tachársele por esto de conservador y de clerical se confesaba que los liberales estaban fuera del liberalismo y que los conservadores eran más demócratas que los que por antifrasis se llamaban liberales. "Severo", (?) por su parte, en otra serie de artículos, publicados en "*El Diarito*" con el mote "*Los comienzos del liberalismo en el poder de Nicaragua*", puntualizó los errores que diariamente se cometían y demostró que los actos del Gobierno liberal eran la antítesis del liberalismo.

CARLOS SELVA DESTERRADO

El supuesto autor de esos artículos fué perseguido, se le puso preso, se le dió de alta y se le envió á la costa atlántica á prestar sus servicios. Esa medida despótica desagradó á todo el mundo y fué reprobada hasta por los mismos liberales, como los Comandantes de armas de Managua y Granada, que vieron en ella una venganza de Gámez. La reprobación general halló eco en la Junta de Gobierno; la venganza quedó sin efecto, haciendo regresar de San Carlos á la víctima que iba para la costa a expiar su culpa de combatir la iniquidad y defender la justicia y la libertad.

En vista de lo que pasaba, dijo el General Zelaya

que lo mejor era que Gámez no escribiera. En consecuencia, traspasó éste su "Termómetro" á los Navas, pero como ese periódico estaba tildado de ministerial, no produjo efecto la maniobra, continuaron contra él las prevenciones que ya existían y por último resolvieron cambiarle el nombre y le llamaron "El Día", como si de esa manera pudieran disiparse las sombras de la noche que se extendían ya por todos los ámbitos de la República á la que poco antes llamaron con énfasis "la Suiza Centroamericana".

GAMEZ PIERDE PRESTIGIO

El desprestigio de Gámez se aumentó con la derrota sufrida en el periodismo, fué unánime la opinión de que era nociva al Gobierno y de que convenía alejarlo. Comprendió Gámez la tempestad que se levantaba en su contra, principalmente del lado del liberalismo, y procuró contrarrestarla. Se había reconciliado con don Enrique Guzmán, de quien fué un tiempo amigo entusiasta y después implacable hasta llegar á desafiarlo. Guzmán no le hizo caso y se limitó á decirle que antes de desafiarle debía pagarle trescientos pesos que le debía desde que fué agricultor, porque ese no era el modo con que los caballeros liquidaban sus cuentas. Gámez quedó corrido y amostazado con aquella respuesta á su reto y se limitó á decir que no era él personalmente quien debía, sino una compañía que había tenido con su conuño para un beneficio de añiles. Reconciliado con Guzmán, como he dicho, fué á Granada á hacerle una visita y en ella le manifestó en confianza que la situación era muy mala para los liberales de Oriente, que los leoneses tenían mucha preponderancia, que Zelaya estaba en manos de ellos y lo botarían en el momento que quisieran y que para evitar esto y las calamidades subsiguientes era necesario que los conservadores apoyasen á Zelaya. Guzmán refirió eso al General Zavala, éste me lo contó á mí y yo se lo participé a don Samuel Mayorga, con quien tenía íntimas relaciones, para que tratase de averiguar lo que había de verdad en aquello, porque si era cierto lo que Gámez había dicho, era evidente que se trataba de traicionar al liberalismo de Occidente, buscando el apoyo de los conservadores de Granada á quienes se acaban de quitar el poder con el auxilio de aquellos. Mayorga dió traslado á sus amigos de lo que ocurría, el General Zelaya dijo que no sabía nada de aquello y que debía interpelarse á Gámez. No estaba este en Managua, le habían enviado á Costa Rica con pretexto de una misión diplomática, pero con el positivo objeto de retirarlo del Gobierno de una manera suave y disimulada para que no le fuera tan penoso y evitar que la oposición le silbara. Escribieron á Gámez respecto del incidente con Guzmán y dió explicaciones y excusas en términos que nadie entendió, pero que fueron una respuesta para salir del mal paso diciendo algunas palabras. Cuando regresó de su misión diplomática, se le volvió al puesto que tenía, tomando en consideración que había prestado muchos servicios al liberalismo, que sus faltas eran más bien efecto de su carácter y atolondramiento, que de malas intenciones, y que despedirlo era una ingratitud hasta cierto punto y que la aprovecharían los enemigos del Gobierno, mostrándola como prueba de la inconsecuencia de los liberales aun con ellos mismos.

1) SEVERO era el seudónimo con que firmaba sus producciones el escritor riventé don Manuel Antonio Gallegos.

MALESTAR EN LA JUNTA

El malestar político era profundo y el desprestigio de la Junta de Gobierno había llegado á su colmo; era peor que el de la Junta precedente, porque la revolución de Julio tenía más obligaciones que llenar y más aspiraciones que satisfacer, puesto que se había efectuado en nombre de un ideal, tantas veces invocado para halagar á los pueblos sedientos de mejoramiento social. La revolución de Abril había tenido por objeto inmediato, poner fin al oprobio que pesaba sobre los nicaragüenses, soportando el desgobierno corrompido y corrupto de Sacasa. La revolución de Julio improvisó su bandera, tomando al azar el antiguo estandarte democrático y la escarapela roja en contraposición á la blanca que había ostentado la legitimidad. Para corresponder á sus insignias, el Gobierno tenía que ser esencialmente revolucionario, so pena de ponerse en ridículo y demostrar que no había ideales levantados, que la única aspiración era el poder y que sólo se efectuaba el cambio de las personas que deberían gozar de sus beneficios. La posición era difícil. Los revolucionarios se habían colocado en la alternativa de chocar con las preocupaciones dominantes ó de resultar con el parto de los montes. Dieron el primer paso sin prever las consecuencias. Se asustaron y quedaron perplejos, como cogidos en un callejón sin salida. Algunos decían que no había por qué alarmarse, que las cosas quedarían como estaban y que las reformas de que hablaba eran invenciones de la oposición para promover un trastorno; pero otros alegaban que si no había innovaciones, la revolución no tenía razón de ser y debería ahogarse en su propio desprestigio, hundiéndose con ella los que para ocultar su ambición y engañar á los cándidos habían desplegado el antiguo estandarte democrático. Entre estos últimos formaba El Diarito, sosteniendo que lo que pasaba no eran intrigas de la oposición, sino consecuencia lógica de las premisas sentadas; que había obligación de ir hasta las últimas consecuencias y que si por eso se caía, se caería con gloria; pero, al propio tiempo, alegaba que no había razón para juzgar al liberalismo por los actos de la Junta, que esta era heterogénea, que era transitoria y que debía esperarse la organización definitiva del Gobierno liberal para tener derecho de juzgar sus procedimientos según sus principios. Este razonamiento era sensato y proporcionaba una tregua porque la cuestión tenía, necesariamente, que volver á surgir.

INTRIGAS

Los jefes de la revolución, según se aseguraba, habían convenido en Momotombo, al comenzar las hostilidades, que en caso de triunfo, el primer periodo presidencial sería del General Zelaya y el segundo de un occidental; sin embargo, al aproximarse la reunión de la Asamblea constituyente no se hablaba de ese convenio, había intriga en favor de varios candidatos y se discutía si la elección del Presidente debería hacerla la Asamblea ó el pueblo.

Por fin se reunió la Asamblea que iba á constituir al país bajo los auspicios más lisonjeros para los liberales. La Constitución del 58 tenía muchos defectos; los liberales la habían combatido, demostrando que no era democrática y proponiendo su reforma. Se querían más libertados, más garantías, más derechos para el ciuda-

dano y menos facultades para el Presidente de la República á quien se suponía investido de facultades dictatoriales. Todo hacía creer que realmente iba á entrar el país en un nuevo periodo histórico, que se iba á reformar la sociedad y á poner las bases de la verdadera República democrática. ¡Cuántas ilusiones! ¡Cuántos espejismos!

ZELAYA PRESIDENTE

El primer acto de la Asamblea fué nombrar Presidente de la República al General Zelaya y vice-Presidente al General Ortiz. Aquello cayó como una homba, dentro y fuera de la Asamblea, y fué censurado aun por amigos y partidarios de los favorecidos. La discusión del asunto fué breve, rápida, sin trámite alguno de los que son más usuales en los cuerpos deliberantes aun para asuntos insignificantes. Aquel procedimiento inaudito, sin precedentes en los anales parlamentarios, más parecía un motín de pretorianos aclamando su emperador, que el acto formal, serio, de una Asamblea nacional que libre y deliberadamente ejerce sus funciones soberanas. Aquella festinación, no sólo era irrespetuosa para la misma Asamblea, no sólo falseaba los principios democráticos, si que también ponía de manifiesto que no se confiaba en los prestigios que los Generales escogidos tuvieran en el pueblo, ni aun en la misma Asamblea, si se procedía con pausa y dando lugar al debate y á la deliberada expresión de votos, puesto que para asegurar el éxito se creía necesario valerse de la sorpresa como para descargar certero golpe sobre temido y poderoso adversario. A pesar de eso, el doctor Bonilla y algunos otros se opusieron al torrente de servilismo que arrastraba á la atónita Asamblea, invocando los principios democráticos que se hollaban y haciendo presente la inconsecuencia y la irregularidad que se cometían al nombrar Presidente y Vice-Presidente antes de decretar la Constitución, antes de saberse si habría presidencia, antes de saberse cuáles serían sus funciones, y, sobre todo, antes de acordar quién debía elegir á esos funcionarios y por cuánto tiempo ejercerían el cargo que se les diese. ¡Qué principios ni que canilla de muerto!, vociferaban los pretorianos de la Asamblea; lo que conviene es esto, y dejémonos de principios; no estamos ahora para ellos.

POR LA HEBRA SE SACO EL OVILLO

Y no hubo más discusión; la turba parlamentaria se impuso, la voz de la razón se perdió en el vacío, los principios se apartaron y, libre de obstáculos el camino, llegaron los electos á la Asamblea á prestar el juramento de cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes que no existían todavía. Tal fué el punto de partida de la nueva era constitucional. Si por la hebra se saca el ovillo, esta muestra es bastante para conocer la obra de esa Asamblea. Desde el principio hasta el fin, ella fué una serie no interrumpida de desafinados, de inconsecuencias, de contradicciones, de mezquindades y miserias, como correspondía al enjambre de "parvenu" que en el torbellino de las frecuentes revoluciones se apodera del poder público. Esa Asamblea, como he dicho, se había formado con gesto escogida para cubrir el expediente y dar apariencias de sanción nacional á las confabulaciones de unos pocos. Por su posición y antecedentes,

ninguno de los que componían la tal Asamblea era independiente. Aquella muchedumbre obediente, semejante á una novillada conducida por un "toter", caminaba dócilmente sin molestarse en saber para dónde iba. Es verdad que algunos diputados eran propietarios y podían ser independientes y dignos, pero buscaban posiciones oficiales, andaban tras ministerios, legaciones y negocios y, por consiguiente, se doblegaban y seguían el torrente, cuando no eran los que se anticipaban para tener más méritos y obtener mejores tajadas.

UNA ASAMBLEA INCONDICIONAL

Así sucedió en el primer acto de la Asamblea; la iniciativa fué tomada por los que parecían menos sospechosos de complacencias serviles; la multitud siguió la voz de los "toteros", y los que se opusieron al torrente, como Bonilla y uno ó dos más, cuyos nombres no recuerdo tuvieron cuidado, al invocar los principios y las formas parlamentarias, de consignar que no rechazaban las per-

sonas, que les parecían muy dignas de los puestos que se les daba y que tenían el honor de contarlas en el número de sus buenos amigos. Se habían visto en Nicaragua muchos Congresos serviles, formados por nulidades que los gobernantes elevan para tener seguros sus votos y tener el control del Poder Legislativo; pero no había memoria de una Asamblea Constitucional semejante á esa. Siempre se había buscado para ellas, lo mejor del país, tanto para que su obra fuera la expresión de las ideas y del sentimiento de la nación, como para que tuviera más respetabilidad y menos defectos en la forma y en el fondo. Esa es la manera de constituir bien una nación, de tal suerte que la ley fundamental sea fiel trasunto del estado social, como un vestido hecho sobre medida, en vez de un molde á que se acomode la nación, en vez de un ideal á que nada corresponde en la realidad, como acontece en los países que se dejan guiar por ideólogos que en alas de su fantasía vagan por mundos imaginarios.

NOMBRAN VICE-PRESIDENTE INCONSTITUCIONAL

NO les bastó á los pretorianos de aquella Asamblea nombrar prematuramente el Presidente de la República, sino que también nombraron Vice-Presidente. Regía todavía la Constitución de 1858 y según ella no había Vice-Presidente; de manera que nombraron un empleado para quien no había lugar en la ley fundamental, es decir, un empleado sin empleo. Además, la historia de Nicaragua había demostrado que el nombramiento de esa clase de suplentes era contrario á la paz pública porque se colocaba á un ciudadano al borde de un abismo de cuya atracción era difícil sustraerse. La tentación era grande. Faltando el propietario, ocuparía su puesto el suplente; pues nada más difícil que apartar el estorbo de cualquiera manera. Si estando lejos del poder, se le busca y muchos ambiciosos no se paran en pelillos, ni se arredran por los obstáculos, ¿qué sería teniendo á la mano la codiciada joya y pudiendo agarrarla sin más trabajo que estirar el brazo? A raíz de la independencia hubo jefe y vice-jefe del Estado, cuando los próceres de aquellos tiempos creían en la virtud del patriotismo y no suponían que la ambición llevase al crimen; sin embargo, dió pésimo resultado el ensayo: la atención hizo pecar á aquellos varones y mancharse con la sangre de sus hermanos. Cerda, y Argüello, dos insurgentes, es decir, dos patriotas del año de 1811, fueron deportados á Cádiz y allí, en el mismo calabozo, arrastraron sus cadenas, gimieron juntos, tuvieron la comunidad del dolor y la fraternidad del martirio. Consumada la independencia, les permitieron regresar á su patria. El primero de ellos fué proclamado Jefe y el segundo Vice-Jefe del Estado. No trascurrió mucho tiempo sin que surgiesen desavenencias entre ellos. León y Granada se pronunciaron por el Vice-jefe; Managua y Rivas permanecieron leales al Jefe. La lucha era desigual porque las dos primeras ciudadanas eran las principales de Nicaragua. Cerda sucumbió y fué fusilado por Argüello. Ese hecho histórico demostró que la vicejefatura era un cáncer de la jefatura, y posteriormente fué curado el mal de manera radical. La República no tuvo Vice-presidente y para reponer al Presidente en los casos de falta súbita, absoluta ó temporal, se dispuso la insaculación de Senadores en la forma que atrás in-

diqué; de manera que no se sabía quién era el llamado á suceder al Presidente y por consiguiente no había quien tuviese la tentación de promover conflictos para alcanzar el poder.

ZELAYA ACEPTA INCONSTITUCIONALIDAD

Pero ni esas consideraciones, ni los temores de que se repitiera la historia, ni la anomalía de nombrar un empleado antes de crear el empleo, detuvieron á la omnipotente Asamblea, que no reconocía límite á sus antojos, que pasaba sobre los principios, prescindía de los usos parlamentarios, se mofaba de la opinión pública y se creía del buen sentido. Como esos desgraciados, llamados por los poetas ángeles caídos, que, perdido el pudor, se lanzan á la calle en busca de las aventuras, así los pretorianos de la Asamblea, después de su primera culpa, se descararon y llegaron luego hasta el cinismo. Proclamado el César, se postraron ante él y le quemaron incienso. La Junta de Gobierno había acordado ajustar sus actos á la Constitución de 1858, mientras se decretaba la nueva ley fundamental. Sea como fuere, aquella Constitución era una traba que impedía el desborde, que ponía un límite al capricho. Eso era un desdoro para el ídolo que acababan de consagrar y parodiando al doctor Montúfar en aquella célebre Asamblea guatemalteca, pidieron y acordaron la dictadura para su César el Jefe del liberalismo; pero una dictadura "sui géneris", porque al lado de ella ejercería sus funciones la Asamblea, constituiría el país y fundaría la verdadera República. Esta nueva insensatez halló alguna oposición en la misma Asamblea; muchos liberales, de los pocos de buena fe, que allá había, se escandalizaron, y la oposición sensata miró aquello como síntoma del desgobierno liberal y del hundimiento de ese partido.

"EL DIARITO" PROTESTA

"El Diarito", único periódico independiente que había ya y que fuera capaz de oponerse al desbarajuste, impugnó, razonó, declamó, mostrando el abismo á que se caminaba; pero todo fué en vano. "¡Estáis hollando el derecho!", ¡estáis violando la justicia, estáis

escarneciendo la libertad, estáis criando un cachorro, incubando un tirano que os devorará mañana! ¡Deteneos; si no caeréis en el despeñadero!" Todo fué inútil. Aquellas gentes no oían, no escuchaban, y, como esos caballos desbocados que no hacen caso del freno y más veloces que el huracán se lanzan sin saber a dónde, ellos se tapaban las orejas, cerraban los ojos y se dejaban ir en la sima tenebrosa del absolutismo. Sin embargo, había aún una esperanza, muy débil, por cierto. Se creía que el General Zelaya rechazaría aquel acto de servilismo, devolvería el decreto de la Asamblea y lograría la ocasión que se le presentaba de dar una muestra de espíritu levantado y de sincero partidario del verdadero liberalismo; pero los que tal esperaron, poco conocían al General Zelaya, á pesar de que su ir y venir con todos los partidos; el servir un día á los Orientales para derrotar á los Occidentales, y al día siguiente ponerse á la cabeza de estos para tumbar á los otros, sin importarle la traición de él y los suyos, sin dársele un bledo que estos se llamen conservadores y aquellos liberales, no hubiera sido bastante para hacer transparente la conciencia de ese hombre y ver en ella el vacío, la ausencia del sentido moral y por ende la aptitud necesaria para llegar á ser déspota en una tierra de menguados.

DEL ZELAYA APARENTE AL ZELAYA REAL

Cierto que nadie hubiera creído, cuando comenzó á tomar participación en las luchas de los partidos, que llegaría adonde ha llegado. De pocas palabras, humilde, sin pretensiones, parecía un leal soldado del liberalismo, cuyo ideal fuera el advenimiento de ese partido al poder para que sus principios encarnaran en la sociedad y se difundieran en el espacio. Sin embargo, eso le sirvió mucho: creyeron en él y nadie tuvo celos. Mientras otros liberales se codeaban y se mordían, él avanzaba é insensiblemente se encontró colocado á la cabeza del partido que para llegar al poder tenía que lanzarse á las vías de hecho y tomarlo por asalto. El jefe que se tenía desde la muerte de Jerez, era el Licenciado Francisco Baca, hombre civil, de avanzada edad y por consiguiente, incompetente para guiar un partido que debía empuñar las armas y librar batallas si quería coronar sus aspiraciones. Esto hizo pensar en la necesidad de

que otro del partido tomara la jefatura y tácitamente se reconoció á Zelaya como el más á propósito para la acción porque podía allegar los elementos dispersos, y sobre todo, servirse de los que había en Managua, que era el lugar en que se debía dar el golpe de gracia al partido dominante. Se procuró hacerle prestigios, crearle atmósfera y darle los aires de caudillo. Los conservadores lo combatían, lo presentaban como una amenaza para la sociedad y recordaban en "El Diario Nicaragüense" las épocas nefastas en que el liberalismo había levantado la cabeza. El llamado órgano, portavoz y abanderado del partido liberal, estaba entonces metido en un rincón, desalentado, abatido y triste.

SELVA JUZGA A ZELAYA

"El Diarito" fué quien salió en defensa del partido y del jefe que aparecía en la arena del combate. Estaba dado el primer paso, se había sacado la primera suerte y no se debía dejar al amigo en las astas del toro. Ciertos parientes de Zelaya, muy conservadores y que pretendían conocer á fondo al hombre que se presentaba como caudillo del liberalismo, decían al redactor de "El Diarito": "No conoces á Santos; no es liberal, ni cosa que se parezca; es ambicioso, malo y capaz de todo; ya te arrepentirás de lo que estás haciendo en su favor". Más tarde, varios conservadores me han hecho cargo, porque habiendo tratado á Zelaya, no le conocí y cooperé á su elevación. Francamente diré, que á Zelaya no le conocí bien al principio y tuve confianza en él; después comprendí que sus parientes tenían razón; pero siempre creí que el partido no se dejaría subyugar, que sabría dirigirse y en último caso tendría energía bastante para contenerle y apartarle. Desgraciadamente, esto vino muy tarde; el partido perdió á Zelaya y se ha perdido á sí mismo. Sin las complacencias serviles de la Asamblea, y sin los mil disparates que se hicieron desde el principio hasta el fin, Zelaya no se pierde y hubiera sido un buen gobernante; el partido liberal se habría consolidado en el poder y habría hecho muchos beneficios al país con el aplauso de los nicaragüenses. Por desgracia, la posesión del poder trastornó á los liberales, les cegó y les ha hecho rodar de una manera lastimosa, causando males sin cuento á la desventurada nación que ha sufrido sus calaveradas.

UNA ASAMBLEA INCONDICIONAL

Las facultades extraordinarias dadas al Presidente, no sólo mostraban que la Asamblea era servil y que traicionaba los principios del partido liberal; iban mucho más lejos: eran un mentís para la revolución que se había iniciado en nombre del derecho y de la libertad y que había alardeado de romper yugos y cadenas; eran más que todo eso: eran la justificación más elocuente del partido conservador y la nulificación del liberal como partido de gobierno. Los conservadores habían gobernado desde 1858 con la Constitución que los liberales hallaban insuficiente dos meses después de su exaltación al poder. Cuando gobernaban los conservadores, calificaban de excesivas las facultades del Presidente, esos mismos liberales que las hallaban limitadas para ellos y se las tomaron omnimodas. ¿Puede haber mayor inconsecuencia? Y nótese la gran diferencia que había en ambos casos. Los conservadores, según los li-

berales, mandaron 30 años. El poder gasta á los partidos, los debilita; sin embargo, gobernaron ese largo período constitucionalmente. Los liberales llegan al poder en Julio, y, dos meses después, en Setiembre, estaban gastados, no podían gobernar con la Constitución "dictatorial" del 58, que, según opinión de ellos mismos, cuando estaban abajo, ponía al Presidente de la República al nivel del Zar de Rusia y del Sultán de Turquía; necesitaban más facultades para fundar, por supuesto, la República verdadera, la República democrática.

Esos primeros actos de la Asamblea eran más que suficiente para quitar las ilusiones que pudieran tener los más cándidos; sin embargo, en la misma Asamblea había aún quienes soñaran con la justicia, el derecho y la libertad, tan asendradas por los redentores.

PROPONEN JUZGAR EL GOBIERNO DE SACASA

Había en la Asamblea algunos de los factores de la revolución de Abril, que por sus ribetes liberales y su carácter voluble se plegaron con facilidad á la contrarrevolución de Julio. Estos cándidos, sin darse cuenta de cómo era aquella Asamblea y del por qué estaban ellos allí, propusieron que se juzgara á los que tuviesen responsabilidades por sus actos oficiales en la Administración del doctor Sacasa. Esa proposición desató terrible tempestad y dió lugar á debates acalorados. A primera vista no se comprenderá por qué producía tanto alboroto una moción tan razonable, puesto que no se iba á tocar á los justos ni á los inocentes, sino á los que tuviesen responsabilidades, sobre todo, á los concusionarios, á los logreros que habían aniquilado el tesoro público, comprometido las rentas del Estado y arruinado el crédito de la nación; pero, muy fácil será comprenderlo, sabiendo que muchos de los que componían la Asamblea habían sido agentes del Gobierno nefando que se pretendía someter á juicio, y algunos otros, si no cómplices, amigos de ellos. Naturalmente, todos ellos rechazaban la luz que pudiera hacerse sobre los hechos punibles del Gobierno precedente y en vez de luz querían más sombras, más tinieblas para sepultar en ellas sus miserias ó las de sus cofrades.

EL IMPERIO DE LA INIQUIDAD

Para enredar el asunto, suscitar nuevos debates y acalorar más los ánimos, propusieron ellos que se residenciara á todos los gobiernos anteriores, puesto que si se quería hacer justicia, no debía exceptuarse á nadie del juicio y exigirse de todos la responsabilidad á que hubiese lugar. Semejante absurdo fué combatido enérgica y luminosamente, porque además de ser ilegal y hasta imposible el proceso de gobiernos ya juzgados y que pertenecían á la historia, se cometería la injusticia de arrojar sombras sobre administraciones que habían sido modelo de honradez. Un diputado, antiguo democrático, por cierto, hizo la apología de muchos de esos gobiernos sobre quienes pretendían suscitar sospechas con el sólo hecho de someterlos á juicio. El testimonio de ese diputado era imparcial y él bastaba para acallar la vocinglería de los cómplices ó compinches del sacasismo; no podían desconocer su mérito y recurrieron al expediente de injuriarle y de propalar que estaba vendido al conservatismo, como era corriente hacer con todos los que no seguían el torrente de iniquidades, sostenían las buenas causas y tenían la entereza de mantener sus opiniones. Los que promovieron la primitiva cuestión llegaron á aceptar el proceso general; pero á nada condujeron tantos debates porque todos se convencieron de que no podía haber justicia donde imperaba la iniquidad.

EL DR. BONILLA, ARREGLA EL CAOS

Hubo varios proyectos de Constitución. Todo el mundo se metió á legislador, formulaba su proyecto y lo ponía en circulación. Unos entraban en los más minuciosos detalles; otros, apenas consignaban los principios esenciales y dejaban lo demás á leyes secundarias; pero todos, más ó menos, eran idealistas, fanáticos, es-

pecies de diseños de trajes, susceptibles de modificaciones á gusto de los parroquianos; ninguno expresaba las ideas dominantes en la nación respecto del modo cómo sería de su agrado constituirse. La Comisión de la Asamblea tomó uno de tantos proyectos, el del doctor Bonilla, me parece, lo arreglé á su manera y lo presentó para ser discutido. Era una obra perfecta en su género, es decir, era la Constitución del país de la democracia, de ese ideal de filósofos y poetas soñadores. Los debates á que dió lugar fueron muy curiosos. Es lástima que no los pueda consignar aquí, porque no tengo ningún documento á la vista y apenas recuerdo algo de lo que se publicó, se conversó y se comentó en aquel tiempo; pero daré una idea de lo más esencial

Para comprender la dificultad, hay que tener presente que la Asamblea no era propiamente nacional ni representaba á un partido. Era un cuerpo heterogéneo, resultante de la contrarrevolución de Julio, amalgama de pasiones lugareñas, de intereses mezquinos y de ambiciones más ó menos manifiestas. Su punto de partida había sido la traición, el deseo de desquite, el predominio de Occidente y la ambición de Zelaya. De ese contubernio debía resultar, más ó menos tarde, el choque y del choque la disolución; pero por el momento se halló una levadura que compactase aquellos elementos, especie de cuajo que debía consolidar el gigote político del 11 de Julio. Esa levadura fué la idea democrática. Se desplegó el viejo pabellón y con él se cubrió la deformidad engendrada por las pasiones bastardas y los intereses lugareños. Ese expediente era cómodo y fácil al instante; pero no podía tener efectos permanentes.

EL PRETEXTO DE LA DEMOCRACIA

Salvó las apariencias, barnizó el sepulcro, deslumbró y fascinó á muchos; fué especie de relámpago en noche oscura, fuego fátuo en un cementerio; pero llegó la hora de la prueba, el momento de someter á la piedra de toque del liberalismo aquel mosaico, aquella atracea informe y el resultado tuvo que ser la exhibición completa de las falsificaciones que se habían hecho pasar como legítimas muestras de lo que no existía. Hasta cierto punto era divertido lo que sucedía. Viejos liberales y aun nuevos, compañeros, unos, y discípulos, otros, de Jerez, y que fieles á las doctrinas del compañero y del maestro, habían repetido los nombres de los apóstoles más fervientes de la escuela positivista, resultaban católicos de corazón, ultramontanos acérrimos, intolerantes hasta no más al presentarse la cuestión religiosa. Digo que hasta cierto punto era eso divertido, porque en el fondo era vergonzoso descubrir que el avanzado liberalismo, que, por tantos años, había hecho alarde de rojismo, de comefraciles, de descatalogador y positivista, era fiel cristiano, oía misa, ayunaba, se confesaba y comulgaba, creía en la madre de Dios y en los santos y santas de la Corte celestial, y, lo que es más notable aún, algunos de ellos portaban rosarios y escapularios en el pecho. Sea como fuere, la verdad es lo que digo y ya veremos cómo trataron de zanjar las dificultades para que siguiera la falsificación pasando como legítima y se esquivaran los escollos que de una ú otra manera se presentaban.

LA CONSTITUCION LLAMADA "LIBERRIMA"

POR lo que acabo de decir se comprenderá que el proyecto de una Constitución liberal, en el sentido más alto de esta palabra, tenía que encontrar formidable oposición en la Asamblea, principalmente en lo tocante á la libertad de cultos. Los debates fueron acalorados desde el principio, no sólo por las resistencias de los netamente contrarios á las innovaciones, sino también por el desacuerdo inesperado entre los mismos liberales. Algunos se oponían de buena fé, porque realmente su liberalismo no llegaba al grado candente en que estaba el proyecto. Otros, se manifestaban sin escrúpulo por lo que á ellos hacía, pero temían por sus familias. Los demás, no era por eso, ni por aquello, sino porque á su juicio había necesidad de contemperizar con las preocupaciones dominantes, no se debían lastimar las conciencias de los creyentes, ni asustar á los tímidos con innovaciones fundamentales que transformasen de súbito el modo de ser político y social. En realidad de verdad, todos tenían razón. Lo que cada uno decía tenía fuerza. La Asamblea estaba resultando nacional, en cierto modo, porque se reflejaba en ella algo de lo que había en la nación y ponía en evidencia, sin quererlo ni pretenderlo nadie, que el proyecto en cuestión no estaba al mismo nivel que el pueblo que se trataba de constituir.

CONSTITUCION IMPROPIA

Inconscientemente, aunque por diversos motivos, los santurrones, los tímidos y los que la picaban de políticos, convergían á la idea fundamental que debe ser norte de quien va á constituir una nación con objeto de que viva bien y no con el que se amolde al capricho ó á los ideales de otros. Pero, aceptar eso era reconocer que la nación no estaba imbuída en los ideales de la revolución, era confesar que ésta no había tenido razón de ser, que el liberalismo no predominaba en Nicaragua y por consiguiente era una farsa lo que se había hecho y dicho á ese respecto, antes y después de la "gloriosa". Todo eso era verdad también. Los que así pensaban, pensaban muy bien. El dilema volvía á presentarse. Los dos extremos eran escollos. Scila y Caribdis estaban ahí, terribles, amenazadores. En el uno ó en el otro tendría que estrellarse la infeliz barquilla, por hábil que fuera el timonel. El mal estuvo en haber desplegado las velas con mal tiempo, por imprevisión de los marinos. Debieron esperar que la tempestad pasara y que el reposo fuera completo. ¿Qué les importaba á los que comenzaron violando los principios de su credo y cometiendo inconsecuencias hasta consigo mismos, haber aplazado la reunión de la Asamblea por el tiempo que se hubiera creído conveniente? Nada absolutamente. Durante el aplazamiento, se habrían calmado los ánimos, se habrían olvidado las pomposas promesas de renovación política y social, se habría organizado una propaganda sensata y razonada acerca de las reformas convenientes, se habría podido segregar del poder provisional algunos de los elementos más nocivos y agregar los asimilables, se habría hecho una elección verdaderamente libre, la Asamblea habría sido nacional y su obra, si no perfecta, aceptable por la mayoría de los nicaragüenses por estar al nivel de su estado de civilización. En vez de proceder de esa manera franca y cuerda, proceden con aturdimiento, festina-

ción é hipocresía. Le echaron de liberales de buena fé, de patriotas desinteresados, de enemigos de la tiranía, de partidarios de la legalidad y de amantes de la libertad en todas sus manifestaciones. Sin oposición, pudieron al principio ejercer la dictadura; fingieron desdeñarla y después han corrido tras ella desalados, dando lastimosos traspiés y exhibiendo su pequeñez y su demencia.

AMBIGUEDAD EN LA CUESTION RELIGIOSA

Las consecuencias de sus errores, no tardaron en llegar. Primero, el desbarajuste de la Asamblea, y después la dificultad en que estaban para constituir al país. Si seguían la corriente de la opinión, se suicidaba el liberalismo, confesando que no tenía razón de ser. Si contrariaban la opinión, tendrían que ponerse en choque con la sociedad, que hacer un Gobierno de combate y que lanzarse por el atajo en que se han echado siempre los reformadores de las sociedades. Tomaron este extremo y procedieron á medias. La cuestión religiosa, que era la capital, la zanjaron de una manera sibilítica, consignando la libertad de cultos en términos ambiguos, de suerte que no se comprendiera á la simple vista lo que había en el fondo; porque la resistencia era tal en este punto, que no querían que se consignara la tolerancia de cultos, ni que se guardara completo silencio. Los liberales católicos, si así puede llamárseles, eran más reacios á ese respecto, que los monárquicos ultramontanos de España, porque éstos consintieron, aunque no de buen grado, que en el artículo 6º de la última Constitución de la Monarquía se consignara, lisa y llanamente, la "tolerancia" de cultos. Lo demás pasó sin mucha dificultad. Se consignaron todos los principios liberales, se garantizaron todas las libertades, todos los derechos del hombre y del ciudadano, la independencia de los poderes públicos, hasta la autonomía del municipio. La Constitución no dejaba qué desear; era una obra acabada; lo que únicamente faltaba era que rigiera, que se respetara y se cumpliera. Terminada la ley fundamental, se acordó que comenzaría á regir el 11 de Julio de 1894, es decir, el día del aniversario de la revolución. La "liberrima", así se llamó la Constitución, era el complemento de la "gloriosa"; la obra principal estaba concluída; sólo faltaban las leyes secundarias, derivadas de la fundamental para la renovación definitiva de la República. La ley electoral, la orgánica de tribunales, la orgánica municipal, la de imprenta y la del matrimonio civil, aparecieron sucesivamente y, por supuesto, estaban calcadas en los principios de la fundamental. Todo iba en regla conforme el espíritu que se atribuía á la "gloriosa"; las consecuencias se iban deduciendo con rigor lógico y casi podía decirse que se había llegado al fin de la jornada.

Cuenta la Biblia, que Dios, al terminar la creación, miró su obra y vió que era buena. Los liberales, al contrario de Dios, miraron su obra y vieron que era mala. A una decían: "con esta Constitución no se puede gobernar aquí, es imposible; el Presidente queda muy atado, nos pueden botar fácilmente; pero contra siete vicios, hay siete virtudes", y comenzaron á ejercerlas, destejendo, como Penélope, lo que habían tejido. Las siete virtudes no tardaron en aparecer con el nombre de "ley de orden público". Era el reverso de lo hecho po-

co antes, era la negación de lo que se había consagrado, era el desorden legalizado, la Constitución del despotismo, la supresión de la libertad. Concluida la obra volvieron á mirarla y vieron que era buena. Satisfechos de su ingenio, exclamaron: "¡Ahora que se me-
neen!" Esa frase equivale á la que es usual en los epítafios: "Aquí yace, etc." Realmente bajo esa ley yace la Constitución, y anduvieron acertados al llamarla de "orden público", porque lo que habían hecho era el desorden: presentar á la higuera produciendo manzanas.

REPRESION DEL LIBERALISMO

Siento no tener á la vista esa ley para extractar lo principal y dar la muestra verdadera del liberalismo de los liberales; sin embargo, como para muestra basta un botón, he aquí dos. El que propalase noticias falsas ó algo subversivo á juicio del Presidente, es decir, lo que al Presidente no le conviniese, sería preso ó confinado, etc. Los pronunciamientos, las tentativas ó los proyectos de subvertir el orden, serían penados con prisión, etc. ó multa desde cinco mil hasta cincuenta mil pesos. De manera que no había derecho de hablar, ni de escribir, ni de proyectar siquiera cómo poner término á la tiranía.

EFFECTOS DEL NUEVO ORDEN CONSTITUCIONAL

EL AMO SANTOS

DE los diversos comentarios los hechos á la ley de orden público, merece especial mención el que resultó de una conversación habida en el Hotel Lupone de Managua, entre un progresista occidental, doctor don Basilio Marín, un progresista de la oposición y un diputado liberal, don Joaquín Sansón. El primero aplaudía la ley y la calificaba de "tónico neumático", muy eficaz para contener cualquier movimiento subversivo de la oposición, porque el Presidente tenía facultades hasta para fusilar. El opositor progresista le replicó al ministerial, que la Asamblea podía haberse evitado el bochorno de dar una ley oprobiosa como aquella, en que se reducía á los nicaragüenses, inclusive los diputados, á la condición de siervos del amo Santos, puesto que sin esa ley hacía el Presidente lo que se le antojaba, como lo acababa de demostrar llevando á la cárcel á los ciudadanos más conspicuos de Managua por simple sospecha de que conspiraban. A esta observación contestó el diputado liberal: "Así como antes éramos siervos del amo Pedro", creyendo con eso poner una pica en Flandes. El opositor progresista replicó en el acto, con cierta entonación muy expresivo, "que no era ser liberal aspirar á cambiar de amo y menos de un amo civilizado por otro salvaje". Esas palabras levantaron terrible polvareda entre los interlocutores y otros ministeriales que allí había; la discusión se dió por terminada, por supuesto, y uno de tantos de los que habían oído, se acercó al imprudente progresista y le dijo: "Eso no se dice ¡cuidado!" El día siguiente, el progresista ése estaba en la cárcel y ocho días después le embarcaban en Corinto para que fuera á expiar su atrevimiento, comiendo, como dicen, el pan amargo del destierro.

Hubo allí más que comentario de la ley: hubo la primera aplicación, el primer ensayo del "tónico neumá-

La libertad de las personas y la garantía de la propiedad quedaban suprimidas. Por una sospecha del Presidente ó por una imprudencia que uno cometiera, cualquiera podía ir á la cárcel y ser despojado de sus bienes. Verdad es que no se dió al despojo el nombre de confiscación, sino el de multa, con lo que se entendía salvar los principios y dejar contentos á los arruinados. Un "úrase" del Emperador de Rusia contra los polacos no conregiría ni aumentaría la ley de orden público, expresión genuina de las virtudes del liberalismo que aún impéra en Nicaragua. Con esa ley monstruosa se pensó consolidar el poder y salvar la "gloriosa" de los embates de conservadores, de progresistas y clericales y no hizo más que concitar contra ella aún á los liberales de buena fe, á los que tenían algún resto de pudor, á los que no cegaba la pasión política ni el deseo de luchar en medio de aquel desorden. Pocos de estos liberales chocaron abiertamente con los que llevaban la batuta; pero todos murmuraban, hacían comentarios terribles y contaban anécdotas picantes que ponían de manifiesto el desacuerdo profundo que existía entre los liberales y que al fin y á la postre llegaría á donde por lo común llegan los liberales: á hacerse guerra despiadada, despedazarse y ahogarse todos en su propia sangre.

Hay que reconocer la eficacia de que habló el doctor, porque el paciente no ha regresado todavía á su patria, temiendo le den otra dosis de "tónico", mezclada con "tamarindo ó membrillo!" (1)

REFLEXIONES DE LOS CONSERVADORES

Algunos de los liberales de buena fe, á que me he referido anteriormente, decían con tristeza: "Esto es terrible; estamos peor; retrocedemos. Ayer proclamábamos el derecho de insurrección y llamamos gloriosa y redentora la revolución que consumamos en virtud de ese derecho; y hoy lo negamos, lo desconocemos, lo proscribimos y ponemos fuera de la ley á quien lo invoque, á quien siquiera pienso en él. Ayer hablamos y escribimos contra los que mandaban; sostuvimos que era derecho del hombre expresar libremente sus pensamientos; usamos y abusamos de ese derecho; y hoy no queremos ni que se hable, ni que se escriba contra nosotros; peor todavía, decimos á todos que tienen derecho de hablar, pero que se callen; que tienen derecho de escribir, pero que no escriban; más aún, les prevenimos que si hablan ó escriben algo que nos disguste ó que no nos convenga irán á la cárcel, irán al confinamiento, irán al destierro. ¿Qué es esto? Para dónde vamos?"

Los conservadores de los diversos matices se miraban de hito en hito, como examinándose si estaban todavía sanos y salvos. ¡Mejor estábamos con Sacasa!, exclamaban unos. Yo, por eso, no estuve nunca por la revolución, decía otro. Ni yo, ni yo, ni yo, repetían unos cuantos. ¿Pero quién había de pensar, vociferaban muchos, que esto pudiera suceder? Quisimos poner término al oprobio aquí sin sospechar que caeríamos en otro

1) Hace alusión á los varejones de tamarindo ó membrillo con que acostumbraban azotar á los reos.

peor. ¡Ah, exclamaba un viejo estadista y antiguo diplomático, meneando la cabeza á derecha é izquierda, era imposible prever lo que sucedía: lejos de esto, lo que se temía con el advenimiento del liberalismo era el desborde de la prensa, el exceso de libertades, el abuso en todo.

SUPRESION DE GARANTIAS

¿Quién había de imaginarse que vendría el aniquilamiento de todas las garantías, la supresión de todas las libertades, el mutismo de la prensa, el silencio de las tumbas? Sin embargo, algo de esto deben haber presentado, porque "El Diario Nicaragüense" dejó de salir desde el 25 de Julio, algunos de los principales conservadores salieron del país y otros se retiraron á sus fincas ó haciendas. Además, los atropellos comenzaron antes de la ley de orden público, registrando muchas casas con pretexto de buscar armas y poniendo presos en Managua á varios generales y ciudadanos notables por sospechas de que conspiraban. De manera que la ley no hacía más que sancionar los abusos que se cometían y sistematizarlos para lo sucesivo. No se diría ya que se cometían arbitrariedades, sino procedimientos legales para conservar el orden y la paz públicos. A pesar de todo eso, se notó que faltaba algo todavía y se apresuraron á llenar el vacío. Llamaron jefes políticos á los antiguos prefectos y comandantes de armas á los gobernadores militares, reglamentaron las facultades de ambos y por una ley especial hicieron extensivas á los comandantes las inmunidades concedidas ya á los jefes políticos; de suerte que estaban autorizados para cometer barbaridades y se les escudaba para eximirles de responsabilidad.

LA TIRANIA TOTAL

A la tiranía de los superiores, se agregó la tiranía de los agentes. Cada uno de estos obraba por su propia cuenta cuando no tenía órdenes especiales que cumplir; muchos legislaban sobre lo que se les antojaba y daban cuenta al superior, y algunos, como los de León, Chinandega y otros puntos, se declararon soberanos de hecho y decían francamente que ellos mandaban en sus departamentos. Ninguno tenía Rey que le mandara, ni Papa que le excomulgase. Para colmo de desdichas, casi todos esos empleados inmunes eran gente "nueva", artesanos, pelagatos, pelagillos levantados por la "gloriosa", deseosos de enriquecerse, de vengar antiguos agravios, de vejar á las clases

superiores y de probar que no se habían equivocado al elegirles para azotes de los desventurados pueblos. El imperio chino con sus Mandarines, el turco con sus Bajas y el ruso con sus Gobernadores y Cosacos se han quedado atrás de la republiquita de Nicaragua en plena reforma, echando las bases de la verdadera democracia con su "libérrima" al lado de la ley de orden público, presentando el fenómeno de la más libre y de la más esclava de las naciones. Hecho esto, volvieron á mirar su obra y vieron que le faltaba.

LA POLICIA REPUBLICANA

Organizaron en las poblaciones principales, cuerpos de esbirros, armados con garrotes y revólveres; les dieron el nombre de "Policía Republicana", les dieron facultades omnímodas y les escudaron con la inmunidad de los jefes políticos, quienes asumían la responsabilidad en ciertos casos para eximir de ella á sus agentes. Volvieron á mirar su obra y vieron que era buena. La tiranía hipócrita estaba organizada. Los pueblos temblaron; el terror se había difundido con sólo los preparativos; sin que comenzaran á funcionar los esbirros; las víctimas destinadas al sacrificio presentaban lo que les estaba reservado; la imaginación ardiente, propia de países abrasados por el sol, era poderoso auxiliar de los verdugos y se anticipaba á ellos hiriendo las almas de los desventurados antes que llegasen á martirizar sus cuerpos.

Los extranjeros, residentes y transeúntes, se escandalizaban al ver aquello. Comprendían que no había garantías para las personas ni para las propiedades y que la república se ponía á la altura del imperio marroquí. Es raro, decían, lo que pasa en este país: se llama República y hay menos libertades y menos garantías que en la más despótica de las monarquías de Europa. Los que mandan viven inquietos, en continua zozobra, como un criminal perseguido por la justicia, con la diferencia de que el criminal huye y se esconde, y estos persiguen, amenazan y se rodean de esbirros. ¡Quién sabe qué vá á suceder aquí!

Si los preliminares daban lugar para esos juicios, ¿qué sería el desarrollo de aquel sistema de opresión? La sociedad estaba amenazada, inerme y á merced de los que se habían apoderado del poder público, como la Europa civilizada á la irrupción de los bárbaros. Sin embargo, se estaba en el comienzo. La tempestad no se había desencadenado. Se veían relámpagos, se oían los truenos; no debía tardar el estallido del rayo y el silbido del huracán.

TEMOR QUE PROVOCA REPRESALIAS

AQUEL despotismo que se había organizado para poner dique á las conspiraciones que se temían como consecuencia de las reformas decretadas, era la prueba más "fehaciente" de que, á juicio de los mismos reformadores, su partido estaba en minoría, de que el partido contrario no había sido realmente vencido, y de que el triunfo obtenido fué una casualidad, un azar de esos que son tan frecuentes en la guerra. Si el partido clerical era impotente y carecía de prestigios por el descreimiento general; y si el partido liberal era poderoso por su número y por el favor de la opinión; ¿á quién temían? ¿Por qué se inquietaban? ¿Dónde estaba el enemigo? La contradicción era manifiesta entre sus actos y

sus palabras, y, para hallar una explicación y salir de un apuro, inventaron que había armas escondidas y que el Gobierno de Honduras alentaba á los conservadores de Nicaragua. Con estos pretextos se allanaba el domicilio de cualquiera y si por casualidad se encontraban una bayoneta vieja, algún pofe de pólvora ó una escopeta, exclamaban gozosos: ¡Aquí está! ¡Ya apareció lo que buscábamos! ¡Algo había!

Registros de esa manera y hallazgos de esa clase eran frecuentes en Managua, Granada y Rivas. Casi no hay población en que no se hallen escopetas, pólvora de caza, algún rifle viejo ó bayonetas y baquetas que

se han abandonado en esas constantes correrías de vencedores y vencidos en las frecuentes revoluciones; por consiguiente, eran sospechosas, decían, y justificaban las medidas que tomaban para conservar el orden. Hasta allí no era tan grave el asunto. Molestaban los registros, incomodaban los arrestos; pero no dañaban, ni deprimían. Parecía aquello juguete; se comprendió que era preciso hacer algo más serio y al efecto con mucho ruido y fuerte custodia llevaron á Granada unas cuantas cajas de parque y de rifles halladas en una de las islas del lago. Nadie creyó aquello y en el acto circuló la noticia de que esos elementos habían salido del cuartel y los habían depositado en una de las islas para hacer después el papel de que los habían encontrado, escondidos por los revolucionarios. Eso fué poco todavía.

EMPIEZAN A USAR PENAS INFAMANTES

En Tipitapa y en las Sierras de Managua comenzaban á dar de palos á los sospechosos de tener armas escondidas y continuaron en Matagalpa con el mismo pretexto y mayor refinamiento. Aquello fué horroroso, bárbaro, infame. Un periódico de León, que había sido entusiasta por la revolución, denunció los hechos perpetrados de orden superior y publicó la lista de los azotados y el número de golpes dado á cada uno. Entre estas víctimas hubo una mujer en cinta y personas distinguidas como don Nazario y don Luis Vega, un señor Artola y el presbítero Gaitán, cura de un pueblo. Fueron como siete los que allí sufrieron el martirio para obligarles á declarar que tenían armas. La sociedad de Matagalpa puso el grito en el cielo á la vista de aquellas iniquidades. Los extranjeros allí establecidos, indignados y espantados á la vez, intervinieron en favor de las víctimas. La autoridad departamental les contestó que procedía de orden suprema. Corrieron al Gobierno pidiéndole suspendiese aquellos horrores, en nombre de la humanidad y de la civilización. El General Zelaya se lavó las manos diciendo que no había dado tales órdenes, ni tenía noticias de lo que allí ocurría. (1) Los ayes de las víctimas de Matagalpa repercutieron por todo el país é hicieron comprender que la ley de orden público no era vana teoría; pero al propio tiempo que se difundía el terror, se engendraba un odio profundo contra el mandatario, se levantaba un clamor general contra su salvajismo y hasta los liberales de Occidente protestaron y declararon que no eran solidarios de las iniquidades que el Gobierno cometía.

REPUDIO A LA TIRANIA

Los Ministros renunciaron, excepto Gámez, quien declaró que aceptaba la responsabilidad". El Licenciado Baca, jefe de los liberales de Occidente, llegó á Managua, indignado también, á manifestar al Presidente la mala impresión producida por sus actos salvajes y á pedirle que no se repitieran. El Presidente, que tiene de tigre, de asno y de zorro, se excusaba, ya con astucia, alegando que habían interpretado mal sus órdenes, débil excusa,

1) Cierta —Gámez fué quien ordenó los palos de Matagalpa— José Amador aseguró a varios amigos que Carlos García, secretario privado de Zelaya le mostó original del telegrama dirigido al Comando de Armas de Matagalpa, firmado éste con el nombre de Zelaya, pero la letra y la firma eran de Gámez. No fué pues el General Zelaya quien dió esas órdenes, sino José Dolores Gámez. Así lo afirmaba Madriz.

desvirtuada por sus actos. Si él no había ordenado el vaulero, ¿por qué no hacía castigar á los que habían abusado de su puesto para ejercer venganza? ¿Por qué no destituía siquiera á los empleados que deshonraban al Gobierno y envilecían al país? Esas reflexiones, que todos se hacían, dejaban mal parado al gobernante y eran argumentos que no deshacía lo alegado por él en su defensa.

INFAMIAS Y CRUELDADES

Por mucho tiempo se habló constantemente de los palos de Matagalpa y circularon cartas en que se describían los horrores, las crueldades, las infamias consumadas por los agentes del Gobierno, con circunstancias reagravantes y que ponían en evidencia que todo lo hecho había sido premeditado y dispuesto en Managua. Cuando comenzaron las persecuciones, don Luis Vega logró escaparse, pero fué capturado cerca de la frontera de Costa Rica, conducido á Managua y de allí remitido con escolta á Matagalpa para que allá fuera juzgado y castigado. En el trayecto de Rivas á Granada, un hijo del General Zavala, previendo los tormentos que esperaban á Vega, se interesó con el oficial que le conducía para que le dejara escaparse. Un cuñado de Gámez, que iba en el mismo vapor, reconvino al joven Zavala por el interés que se tomaba por el prisionero. Con este motivo, hubo un altercado entre ellos, del que resultó que Zavala diera de bofetadas al cuñado de Gámez. Eso bastó para que las autoridades de Granada persiguiesen á Zavala y le hicieran buscar activamente por todas partes con la intención de darle de palos en castigo de las bofetadas que dió el cuñado del Ministro Gámez. Zavala se escondió y huyó. La certeza de que si le agarraban le darían de palos, era tal, que el General Zavala mandó á manifestar al General Zelaya que prefería que fusilaran á su hijo. Por fin se arregló el asunto mediante la intervención de algunos y cesó la persecución; sin embargo, las autoridades de Granada decían que era conveniente dar palos allí. Este incidente revela que lo de Matagalpa no fué casual, ni por mala interpretación de órdenes. Dar palos era la consigna de los reformadores. En su emigración á Guatemala, habían visto que así hacía el liberalismo de allá, creyeron que ese era el ideal de la democracia y daban tieso y parejo para ponerse á la altura de sus maestros.

TERROR DE LA CIUDADANIA

Terrible fué el efecto de los palos. El pavor fué tal, que la gente vivía sobresaltada; cualquiera que era llamado por una autoridad, se figuraba que iba á ser apaleado sin piedad ni misericordia. Los orientales, principalmente los granadinos, vivían con el Credo en los labios y dirigían sus miradas á León, última esperanza entonces, para librarse del salvajismo de Zelaya y Gámez. Creían encontrar más piedad, más misericordia en la ciudad rival, en la antigua enemiga, que en el compañero del día anterior; en el que se había unido á ellos para poner término al "oprobio" y que, aprovechándose de la posición adquirida á su lado, logró escalar el poder, engañando con su astucia de zorro á los unos y á los otros, y se volvía airado contra ellos, mostrándoles su ferocidad de tigre al par que su imbecilidad de asno, porque su conducta le alejaba del fin que perseguía.

ZELAYA BUSCA APOYO EN GRANADA Y LEÓN

Después del triunfo de la Cuesta, creyó Zelaya obtener el apoyo del partido progresista, con quien había tenido relaciones desde la fusión libero-conservadora en tiempos del sacasismo. Con ese apoyo pensó poder equilibrar Oriente y Occidente, de suerte que cesara el predominio occidental y quedara Managua como fiel de la balanza. Se dieron pasos en ese sentido; varios individuos, amigos de liberales y progresistas, hablaron á unos y otros para que se llegase á un avenimiento, reconocían la conveniencia de la evolución; pero se presentaban algunas dificultades. Los progresistas de la capital rechazaban el pensamiento. El General Zavala, reconocido como jefe del progresismo, decía, que era indecoroso para él aparecer figurando con los que acababan de botarlo, que eso corroboraría lo que habían dicho de su inteligencia con los liberales desde la huida de Zelaya para León, que él estaba ligado con los genuinos y tenía que correr su misma suerte; pero que á pesar de todo, no se oponía á que los progresistas se unieran á Zelaya y que aconsejaría á sus amigos die-

ran ese paso. Zelaya reconocía que Zavala tenía razón y aceptaba la solución que este daba al asunto. En ese estado las cosas, comenzaron los registros de las casas en busca de armas, las persecuciones y vejámenes. Naturalmente, con eso, los que estaban por la unión se retrajeron, alegando que no podían unirse con los que los vejaban. Zelaya supuso que todo era engaño, temió hacerse sospechoso á los occidentales por haber buscado el apoyo de los granadinos y para borrar la mala impresión que tuvieran y evitar que lo depusieran, extremó las persecuciones y ordenó los azotes. El despecho y el temor de perder su puesto, le hicieron convertirse en verdugo de aquellos cuya amistad buscaba para librarse de la tutela de los que le habían elevado á la presidencia de la República. Los occidentales, por su parte, comprendían adónde iba Zelaya, le dejaban ir y procuraban sacar ventajas de sus malos pasos, reprobándoselos para dejarle lo odioso y atraerse las simpatías de las víctimas. La división de los vencedores de Julio era ya visible. Unos y otros buscaban las simpatías de los vencidos, aunque por medios diferentes; pero de todas maneras los vencidos sufrían y tenían que ser el pacto de la fiesta liberal.

HONDURAS PREPARA GUERRA CONTRA ZELAYA

EL Gobierno de Honduras sabía perfectamente lo que sucedía en Nicaragua, tenía conocimiento del compromiso de los revolucionarios de Julio con el doctor Bonilla y no ignoraba que habían aplazado las operaciones esperando una ocasión propicia. Tenía, pues, plena seguridad de que le harían la guerra, de que volverían á salir de Nicaragua los que allí se habían refugiado después de la última derrota y de que en caso de nuevo fracaso tendrían asilo como antes para salvarse de la persecución; pero nunca creyó que el Gobierno liberal se declarase abiertamente hostil y uniese sus fuerzas á las de los revolucionarios de Honduras, porque no lo suponía fuerte bastante para intentar esa aventura. En consecuencia, le pareció oportuno lanzar una amenaza para evitar los conatos de trastornos y meter en cintura á los que proyectaban inquietarle. Al efecto, el Congreso hondureño expidió un decreto autorizando al Ejecutivo para declarar la guerra á Nicaragua en el caso de que se promoviese un nuevo trastorno en Honduras, cualquiera que fuese el punto de partida de los revolucionarios.

NICARAGUA PREPARA GUERRA CONTRA HONDURAS

El Gobierno de Nicaragua, que suponía al de Honduras en combinación con los conservadores de Granada y que deseaba un pretexto para cumplir lo prometido á los emigrados hondureños, tomó el decreto del Congreso de Honduras como una provocación, aparentando, al propio tiempo, que no quería la guerra y que deseaba vivir en paz con todo el mundo y principalmente con las repúblicas vecinas y hermanas. Pero al decir eso, continuaba los preparativos para invadir Honduras, hizo que el Dr. Bonilla fuese á Guatemala en busca del apoyo de aquel Gobierno y mandó capturar á varios de los conservadores de Granada y Managua que suponía comprometidos con el Presidente de Honduras para sublevarse al estallar la guerra. De estos, logró escaparse y trasladarse á Costa Rica el Ge-

neral Montiel; fueron enviados á las cárceles de León los Generales Avilés y Vijil, don Salvador Chamorro y don Francisco del Castillo, y á las de Chinandega don Federico Solórzano; y quedaron en las de Managua el General Zavala, don Miguel Gómez, don Alejandro y Diego Manuel Chamorro. A ninguno de ellos le guardaron las consideraciones debidas por su posición y por la naturaleza del arresto.

MALTRATO A REOS POLITICOS

Todos fueron tratados á la baqueta y como si fueran gente cualquiera y reos de atroces delitos, haciéndoles dormir en el suelo la primera noche de su cautiverio. El objeto de enviar á León á los cuatro mencionados era atormentarlos más con la idea constante de que allí iban á ser asesinados. Este proyecto lo acariciaba el Gral. Zelaya hacía algunos meses y lo había externado en esos momentos en que predomina en él el instinto del tigre, arruga más el ceño, hincha la nariz y lanza amenazas terribles, como esos déspotas del Oriente, orgullosos é insolentes cuando tienen á sus plantas á multitud de cautivos, tan inermes é impotentes como los pueblos degenerados sobre que imperan. Pues bien, uno de esos momentos había anunciado ya que les iba á enviar á León para que se murieran de miedo. Ese proyecto, no sólo revelaba sus malos instintos y su encono gratuito con gentes que ningún daño le habían hecho, y antes al contrario, le hicieron figurar en la revolución de Abril, le colocaron en el triunvirato, les dieron posiciones á sus adeptos, le dejaron conspirar y permitieron que se fuera á poner al frente de los suyos; sino también, ponía de manifiesto el concepto poco honroso que tenía de sus compañeros de Julio á quienes convertía en carceleros sombríos, amenazantes, terroríficos de sus amigos de Abril, traicionados por él en Julio. Esto solo pinta mejor al individuo que cuanto pudieran decir en contra suya sus más encarnizados enemigos. Hay allí ingratitud, vileza y co-

bardía en cantidad bastante para caracterizar á quien por desgracia de los nicaragüenses se ha enseñoreado del poder público por un capricho de la fortuna.

BONILLA BUSCA APOYO EN GUATEMALA

El Dr. Bonilla corrió peligro de ser extraído del vapor al pasar por Amapala. El Capitán se negó á entregarle, levó anclas y salió del puerto. Hicieron de tierra algunos disparos de cañón sobre el vapor, pero sin ningún resultado material por el momento, aunque más tarde lo hubo moral, porque en vista de ese percance y del que tuvo lugar en San José de Guatemala cuando quisieron extraer del vapor al General Barrundia, el Gobierno de los Estados Unidos resolvió que los vapores de la Pacific Mail no gozaran del privilegio de extraterritorialidad. También produjo un beneficio al Capitán del vapor, pues, cuando el Dr. Bonilla logró llegar á la Presidencia de Honduras, el Congreso acordó que en atención á su heroica conducta, se le regalasen cinco mil pesos del tesoro nacional. Otro resultado de los malos disparos fué que el Dr. Bonilla continuase su viaje, pudiese terminar los preparativos para la campaña y se llevase á cabo una guerra que tanta sangre y tanto dinero costó á nicaragüenses y hondureños, por colocar en la Presidencia al Dr. Bonilla en lugar del General Vázquez.

COSTA RICA SIRVE DE MEDIADOR

Como el estado de las relaciones entre los Gobiernos de Honduras y Nicaragua hacía temer un rompimiento, el de Costa Rica ofreció sus buenos oficios para buscar un avenimiento. Fué aceptada su mediación, y, en consecuencia, fué acreditada una Legación ante aquellos Gobiernos. Al pasar esta por Corinto, conferencia con el Subsecretario de Relaciones Exteriores, el General Ortiz y el Ministro Gámez, quienes lo manifestaron, en nombre del Gobierno, la mejor disposición para arreglar las dificultades y evitar la guerra. Mas todavía, instaron á la Legación para que fuese á Managua. Dado lo que tenían entre manos y lo que sucedió muy pronto, es de presumir que esa invitación tenía por objeto entretener á la Legación, ganar tiempo para concluir los preparativos y esperar el regreso de Bonilla para saber á qué atenerse respecto del Gobierno de Guatemala. La Legación se excusó de pasar á la capital y continuó su viaje para Tegucigalpa.

OPINION DE LA PRENSA

Mientras tanto, la prensa semi-oficial comentaba el decreto del Congreso hondureño en términos poco amistosos, presentaba á Honduras como provocador, recordaba que el General Vázquez había invadido los pueblos fronterizos en tiempos de Sacasa y que había pronunciado tales y cuáles frases ofensivas para Nicaragua, sin que el Gobierno de esta República hubiera dado motivo para ello. "El Diarito", con la imparcialidad y la franqueza que le han sido habituales, puso las cosas en su lugar; calificó de imprudente el decreto y también de injusto porque podían partir de otras partes expediciones contra Honduras sin que el Gobierno de Nicaragua tuviera participación en ellas; pero lo excusaba alegan-

do que era público y notorio que de Nicaragua habían salido expediciones armadas contra Honduras, que después de ser derrotadas se habían vuelto á su punto de partida, que en la última revolución de Nicaragua habían militado los emigrados hondureños con la promesa de que se les ayudaría después para efectuar un cambio político en su patria, que varios de esos emigrados tenían puestos públicos y algunos militares estaban empleados en la frontera, que el jefe de ellos era Diputado á la Constituyente y tenía voz y voto en el Gobierno, que todo eso se sabía en Honduras, que eran motivos suficientes para desconfiar y que eso mismo entre otras naciones habría dado lugar á actos más serios como pedir explicaciones y colocar un cuerpo de observación en la frontera.

"EL DIARITO" SUSPENSO

Una bomba que hubiera caído en el Palacio de Managua, quizás no habría hecho el efecto que produjo el artículo de "El Diarito". Todo lo alegado no tenía réplica, eran verdades de clavo pasado. Contestar algo era dar lugar á que se profundizaran las cuestiones y se descubriera todo el pastel; guardar silencio era reconocer tácitamente la verdad de lo expuesto; se resolvió suprimir el periódico y en el acto se dió la orden por teléfono al jefe militar de Granada.

"EL DIARITO" SUPRIMIDO

Este envió un oficial á decir al Director del periódico que de orden superior suspendiera la publicación del diario. Pidió éste que se le diera la orden por escrito, y se negaron. Pidió que se le permitiera sacar un número para decir á sus abonados y agentes lo que ocurría y no se lo consintieron. Pidió que se le consintiera publicar una hoja suelta siquiera; se accedió á ello, pero con la condición de que se debería limitar á decir lo ocurrido sin comentarios y previa censura ejercida por la autoridad militar. Aceptada aquella autorización como un favor, en el acto se imprimió la hoja suelta refiriendo lo acontecido sin palabras hirientes ni comentario alguno, pero terminaba con las humildes frases de que "el Director se resignaba y esperaba con paciencia mejores días para la libertad y para la patria". El "avisado" censor no vió nada allí que mereciese borrarse, la hoja circuló sin obstáculo y llevó á todas partes la noticia de un nuevo atentado y el más acervo comentario que podía hacerse en pocas palabras.

Ese procedimiento arbitrario contra la prensa, no tenía ni excusa siquiera, puesto que la República estaba en paz, no se concitaba al desorden y antes bien se procuraba en el artículo que tanto había disgustado, que se corrigiesen las irregularidades que se cometían y no se diese motivo que justificase las hostilidades del vecino. La orden dictatorial, semejante á un úkase del Czar de Rusia, no tenía más razón que la soberana voluntad de quien se había endiosado al ascender á la presidencia de la República. Se dañaban los intereses de una empresa, se conculcaban los derechos del hombre, se renegaba de los principios proclamados; pero nada de eso importaba á la turbamulta que había tomado por asalto el poder público y que colocaba sus caprichos y sus intereses sobre la justicia, el derecho y la libertad.

EL DR. BONILLA CUENTA SU AVENTURA

LAS apreciaciones hechas por "El Diarito", respecto de los asuntos entre Honduras y Nicaragua, y lo que he referido acerca de la doblez con que se procedió desde el principio para adormecer á Vázquez mientras se afilaba el puñal para descargarle certero golpe, son verdades que muchos conocen y que no se atreven á negar ya los mismos que consumaron los hechos, después que el Dr. Bonilla confesó todo minuciosamente y con la franqueza propia en memorias de ultratumba, en un documento solemne, en el Mensaje dirigido al primer Congreso hondureño instalado á raíz del triunfo de la revolución. Refiere allí todas sus correrías en las diversas tentativas que hizo por escalar el poder, consignado hasta las menores circunstancias de todas sus evoluciones. Cuenta, por supuesto, que encontró apoyo en Nicaragua, que organizó allí una expedición y se refugió también después del fracaso, cuando las fuerzas hondureñas le persiguieron, se internaron en el territorio de Nicaragua y tuvieron lugar las quejas y reclamaciones que terminaron con un arreglo diplomático de pura farsa. Refiere la aventura en que todos los suyos se metieron con los revolucionarios de Julio por la promesa de que les ayudarían enseguida para hacer nueva tentativa en Honduras. Revela que se creyó conveniente aplazar las operaciones y provocar á Vázquez de un modo indirecto, a fin de que, con algún acto imprudente, diere visos de justicia á las hostilidades de Nicaragua. Confiesa que eso no tardó en suceder, que Vázquez cayó en los lazos que le tendieron, que los acontecimientos se desarrollaron con felicidad y rapidez y que nunca fué una promesa tan "fielmente cumplida" como la que á él le hicieron los revolucionarios de Nicaragua.

FALACIA DE BONILLA CON VAZQUEZ

Todo eso está referido con tal sencillez y naturalidad, como si se contara lo más inocente del mundo, lo más grandioso que debiera llevarse á cabo sin escrúpulo en los medios, sin importar un bledo la sangre derramada y los tesoros derrochados, sin tomar en consideración las desgracias de tantos pueblos, los ayes de tantas víctimas, el cúmulo de miserias que deja en pos de sí el paso de los ejércitos empeñados en luchas terribles y sangrientas. Todo eso no valía nada; lo que importaba era adormecer á Vázquez para asestarle puñalada de pícaro, paliar el crimen con aparente provocación, lavarse las manos, y, como quien no ha hecho nada, sentarse muy fresco el palio presidencial á descansar de las fatigas, á gozar de sus victorias y á referir sus hazañas para honra propia, consuelo de las víctimas y enseñanza de las futuras generaciones. Sí, no hay duda, esas enseñanzas son muy fecundas; allí está condensada la historia de la intervención de Nicaragua; allí está la justificación más elocuente de Vázquez; allí está la acusación más terrible contra Zelaya y sus compañeros que llevaron á los nicaragüenses á morir en Honduras por cumplir la promesa que dieron á los que les ayudaron á escalar el poder para coronar sus aspiraciones. Sí, lo que el señor Bonilla dice en su Mensaje, es la acusación más autorizada, más fulminante, más abrumadora contra los que encarcelaron á los nicaragüenses y les arrancaron su dinero, para hacer una guerra por ellos provocada con premeditación y ardides; contra los

que asolaron á Nicaragua llevando á sus pacíficos moradores á verter la sangre de sus hermanos y vecinos por colocar en el poder á quien debería servir de apoyo al tirano de su patria para ahogar las manifestaciones de la opinión pública; contra los que, sin pensar en las funestas consecuencias de un precedente inmoral, sacrificaron á dos pueblos y violaron las leyes internacionales, por tener la satisfacción de un momento. Sí, el Mensaje del Sr. Bonilla es la mejor enseñanza, es un faro luminoso que disipa todas las sombras de la historia que narro, que explica los misterios de que se rodearon los regeneradores de Nicaragua y libertadores de Honduras y deja ver en toda su deformidad á los farsantes, á los logreros, á los héroes por fuerza, á los patriotas de nuevo cuño, á los fustigadores, saqueadores y asesinos de los pueblos.

REGRESA EL DR. BONILLA DE GUATEMALA SIN ENCONTRAR APOYO

Cuando el Dr. Bonilla regresó de su excursión política á Guatemala, todo estaba ya listo para efectuar la invasión por Choluteca y Yuscarán á la vez y sólo esperaban su presencia allí y conocer el resultado de sus gestiones, porque si el Gobierno guatemalteco se oponía á la zanganada de Honduras, no podría verificarse la fiesta por más ganas que tuvieran. El Dr. volvió bastante bien despachado; no consiguió todo lo que deseaba; pero con lo que obtuvo podía contentarse. El quería que Guatemala interviniera también en su favor para asegurar el éxito de su empresa "libertadora"; pero el Gobierno de allí no tenía interés en el cambio, carecía de objeto para él entrometerse en la cuestión y se excusó manifestando al pretendiente, que, supuesto contaba ya con el apoyo de Nicaragua, tenía bastante para salir airoso en su empresa. Y realmente era bastante si él contaba, como debía suponerse, con recursos y algunas simpatías en su país. Guatemala no le ayudaba, pero le dejaba hacer; lo que era mucho, si se atiende á que ha sido constante empeño suyo el que los gobiernos hondureños se pongan y se quiten á su capricho, lo mismo que ha pretendido El Salvador, porque ambos, en su eterna lucha, quieren siempre tener de su parte á Honduras, el uno para resistir y el otro para dominar más fácilmente y asegurarse la hegemonía en la América Central. Honduras ha sido siempre el campo de batalla de salvadoreños y guatemaltecos y de ahí el que nunca se haya visto libre de la influencia de unos ú otros. Sus gobiernos han sido impuestos, han sido el resultado de la intervención, más ó menos descarada, más ó menos desastrosa, pero de todos modos intervención al fin. El único que se había constituido por sí, el primer gobierno nacional que tenía ese país era el de Vázquez y querían botarlo para sustituirlo con otro impuesto, aunque fuera por Nicaragua, ya que Guatemala y El Salvador no se metían. Estaba, pues, libre el campo y era oportuno operar. La Legación de Costa Rica no había regresado; permanecía en Tegucigalpa negociando la paz; no se esperaba allí la guerra, estaban adormecidos, el golpe sería certero como quería Bonilla; la puñalada de pícaro, como le gusta á Gámez, se daría con éxito. No había que perder tiempo y avanzaron sin obstáculos insuperables.

GOBIERNO PROVISIONAL DE BONILLA

Ocuparon el Corpus, posición ventajosísima, se organizó allí el Gobierno provisional; el ejército nicaragüense aparecía como auxiliar; se armaron como dos ó trescientos hondureños al mando de los generales Sierra y Bonilla (Manuel); se organizaron todas las fuerzas en diversos cuerpos bajo el mando del General Ortiz y avanzaron sobre Choluteca, en donde había una pequeña guarnición á las órdenes del General Williams. El rumor de la invasión despertó á los que dormían en Tegucigalpa; la Legación de Costa Rica salió casi á escape para Amapala, y el General Vázquez comenzó á prepararse para la resistencia cuando sus enemigos avanzaban sobre él á paso de carga.

RESISTENCIA A LA GUERRA CON HONDURAS

ANTES de comenzar las operaciones de la campaña, creían los "libertadores" que la empresa era muy fácil, porque Vázquez estaba muy odiado y Bonilla tenía muchos prestigios y le esperaban como al Mesías que llegaría á redimirles. Pensaban tener ocasión de repetir las tres palabras de César y cantar victoria y celebrarla en alegres fiestas, al son del "quijongo y la marimba"; pero no todo sale como se piensa y se desea. La primera decepción que tuvieron fué que nadie llegó á engrosar las filas de los "redentores", por más que llamaban y halagaban á todo el mundo. La segunda decepción fué que poco provecho iba dando el maquiavelismo, por que encontraban la resistencia que no esperaban y no podían dar la "puñalada de pícaro", detalle importante en el plan de las operaciones. Estas crueles decepciones cambiaron el auxilio en guerra; había que hacerlo todo y darlo todo ó sufrir espantosa derrota; estaban en el potro y tenían que jinetearlo. El chasco era pesado; pero no podían retroceder y sacaron fuerzas de flaquezas. La noticia de las decepciones corrió con la velocidad peculiar en esos casos y produjo general impresión; pero los que estaban ya en el potro no se desalentaron y redoblaron sus esfuerzos para mostrar, decían, "las energías del partido liberal". En efecto, las energías esas no dejaron qué desear; estaban en sú terreno. Los principales de Occidente, como Ortiz, Godoy, Herradora, marcharon al combate; Zelaya, Gámez y los suyos se ocuparon en perseguir, en vejar, en saquear á los pueblos de Oriente, como empeñados en agotarlos, en postarlos para que nadie allí pudiera levantar la cabeza.

EMPRESTITOS PARA LA GUERRA

Estaban en plena cosecha. Los empréstitos forzosos se sucedían con rapidez, porque la caja de la Tesorería, como el tonel de las Danaides, no se llenaba, ni podía llenarse. Más de un millón de pesos decretaron en pocos días y desaparecieron como por encanto. La ocasión es calva y hay que aprovecharla. Los gastos de la guerra, y sobre todo siendo liberal, tenían que hacerse con liberalidad, sin control ni medida. Si alguien se negaba á pagar, se le embargaba lo que tenía ó se tomaba de sus almacenes lo que más gustaba. A los Chamorro, de Granada, les sacaron treinta mil pesos en mercaderías; después se arrepintieron creyendo malo el negocio, devolvieron las mercancías ajadas y revolcadas, reservándose algo que les gustó, y exigieron en efectivo el pago de la cantidad asignada. Pero eso no era su-

Mientras tanto en Nicaragua se daba principio á lo mejor del negocio, se decretaba el primer empréstito forzoso para atender á los gastos de la guerra á que había sido "provocada" por el gobernante de Honduras; guerra santa, porque se iba á libertar á un pueblo hermano que gemía en las garras de un tirano; se iba á lavar con sangre la injuria inferida, se iba á levantar el prestigio de nuestras armas, se iban á conquistar laureles inmarcesibles, se iba á escribir una página gloriosa en nuestra historia y otras cuantas zarandajas con que los farsantes procuraban embobar á los unos, para que fueran á morir por ellos, y á los otros, para que aflojaran la bolsa y tener ellos con qué hacer la guerra y aumentar sus haberes.

ficiente, apenas bastaba para entretener el ejército. Había que organizar la caballería y que trasportar el material de guerra; se necesitaban para ello mulas y caballos de buena calidad y capaces de resistir las fatigas; pero no había con qué comprarlos y era preciso remitirlos pronto.

ARREBATAR EN VEZ DE PEDIR

Se comenzó por pedirlos; quienes tenían, daban las bestias; quienes no tenían, daban el dinero para comprarlas. Pero este procedimiento era molesto, engorroso y depresivo, porque eso de pedir es humillante; se expeditó la operación cambiando una palabra; en lugar de "pedir", dijeron "arrebatar", y tomaban donde quiera las que necesitaban, sin necesidad de pedir permiso á nadie. Está demás, decían, pedir las bestias, porque si quieren, las dan y si no quieren, también las dan. Realmente, la forma primera no tenía razón de ser; la otra, á lo ménos, tenía el mérito de la franqueza.

Lo mismo que para obtener las bestias, hicieron luego para obtener el dinero. Decretar un empréstito, detallar las cuotas y recaudarlas era un procedimiento gastado, molesto y dilatado; era preciso expeditar la acción, simplificar las operaciones é ir al grano. En lugar de decreto, se puso una circular á las autoridades, acompañándoles una lista nominal de las personas á quienes deberían exigir la cuota que se les señalaba. Como se comprenderá, esto era más difícil que arrebatar las bestias, porque éstas se toman donde se encuentran; pero una cantidad de dinero no se improvisa, ni se halla donde quiera; sin embargo, á pesar de la dificultad, la recaudación se llevó á cabo en poco tiempo, porque "quien manda, manda: cartucheras al cañón".

Para comprender la impresión que produjo ese saqueo por lista, es preciso seguir el hilo de los acontecimientos hasta el momento histórico en que esto se verificó.

RESISTENCIA EN CHOLUTECA

Como dije poco antes, las fuerzas "aliadas", así llamaban á los nicaragüenses y hondureños que iban á "libertar" á Honduras, marcharon sobre Choluteca y hallaron allí una resistencia que no esperaban. La lucha fué larga y sangrienta; duró varios días; la guarnición resistió con heroísmo; pero sucumbió al fin, abrumada por las fuerzas superiores. Este triunfo quedó equilibrado por una derrota, sufrida por la columna que ama-

gaba Tegucigalpa después de haber ocupado Yuscarán. El General Vázquez, que debió socorrer Choluteca, antes de sucumbir, no pudo por atender primero á las fuerzas que amagaban la capital; derrotadas éstas, se dirigió á Choluteca; supo en el camino que estaba ya en poder del enemigo y que este ocupaba además Nacaome y Corpus; no se detuvo por eso, avanzó sobre la ciudad arruinada y empeñó el combate; por algún tiempo estuvo indecisa la victoria; parte de la fuerza nicaragüense se desbandó y llevó á Nicaragua la noticia del desastre; pero las fuerzas de Nacaome fueron en auxilio de las de Choluteca y Vázquez tuvo que replegarse sobre Tegucigalpa.

PRISIONES Y DESPOJO

Esto fué á mediados de Enero de 1894. Entonces fué también lo más recio del saqueo en Nicaragua. Naturalmente, creyeron todos que los reformadores se aliñaban desbalijando al prójimo, porque la forma y la violencia del saqueo coincidían con la noticia de que Vázquez había triunfado en Yuscarán y Coluteca y avanzaba sobre Chinandega. En Granada comenzó la operación á las 11 de la mañana. Uno á uno fueron llamando del cuartel ó llevando con oficiales ó escoltas á los que estaban comprendidos en la lista consabida, sin decirles para qué les querían y les colocaban en una pieza interior del edificio. Algunos tuvieron tiempo de huir y otros se escondieron al ver tantas escoltas conduciendo gente al cuartel. A pesar de que muchos se escaparon, lograron reunir 18. El número era tentador y bastaba para intentar algo con arrojo y valentía. Algunos estaban armados, la tropa era poca porque había muchas escoltas buscando á quien traer y por consiguiente era muy fácil apoderarse del cuartel y comenzar

una insurrección que podía tener grandes consecuencias en aquellos momentos en que el liberalismo parecía bambolear. Uno de tantos propuso el proyecto á sus vecinos; pero no halló eco. Aquellos 18 eran carneros dispuestos á dejarse trasquilarse y aun degollar sin resistencia. Todos se miraban azorados y apenas se preguntaban ¿qué sería? ¿Qué pensarían hacernos? ¿Para dónde nos llevarán? Eran tales la agonía, la zozobra, el terror de lo desconocido en aquella gente perseguida y acosada sin cesar que, uno de tantos á quien llamaron los Jefes del cuartel para decirle que por equivocación le habían traído y que podía irse, se informó de lo que se trataba y regresó lleno de gozo á decir á sus compañeros: "No teman nada; se trata únicamente de sacar dinero". Eso da la medida de lo que era aquello. Quitar el dinero, desvalijar uno, nada significaba ya; había algo más serio: ser enviado al ejército; había algo más incómodo: permanecer en una cárcel; había algo más cruel é ignominioso: el palo hasta sacar sangre, hasta hacer saltar las carnes, hasta romper los huesos. En presencia de eso ¿qué valía ser desvalijado? Nada, equivalía á pagar un rescate. ¿Qué tiene eso de particular? ¿Qué tiene de nuevo? Absolutamente nada; el procedimiento es muy viejo y muy usado, en Sicilia, en la Calabria, en Grecia en Arabia, en todas partes donde una cuadrilla de bandidos se apodera de algún desgraciado transeúnte. ¿Quién no ha leído alguna relación de aventuras de esa especie? ¿Quién no conoce al célebre Luigi Vampa? ¿Quién no ha oído hablar del famoso capitán Rolando? A nadie se sorprende ya con esas cosas. La humanidad está curada de espantos; los nicaragüenses han visto mucho en estos últimos tiempos, y los granadinos, los rivensos y los matagalpas, sobre todo, además de ver y oír han sentido los varazos en sus espaldas.

GRAVE ACUSACION Y CUOTA ASIGNADA

UN murmullo acogió las palabras: "No toman nada; se trata únicamente de sacar dinero". Aquella gente respiró, botó un peso enorme. Cesaba ya el terror de lo desconocido, que es algo superior al miedo; se sabía que por el momento no había que temer el palo ni el envío al ejército y que todo se reducía á largar la bolsa; faltaba saber cuál sería la cuota detallada á cada uno. La razón de la prisión preliminar, no había que averiguarla, estaba muy clara; era el plagio que procedía al rescate. Conversaban y cavilaban los prisioneros respecto de su mala ventura, cuando llegó el Jefe Político con mucha circunspección á sacar de dudas á las ánimas en pena que hacía algunas horas esperaban su advenimiento. Estaba algo cortado, como avergonzado del papel odioso que le tocaba representar; sin embargo de que al ser colocado allí por Gámez y en aquellas circunstancias, debía suponerse que de antemano aceptaba cualquier papel. Lo habían creído á propósito para el caso; allí estaban todavía los "timbucos" que iban á ser desollados y nadie más adecuado que un antiguo "calandraca" pudor, se excusó, pronunció algunas palabras respecto del "habeas corpus" y de las ironías democráticas, y, concluido el exordio, entró en materia. "Señores, dijo, voy á leer á ustedes esta carta del señor Presidente de la República y Comandante General del Ejército" —como si dijera del Emperador y Rey, nuestro amo y señor, dueño de vidas y hacieh-

das.— La carta era corta, estaba de puño y letra de José D. Gámez y tenía la firma J. Santos Zelaya. Decía en sustancia que las personas mencionadas en una lista que acompañaba, habían alentado al General Vázquez para hacer la guerra á Nicaragua, que esa conducta antipatriótica debía castigarse haciendo pesar sobre ellas los gastos de la guerra y que, en consecuencia, les exigiera gubernativamente y en el perentorio término de "doce" horas, las cuotas señaladas á cada una de ellas. Todos guardaban profundo silencio, como cuando á un reo, de graves delitos, le leen su sentencia. Terminada la lectura de la corta, comenzó, la de la lista, con mucha pausa".

SANTIAGO MORALES, FERNANDO LACAYO, VIRGINIA CUADRA, MULTADOS

Santiago Morales, cuarenta mil pesos; Fernando y Manuel Lacayo, treinta mil pesos; Eulogio Morales, quince mil pesos; Virginia Cuadra é hijos, diez mil pesos; Gonzalo Espinosa, cinco mil pesos", etc., etc., hasta terminar la inmensa lista, en que se recorría el dicapason desde treinta mil hasta 100 pesos, término de la escala del saqueo. Al concluir la sentencia, todos los reos estaban pálidos, mudos y se miraban, como pidiéndose alientos, en aquel apurado trance. El primero que rompió el silencio fué don Santiago Morales. "Ante todo, dijo, rechazó en mi nombre y en el de mis compa-

ñeros la imputación que se nos hace de haber alentado al General Vázquez para hacer la guerra; lejos de eso, aquí estamos todos por la paz, nadie quiere guerra y la mejor prueba de ello es que no opusimos resistencia después de la cuesta y ajustamos la paz cuando pudimos haber resistido. En seguida, agregó, hay que reconocer que es imposible dar inmediatamente lo que á cada uno se le exige; ni yo no puedo disponer en el acto de la cantidad que se me asigna, mucho menos la generalidad de los que aquí estamos, tenemos necesidad de salir y dar vueltas para conseguir ese dinero”.

ACUSADOS PROTESTAN

A estas palabras, siguió un murmullo general secundando lo alegado por Morales. Todos rechazaban el cargo de haber alentado á Vázquez. —“Yo no me meto en política decía uno— Ni siquiera conozco á Vázquez, decía otro. Pero, ¿quién quiere guerra aquí?, preguntaban muchos.—¿Que ocurrencia, exclamaban algunos, lejos de fomentar guerras, pagaríamos porque no hubiera! Seguramente el Gral. Zelaya está mal informado, observó uno, muy serio: conviene desengañarle y hacerle ver que aquí somos amigos de la paz y que sólo pensamos en el trabajo”. Claro está que aquellas buenas gentes tomaban á lo serio la imputación de Zelaya y ni siquiera pensaban que pudiera ser un embuste. Sólo el redactor de “El Diarito”, que se hallaba en el número de las ovejas destinadas al esquila y que comprendía muy bien la leperada de Zelaya y Gámez, dijo al Jefe Político: “Quién ha alentado á Vázquez, ó más propiamente, quien le ha provocado, quien ha buscado la guerra y quien es responsable de ella, es el Gobierno de Nicaragua, son Zelaya, Gámez y compañía; lo que dicen en esa carta en un embuste, un pretexto para sacar dinero y largarse del país”. El Jefe Político, zorro viejo y antiguo amigo del redactor de “El Diarito”, comprendía que esa era la verdad, fijó la mirada en su antiguo amigo y le dijo: “Cállate, esa boquita te pierde. “Esto es atroz, agregó aquél; esta pieza en que estamos me recuerda la Cueva de Rolando; vean en que ha venido á parar el liberalismo porque tanto combatimos: en saltéador, peor que los de camino, porque estos se exponen á caer en poder de la justicia y á recibir algún daño de sus víctimas; mientras que el liberalismo roba á sus anchas, sin riesgo en el presente ni temor en el futuro”.

EX-PRESIDENTE DON VICENTE CUADRA LLEVADO A LA CARCEL POR MULTA

Terminada la primera parte del saqueo, es decir,

hecha la notificación de cuanto tenía que pagar cada uno por su rescate, se procedía a la parte segunda; esto es, hacer efectivas las cantidades señaladas. Se permitió al señor Morales hablar con el Presidente por medio del teléfono, y digo se “permitted” porque estaba prohibida toda comunicación, de manera que no había recurso alguno, había que pagar ó morir en la cárcel. El señor Morales consiguió la “merced” de que sólo se exigiese la quinta parte de presente y que el resto se arreglaría á plazos, á cuyo efecto iría una comisión á Managua á entenderse directamente con el Gobierno. Así terminó la operación “financiera” del primer día. El que entregaba su quinta parte ó daba una fianza, á satisfacción de la autoridad, iba saliendo de la Cueva de Rolando. Hubo quien regresara contento á su casa, es decir, agradecido, aunque tenía que entregar lo que le exigían. Este fué el venerable anciano don Vicente Cuadra, ex-Presidente de la República. De orden de la autoridad política lo habían llevado escoltado al cuartel; al llegar, le recibió el jefe militar, le ayudó á subir las gradas, se conmovió al ver tratado de aquella manera á un respetable anciano, le dijo que podía irse y que sólo mandara á enterar mil pesos de la cantidad que le habían señalado. El señor Cuadra agradeció aquella atención y públicamente expresó su reconocimiento por las deferencias del Jefe Militar. Justo es consignar aquí, que este Jefe era leonés, es decir, occidental, y que el otro, el político, era rivense, es decir, oriental. (1) Las autoridades de Granada eran de otras partes. Allí no había personas de confianza para el Gobierno y capaces de servirle como deseaba, esto es, como esbirros. Tenía que buscarlos en otros lugares. Sin embargo, no dejaban algunas veces de recordar que eran hombres y aflojaban el torniquete. La humanidad se impone á veces, el verdugo se conmueve y llega á tener conmiseración de las víctimas. Eso sucedía allí en esos momentos, aunque es verdad que contribuía en gran parte á esa conmiseración, cierta rivalidad que surgió entre las autoridades militar y política. La una censuraba á la otra; cada una se lavaba las manos y procuraba echar la culpa á la otra. Tenían cierto estímulo para refrenar los impulsos naturales que fueron causa de que les escogieran para el puesto; ninguno quería ser menos que el otro, en el buen concepto público, hasta donde era posible en la órbita de sus funciones; y de esa competencia resultó, por el momento, algún alivio para las inocentes víctimas.

SISTEMA PARA HACER EFECTIVA LA MULTA

LOS pequeños detalles referidos anteriormente, respecto del saqueo en Granada, sólo han comprendido lo verificado con los hombres que fueron conducidos al cuartel. Nada he dicho de las señoras, ni de los varones que huyeron, ni de los que estaban presos en Managua y en León.

A doña Dolores Avilés v. de Argüello, le detallaron diez mil pesos, ascendiendo su haber, según la hijuela, á veinticinco mil pesos; de manera que le pedían las dos quintas partes de su fortuna; sin embargo, tuvieron la deferencia de no ponerla presa en el cuartel, sino en su propia casa, para pedirle el valor de su rescate. Lo

mismo sucedió á doña Josefa y á doña Mercedes de Montiel; no las llevaron al cuartel, sino que sus casas las convirtieron en cuarteles, alojando allí soldados. Primero, se limitaron á custodiarlas, no permitiendo á nadie salir de las casas. Como no aflojaban la bolsa, les apretaron la tuerca, no consitiéndoles cocinar, ni bañarse, ni ir al excusado, ni entrar en los aposentos, hasta que, estrechadas por la necesidad, los amigos de ellas arreglaron el pago de su rescate. Este modo de arran-

1) General Fernando Marín Rivas, el jefe militar era leonés. El Jefe Político, señor Cantón, de Rivas.

car el dinero, es menos ingenioso que el empleado por los bandidos de Luigi Vampa en las catacumbas de San Sebastián para despojar al barón Danglars de sus seis millones de francos; pero es tan eficaz como él, porque lo mismo da no permitir que se coma, que se beba, que se duerma, etc., mientras no se entregue cierta cantidad, que venderle de comer y de beber y permitirle llenar las otras necesidades de la vida mediante el pago sucesivo de una cantidad caprichosa hasta completar la suma que se desea obtener. La violencia es igual en el fondo; en la forma, difieren; la empleada por los bandidos de Vampa, fué pulcra, usaron el "suaviter in modo"; la de los bandidos de Zelaya y Gámez, fué tosca, un tanto salvaje, emplearon el "foriter in re"; pero de todos modos, el hecho de ser despojado de lo que uno tiene, es grosero y á nadie le gusta.

LO MISMO EN MASAYA

En Masaya tuvieron lugar escenas semejantes á las que acabo de referir. A doña Emilia Dawson v. de Núñez, el exigieron una cantidad considerable por el mismo motivo, por supuesto, de alentar á Vázquez para hacer la guerra á Nicaragua. No le gustó, naturalmente, largar su bolsa á los bandidos; se negó á darla y la obligaron á ceder con el mismo procedimiento usado en Granada; procedimiento grosero en verdad, pero eficaz, que era lo que se quería en aquellos momentos apurados. Don Dolores Martínez estaba enfermo, postrado en cama, muy débil, casi moribundo: no lo llevaron á la cárcel por guardarle consideraciones, sino que, al notificarle que debía entregar tantos miles de pesos en el perentorio término de 12 horas, le colocaron una escolta en la casa. Aunque moribundo, no le gustaba entregar su dinero á los bandidos y prefería dejárselo á su familia; no hizo caso de la notificación y se durmió. Temiendo los bandidos que aquel sueño fuera el eterno y que el dinero quedase perdido para ellos, despertaron al moribundo. Sobresaltado éste, abre los ojos, ve los soldados cerca de su cama, cree ser víctima de una pesadilla y vuelve á dormirse. El tic, tic, tic del choque de la baqueta y el cañón del fusil, suena á sus oídos con tal furor que se despierta de nuevo y comprende que no es pesadilla lo que experimenta, sino la triste realidad. ¡La bolsa ó la vida! El dilema está planteado; hay que escoger. ¡Por Dios, déjeme dormir! exclamaba el moribundo. ¡Tic tic, tic! le contestan los rifles. La debilidad, la angustia, la congoja del enfermo, suben de punto; llama, pide alimento, pide agua; pero nada le llevan, nadie puede acercarse y á sus quejidos y lamentos, sólo responde el tic, tac de los rifles. Perdida toda esperanza de salvación, el enfermo cedió y pagó su rescate.

SUFRIMIENTOS EN RIVAS

En Rivas hubo algo más serio todavía. Ese departamento ha sufrido mucho por los malos inviernos, la baja del añil y los fuertes vientos que arruinaron la mayor parte de las haciendas de cacao. Después de los varios empréstitos forzosos que le habían hecho pagar, le tocó también buena parte del saqueo por lista. Pocos capitales fuertes hay allí; por consiguiente el plagio tenía que reducirse á pocas personas, porque pocas eran las que estrechadas por el tormento tendrían cómo pagar su rescate; pero si el número de plagiados era

poco, en cambio, la cantidad señalada á cada uno, fué más grande. Era difícil, casi imposible, hacer efectivo allí el saqueo, porque además de la escasez de fondos, las autoridades no se prestaban para emplear la tortura. Algunos aflojaron con las amenazas; pero otros se plantaron y dos de los principales se hallaban fuera del lugar y no había como atornillarlos. Zelaya y Gámez, jefes de la empresa, como si se dijera Vampa y Pepino, no se arredraron por eso y enviaron á Rivas al Fiscal de Hacienda con instrucciones especiales para sacar el dinero. En cuanto llegó, procedió con eficacia contra los que estaban allí y no querían aflojar lo que era de ellos. Dió vuelta á la tuerca y luego estuvo el dinero en su poder. Respecto de los ausentes, sustituyó las personas y procedió con energía admirable y, realmente, digna de mejor causa.

"TORNQUETE" CONTRA EL DR. MALIAÑO Y EL LIC. PADILLA

El Dr. Maliaño y el Lic. Padilla, ricos propietarios, no estaban en el lugar; pero sí estaban la esposa del primero y un hijito del segundo; pues con ellos y los bienes de los otros, dijo el agente especial llegado de Managua. Notificó á ambos que debían pagar lo que estaba señalado al esposo de la una y al padre del otro. Naturalmente, desatendieron aquel mandato, alegando que no tenían dinero. Enojado el agente por la negativa, dió orden de prender á los dos desobedientes que no acataban el mandato del amo que tenían en Managua, y dispuso que la señora fuera conducida al segundo piso de una casa que él designó y que el niño fuera llevado á la cárcel. La tropa obedeció y condujo á las víctimas al lugar del sacrificio. Allí estuvieron en estrecha prisión y reducidos á pan y agua. Los amigos de Padilla arreglaron luego el rescate del niño. La señora de Maliaño, granadina por nacimiento, ardiente por temperamento, altiva por carácter y orgullosa por su posición, se resignó al martirio y sufrió con estoicismo la prisión, las incomodidades y el ayuno. "Torniquete", así llamaban en Rivas al agente de Zelaya, al ver la heroica resistencia de la señora, dió nuevas órdenes á sus ayudantes para estrechar el bloqueo. Cuentan allá, y yo refiero lo que me contaron, que amenazaron á la señora con meterle la cabeza en el excusado, levantarle el vestido á la vista de los soldados y tenerla en esa posición hasta que entregara la cantidad que se le pedía. Ante esa amenaza, cuyo cumplimiento no podía dudarse, la señora cedió, entró en transacciones, le rebajaron algo y pagó su rescate.

Un detalle precioso para concluir este episodio del liberalismo de Zelaya y Co.: Llegaron á Managua las noticias de las atrocidades que se cometían en Rivas para sacar el dinero y no hubo novedad. Cuando llegó la primera ó segunda remesa y calcularon que la operación estaría concluida, se lavaron las manos reprobando el procedimiento y diciendo que no habían autorizado esa barbarie como sucedió con los palos de Matagalpa. "Torniquete", al verse echado al fuego, se despechó, abandonó el campo sin concluir las operaciones, propaló que era una inconsecuencia la que cometían reprobando lo que habían mandado hacer y dijo que tenía telegramas de Zelaya respecto de su misión, confirmando sus instrucciones verbales, y que los guardaba para su tiempo. ¡Qué de documentos de esa clase apa-

recerán andando los tiempos! Llegará el día en que todo se esclarezca y puede descorrerse el velo para exhibir por completo el cuadro abominable de las iniquidades perpetradas por los factores y cómplices de la

"gloriosa"; mientras tanto, hay que conformarse con lo que se sabe é ir preparando los materiales para escribir la completa y verídica historia de esa época, tan fecunda en calamidades para Nicaragua.

COMISIONADOS DETENIDOS

LA comisión que se convino enviar á Managua el día del plagio de los 18 que hablé anteriormente salió el día siguiente, formada por don Santiago Morales solamente, porque los compañeros fueron detenidos en la estación, por una escolta de policía, y conducidos á la cárcel. Uno de ellos era don Manuel Lacayo. Al saber su hermano Fernando lo que ocurría, fué á investigar el motivo y le dijeron que se procedía por orden del Jefe Político. Pasó entonces á casa de éste, quien se manifestó extraño al asunto, negó haber dado la orden que se le atribuía y dijo que eran cosas del Comandante. Se dirigió don Fernando al cuartel é interrogó al Comandante. Contestó éste que no sabía nada. Enojado don Fernando, creyéndose juguete de los empleados, "pero ¿cómo es esto?", exclamó; "el señor Jefe Político dice que la prisión de mi hermano es por orden de usted y usted dice que no sabe nada. ¿Así dice el Jefe Político? —exclamó el Comandante como picado por una víbora. "Dígale usted que miente". Y en el acto llamó un ayudante y le dijo: "Vaya Ud. donde el Jefe Político y dígame que no mienta, que tenga el valor de sostener sus actos y que no se lave las manos echando sobre mi la culpa de lo que él hace". Volvió don Fernando, acompañado del ayudante, á casa del Jefe Político. El ayudante dió el recado. Cogido infraganti, no podía ya negar y echó la culpa al Gobernador de Policía. Después, desentendiéndose de esto, alegó que había orden para que no se dejara salir de Granada á los que no habían pagado su rescate y que se había convenido en que sólo Morales iría á Managua á hablar con el Presidente. Le replicaron que no era así, que también se convino en que iría don Manuel Lacayo; que en todo caso, no había motivo para ponerlo en la cárcel y que si no querían que fuera á Managua, debieran limitarse á impedirle tomar el tren. Por fin, concluyó el incidente poniendo en libertad á los arrestados.

PLEBEYOS ENDIOSADOS

Cuando don Fernando Lacayo andaba de Herodes á Pilatos, se hallaba casualmente el redactor del "Diarito" en casa del Jefe Político. Digo casualmente, porque, al pasar por allí, de tránsito para la estación, le llamó el Jefe Político y le preguntó para dónde iba. "Para la estación á tomar el tren para Managua, le contestó" "No vayas, entra, siéntate; yo sé lo que te digo". "Pero, ¿qué hay?", le preguntó. "¿Qué vas hacer á Managua?". "¿Cómo qué? A ver cómo está eso de los 500 pesos que me pusieron en la lista y á que me devuelvan los cien que me quitaron ayer". "Devolverte los cien, es difícil; lo que entra, ya no sale". Diciendo esto, fué al teléfono, hizo que hablaba con Gámez, soltó el aparato y añadió: "Está bien; no pagarás más, pero, cuidado con la lengua!" La conversación fué interrumpida por la llegada del Gobernador de Policía. "Ya está!" le dijo al entrar. "¡Bien!", contestó el Jefe Político; y agregó, dirigiéndose al redactor del "Diarito": "¡Ya ves!

lo mismo te hubiera sucedido si no coges mi consejo!" "Pero, ¿qué es lo que hay?", le preguntó. "Que están presos los que iban á tomar el tren para Managua". El Gobernador se retiró y poco después llegó don Fernando Lacayo y tuvo lugar lo que dejó referido.

Consigno esos pequeños detalles porque dan á conocer, mejor que largas biografías, el carácter de los agentes del Gobierno, y pintan con más vivos colores, el cuadro siniestro de la libertad y la reforma, realizadas por la "gloriosa" y la "libérrima". Se ven allí la arbitrariedad, el cinismo, la doblez, la hipocresía, la maldad, la desfachatez y la grosería, en repugnante consorcio, befiándose de la sociedad, encarneciendo el derecho y la justicia, hollando las leyes y reduciendo el poder público á pasatiempo de truhanes. Por doquiera se elevó lo que nada valía, como se eleva la basura por el remolino que forma el huracán. Muy apreciable es el hombre que nacido en humilde cuna, se levanta por su esfuerzo y sus méritos á las más encubiertas posiciones, porque allí sabe mantenerse con la dignidad propia de los que por su nacimiento y su educación parecen llamados á ocupar esos puestos. Al contrario de aquellos que, sin valor intrínseco, se elevan por un azar de la fortuna, en épocas de trastornos sociales, en que se premia la traición, el servilismo, la docilidad para servir de vil instrumento; esos tales se hacen más despreciables, se envanecen, se endiosan, dan de lo que son y se convierten en la peor de las calamidades sociales, porque llenos de odio y de rencor por la desigualdad que sienten, se vengan de la suerte vejando y deprimiendo á lo que es mejor que ellos, á lo que inconscientemente les ha hecho conocer su inferioridad y su miseria. De estos hubo muchos en Nicaragua desde el triunfo de la "gloriosa" y de allí, más que de la diversidad de partidos, ha provenido el desgobierno que ha pesado sobre la sociedad. Los empleados han sido una verdadera plaga por todo el país. La prensa independiente, á pesar de la opresión en que ha estado, ha dado á conocer el mal, ha sido eco de los ayes y gemidos de las comarcas entregadas á la rapiña y al furor de los plebeyos endiosados. De todas ellas, la más vejada ha sido Granada. En ella se han cebado hasta algunos de sus propios hijos, como para congraciarse con los esbirros mismos —último peldaño de la degradación: ser ayudante del verdugo. Ha sido testimonio de liberalismo, mostrarse enemigo de Granada. Por eso, no se comprende que un granadino sea liberal, como no se comprende que un armenio sea kurdo. El buen musulmán es enemigo de Armenia, como el buen liberal, vaciado en el molde del "calandracá", tiene que ser enemigo de la buena sociedad granadina. Si no lo es, se hace sospechoso, huele á "cacho", ó por lo menos á progresismo. Ya tendremos ocasión de ir comprobando con los hechos la verdad de estos asertos.

LA MISION DEL LIC. MORALES
El Licenciado Morales regresó de Managua el día

siguiente. Su misión dió los resultados que se esperaban. En primer lugar se allanó el camino para que todos pudieran ir á la capital á arreglar el pago del resto de su rescate. En segundo lugar, se descubrió el abuso cometido por las autoridades de Granada, alterando por su cuenta ó por sugerencias de algunos más canallas que ellos, como el administrador de rentas y otros "gamélidos" (1) la lista de los plagiados y las cuotas fijadas á cada uno. Varios de los que aparecían en la lista, tales como el redactor del "Diarito", los Zelayistas, don Marcos Urbina, el Licenciado Ramírez y otros, no habían sido puestos en la que remitieron de Managua. Algunos habían sido borrados y de los que dejaron, á unos les subieron la cantidad, y á otros se la bajaron. Con este motivo, el redactor del "Diarito" fué á ver á su "amigo" el Jefe Político para contarle la novedad que había traído el Licenciado Morales y preguntarle por que razón aparecía él en la lista. Había en la sala varios caballeros esperando que el señor Jefe impolítico acabara de almorzar. El redactor del "Diarito", en la confianza de "antiguos amigos", se acercó al viejo "calandraca" y le dijo á lo que iba. Levantó el zorro la cara, le brillaron los ojos de cólera al verse descubierto, y con los carrillos tan llenos que apenas podía hablar, le

contestó: "¡Sí, es verdad, no estabas; te puse por mi cuenta; en "El Diarito" me insultaste; ofendiste á una mujer á quien amo; pensé desafiarte y ahora me vengo!" Sorprendido el redactor del "Diarito" ante aquella súbita arremetida de la primera autoridad política del Departamento en la época del terror, apenas le contestó que ese no era modo de vengarse; que no tenía razón de enojarse con él, porque el periódico publicaba cuanto comunicado llegaba, fuese contra quien fuese, y que si todos los empleados atacados procedieran por "su cuenta" de aquella manera, muy lucidos quedarían los periodistas y sobre todo la libertad de imprenta. A estas palabras, montó más en cólera el plebeyo endiosado; se desbordó en impropiedades propias de gentes del hampa, poniendo al periodista cual digan dueños; los ojos le relampagueaban; respiraba con dificultad; la cólera le ahogaba; parecía un energúmeno. Al ver aquella tempestad desencadenada y que podía convertirse en granizo, el periodista creyó prudente retirarse, dejó al endemoniado Jefe impolítico con la palabra en la boca, le volvió la espalda y se encaminó al cuartel á hablar con el Comandante para saber en qué temple estaba y conocer qué partido debería tomar en aquella situación.

TRAGEDIA Y HUMOR GRANADINOS

EL Comandante escuchó con mucha atención lo que le refirió el redactor del "Diarito"; convino en que el Jefe Político era un hombre falso, de quien había que precaverse; citó varios hechos en corroboración de su aserto; ofreció su apoyo al redactor del "Diarito" para el caso en que el Jefe Político quisiera hostilizarle; le aprobó el pensamiento de ir á Managua á contar al Presidente lo que ocurría y al efecto le hizo varias indicaciones tendientes á demostrar lo nocivo que era para el Gobierno un hombre grosero y falso como el Jefe Político.

No podía ser más satisfactorio el resultado. El desacuerdo entre ambas autoridades era tangible y, su completa ruptura, debería redundar en beneficio de la población que era víctima del instrumento colocado allí por Gámez para saciar sus rencores con los conservadores y vengarse de los que despreciaban. La partida estaba ganada por el redactor del "Diarito"; pero no se contentó ya éste con librarse de los mordiscos de la víbora, sino que quiso aplastarla. La opinión pública, como debe suponerse, estaba pronunciada contra el viejo "calandraca", vil instrumento de Gámez; un clamor general se levantaba contra él y favorecía la tentativa de tumbarle. Junto con el redactor del "Diarito", llegaron á Managua muchos de los plagiados de Granada y todos se hacían lenguas contando lo ocurrido á cada uno, celebrando algunas ocurrencias y pintando al Jefe Político como un "lagarto" en estero; pero de esos "lagartos" viejos, cebados, muy osados y capaces de acabar con pjaras de puercos y rebañes de carneros.

¿QUE TAL VAS PALOMINO?

En los diversos corrillos, formados en los parajes frecuentados, se hablaba y comentaba lo del "lagarto" en el estero. Hasta los liberales comentaban los sucesos y

celebraban las ocurrencias, de tal manera que lo odioso del saqueo desaparecía ante lo odioso y repugnante del "lagarto". A este propósito se refería el percance ocurrido á un tal Palomino, en el Río San Juan. Bañándose allí, fué cazado por un enorme "lagarto", que, muy sereno, se alejaba de la orilla, llevando su presa atravesada en las enormes mandíbulas, llamadas vulgarmente "tapas". Los exportadores, que en canoas seguían á la fiera con objeto de arrancarle la presa, preguntaban á la víctima: "¿Qué tal vas Palomino?" "¿Voy bien", contestaba éste, porque iba atravesado todavía, es decir, no estaba al hilo, como dicen, de manera adecuada para ser tragado. Parodiando el cuento ese, se hacían muchos chistes que celebraban los que no estaban en las mandíbulas del "lagarto", esto es, los que no iban á ser tragados por el monstruo que les pedía la bolsa. "¿Cómo van ustedes", se preguntaban entre sí los que estaban en acusativo. "¡Vamos bien!", contestaban muy alegres los que habían logrado alguna rebaja en su rescate. En medio de la desgracia hallaba aquella gente un consuelo, porque podían estar peor aún en las mismas tapas del "lagarto". La rebaja de uno, dos, tres, cuatro ó cinco mil pesos parecía una ganancia, un obsequio, que les hacían, y se retiraban contentos por su buena suerte. "¡Qué cosa!", decía uno, "figúrense ustedes que se le antoja á alguien darnos 25 palos; pero que logramos que nos rebaje y que sólo nos dé 20, bien pegados, á calzón quitado, ¿nos alegraríamos por la rebaja? ¿Quedaríamos agracedidos y nos retiraríamos contentos sobándonos las nalgas, después de recibir 20 pencazos bien dados? Pues á eso equivale lo que está pasando. Nos pegan y nos vamos contentos; exactamente como aquella dama rusa á quien Catalina hizo azotar por sus mismos criados, para deprimirla; la orgullosa dama se vistió muy contenta después de la pela, satisfecha de haberse librado de Siberia á tan poca costa. El negocio que hemos hecho es bueno, "decían los que habían

1) Gamélidos: Satélite de José Dolores Gámez.

logrado la rebaja de algunos miles", principalmente ahora que nadie gana nada y que estamos á pura pérdida; lo malo es, agregaban riéndose, que si estos negocios continúan nos arruinaremos por completo". "Por lo que jugamos al ganapierde," decía otro. De esa manera se entretenían los plagiados granadinos; su buen humor, la chispa andaluza que todos tienen, les proporcionaba un consuelo en la adversidad.

CONDENANDOSE ASIMISMO

El redactor del "Diarito", salió muy bien, mejor de lo que pudo imaginarse. El Presidente le recibió con mucha afabilidad, como antiguos y buenos amigos, reprobó el procedimiento del Jefe Político, mandó que le devolvieran los cien pesos que le habían quitado y para ponerle á cubierto de futuras tropelías, dió orden á su secretario de escribir al Comandante de Granada, recomendándole al redactor del "Diarito", y de escribir al Jefe Político, censurándole su modo de proceder, con todos en general y con el redactor del "Diarito" en particular, á quien los liberales tenían motivos especiales para guardarle consideraciones. El secretario dijo al redactor del "Diarito", que si quería, hiciera él mismo esa comunicación. No se hizo éste rogar; redactó la carta en términos suaves, pero terrible en el fondo, censurando el procedimiento del Jefe Político como contrario al ideal democrático que perseguía la "gloriosa" y como nocivo al Gobierno, porque le enagenaba las simpatías de los pueblos, en vez de procurar granjearse las atenuando en lo que fuera posible las medidas violentas que por las circunstancias se dictaban. El Presidente firmó la carta y apertoria la entregó el secretario al

redactor del "Diarito". Este mostró a muchos de sus amigos, de manera que en Managua y Granada se hizo público su contenido y debe haber llegado la noticia al Jefe Político antes de recibir la carta. Los que la leían, decían: "¡Este hombre está caído!" Los que tenían noticia de ella, suplicaban que se la mostrasen y, al leerla, exclamaban: "¡Este hombre debe renunciar!" El Comandante de Granada, á quien se la mostró el redactor del Distrito, saltó al leerla y, un poco nervioso, exclamó: "¡Si yo recibiera una carta semejante, en el acto pondría mi renuncia de una manera irrevocable!" El redactor del "Diarito" se explicó aquel salto como efecto natural de un pinchazo repentino en las posaderas. Lo que se decía al Jefe Político era aplicable al Comandante también y en general, á todos los empleados; era una pedrada con que se mataban muchos pájaros. Si aquella carta se hubiera podido publicar y comentar, habría hecho un efecto terrible, obligando á renunciar, por lo menos, á los empleados que tuvieran alguna dignidad. El Presidente por supuesto, no supo lo que firmó. Si lo hubiera sabido, es claro que no lo firma, aunque tuvieron seguridad de que sólo iba á ser leída por el empleado á quien la dirigía, porque eso mismo que reprobaba como anti-democrático, era precisamente lo que él hacía y equivalía á condenarse él mismo. Por este estilo es la generalidad de los mandones de estas repúblicas. Firman cartas, mensajes, manifiestos, proclamas y decretos, sin darse cuenta, inconscientemente. Sus mentores se encargaron de pensar por ellos, contentándose con poner su firma y tener tiempo para gozar y enriquecerse.

CORRUPCION; VEJAMENES, DINERO Y SANGRE

LA carta del Presidente hizo en el Jefe Político el efecto que era de esperarse; calmó la fiebre del "calandraqüismo"; que le devoraba y le obligó á poner su renuncia. Desde luego se observó en él más moderación, se le oyó censurar á los otros empleados y decir que él les aconsejaba manifestándoles que no se debía abusar del puesto, que no convenía echarse enemigos y que se debía aprovechar la posición que se tenía para reconciliarse con el redactor del "Diarito", llegó á visitarle, le dió satisfacción por los desahogos que tuvo con él atribuyendo lo ocurrido á un momento de cólera, se desdijo de que por "su cuenta" se le hubieran exigido 500 pesos de la lista, aseguró que eso había sido obra del Comandante y de los iglesieros que le rodeaban y concluyó abrazándole y renovándole sus protestas de amistad. El redactor del "Diarito" no conservaba rencor, se dió por satisfecho y echó un velo sobre lo pasado.

DE TAL AMO TAL CRIADO

El efecto maravilloso de la carta del Presidente era claro y él demuestra que los empleados son lo que es el Jefe del Gobierno. Si él es bueno y respetuoso á las leyes, ellos lo són también. No necesitan órdenes especiales; instintivamente se amoldan al Jefe, adivinan su voluntad y traían de complacerle para merecer sus favores y, por lo menos, conservar sus empleos. Se verifica exactamente aquello de que de tal amo, tal criado. Por eso, siempre he creído que en estos países el mal viene de arriba, es decir, viene del gobernante. El

espíritu monárquico no ha desaparecido. Bajo el barniz del ciudadano está el colono español, el súbdito ante su soberano. A este respecto, la independencia no ha hecho más que un cambio de nombres. El monarca se llama Presidente y el súbdito se denomina ciudadano; pero siempre hay en ellos la relación natural que entre el amo y el siervo. La diferencia es que el amo antiguo estaba á más de mil leguas de distancia y era una persona educada para el Gobierno, y el amo de ahora está á nuestro lado, pocas veces es persona educada y generalmente es un sargentón ignorante que sube por asalto y se conserva en el puesto haciendo barrabasadas hasta que los pueblos se cansan de sufrir, sacuden el yugo y respiran algunos días, mientras les colocan otro más pesado, tal vez. De allí esa larga serie de firanías y desgobiernos que ha hecho que muchos ciudadanos renieguen de la independencia y echen de menos los tiempos de "su amo el rey".

Pero el efecto maravilloso de que hablé, se circunscribió al Jefe Político solamente. No era la carta una medida general para regularizar el Gobierno; la casualidad la produjo y su resultado fué aislado. Los otros empleados de Granada, y los demás de la República, continuaron como antes, cometiendo las arbitrariedades que eran la norma de conducta del Gobierno emanado de la "gloriosa". En Granada se empeoró la situación. Aunque el Jefe Político puso su renuncia, no se la admitieron por el momento, sino que le dieron licencia indefinida para separarse de su empleo, dejando éste anexo á la Comandancia. De manera que el Comandan-

te tenía más campo para abusar, quedaba sin el control del otro empleado y cesaba la saludable rivalidad que morigeraba á los dos. Se formó una "trinca" entre el Comandante, el Mayor y el Administrador de rentas; se encubrían y apoyaban; especulaban y oprimían. Verdad es que esto mismo sucedía en todas partes, sin necesidad de "trinca". Yo oí un día á Zelaya y Ortiz quejarse de la corrupción que había en casi todos los empleados. Tienen la tendencia, decían, de apropiarse los fondos que caen en sus manos. Donde menos se piensa, salta la liebre. El contrabando es un cáncer que devora las rentas y los empleados consumen la obra con operaciones turbias ó las cuentas del Gran Capitán. Las quejas de los principales héroes de la "gloriosa", eran fundadas; en lo que andaban descaminados era en suponer que la corrupción procedía únicamente del Gobierno corrompido y corruptor de Sacasa.

CUERVOS SOBRE EL TESORO PUBLICO

Es cierto que el mal tomó incremento en ese período de desgobierno en que los famélicos providenciales cayeron sobre el tesoro público y las rentas nacionales como bandada de cuervos sobre un cadáver; pero también lo es que la contrarrevolución de Julio no significaba en el fondo otra cosa que la vuelta al antiguo régimen, aumentado con los recién llegados, que se creían con perfectísimo derecho para sacar su tripa de mal año. La farsa liberal no tenía ideales políticos y el lazo de unión entre liberales y providenciales tenía que ser la especulación. Quitado eso, la "gloriosa" se deshacía. Lo que sucedía era natural y lógico. Del pantano salían miasmas mortíferos, como del lobo, salen lobeznos y del cangrejo, cangrejitos. Los empleados no desmentían su alcurnia y aprovechaban el tiempo. La "trinca" de Granada se mantuvo á la altura de las circunstancias y probó que entendía el negocio, como se verá luego.

A LA CONTRIBUCION DE DINERO SE AGREGA LA DE LA SANGRE

Dijo que la situación se empeoró en Granada. En efecto, no sólo se desvalijaba á los propietarios: también se les vejaba. A la contribución de dinero, se agregó la contribución de sangre. A los médicos se les

exigía contribución y además sus servicios profesionales en el ejército. Algunos se escondieron y otros huyeron para salvarse de las persecuciones. El doctor Luis Montiel tuvo que emigrar á Costa Rica porque le buscaban en su escondite para hacerle pagar doble contribución por haberse escondido y para obligarle á prestar sus servicios en Honduras. Contra este médico estaban encañados porque por su apellido pertenecía á la familia del principal de los caudillos de la revolución de Abril, que quiso poner término al oprobio del Gobierno providencial. "También los jóvenes de las principales familias eran molestados y perseguidos. Se les llamaba al servicio como soldados, se les formaba en la plaza ó en el patio del cuartel y se les hacía ejercicio, obligándoles á practicar ciertas maniobras en que los soldados se echan al suelo, con el deliberado propósito de que ensuciasen sus vestidos. A veces formaban una compañía con esos jóvenes y les hacían marchar para Managua al son de la "Barranca", pretendiendo con esto mofarse de los revolucionarios de Abril". La "Barranca" es una marcha muy popular en Granada. Fué compuesta por el director de la banda marcial en recuerdo de la Barranca, nombre de una de las posiciones en que se estrellaron dos veces los ejércitos del Gobierno providencial. La mayor parte de esos jóvenes obtenían su baja en Managua y regresaban á sus hogares; pero la "trinca" gozaba aunque fuera molestándoles con el viaje y haciendo sufrir á sus familias inquietudes y zozobras por la suerte de sus hijos. Sin embargo, algunos no se libraron de marchar al ejército y otros tuvieron que emigrar para poner coto á las persecuciones, tales como Gallegos, Santos y Downing.

EL ROJISMO

En Granada se hallaban en pleno "noventa y tres". La cucarda roja se ostentaba allí con el orgullo que un siglo antes apareciera en Francia, como emblema de la revolución redentora. En el cuello, en el sombrero, en el ojal de la levita, cintas rojas. En las banderas, en las gallardetes, cintas rojas. En las puertas, en las ventanas del cuartel, cortinas rojas. El rojismo estaba en alza; pero en los actos de aquellos dementes no se reflejaba el color rojo que simboliza la democracia, sino el negro del fondo de su tenebrosa conciencia.

EN HONDURAS CONTINUAN OPERACIONES DE LA GUERRA

MIENTRAS que en Nicaragua se cometían las tropelías que ligeramente he narrado, se continuaban en Honduras las operaciones de la guerra. Para facilitar el transporte de tropas, municiones de boca y guerra y de todo lo que el ejército necesitaba, pasaron á Corinto uno de los vaporcitos del Lago de Managua, el más pequeño de ellos, el "Isabel". Dijeron que se convertía en nave de guerra y á este efecto le cambiaron el nombre, dándole el de "Once de Julio", fecha de la inauguración de la "gloriosa". Ese vaporcito hacía la carrera entre Corinto y una rada de Honduras en el Golfo Fonseca, inmediata á Choluteca. Los servicios de ese vaporcito fueron tan útiles y oportunos, según los héroes de la campaña, que á ellos se debe en gran parte el éxito feliz de la intervención, porque había que llevarlo todo de Nicaragua y hubiera sido imposible proveerse de lo necesario, teniendo que transportarlo por tierra des-

de León ó Chinandega. Esta confesión es otra prueba de la impopularidad de la pretendida revolución hondureña. Si realmente hubiera sido popular, habría bastado un ligero apoyo para triunfar. Se le dieron rifles, se le dieron cañones, se le dió dinero, se le dió ejército, se le dieron municiones de boca y guerra, se le dieron cirujanos, se le dieron botiquines, y todo eso no era suficiente. Se ocupó á viva fuerza la plaza fuerte de la frontera, se deshizo lo principal del ejército enemigo, comandado por el mismo Presidente, obligándole á replegarse á la capital, y todavía no podía triunfar si no llegaban refuerzos, si quedaba abandonada á lo que ya tenía; más aún, estaba perdida si esos refuerzos no llegaban con oportunidad y en cantidad bastante y si no se renovaban todos los días hasta la victoria definitiva. ¿Qué revolución era esa? ¿Dónde estaban sus prestigios? ¿Dónde el odio que los pueblos tenían al

tirano que los oprimía? ¿Dónde los perseguidos que no volaban al encuentro de sus libertadores? Pues en ninguna parte.

REVOLUCION DE PRETEXTO PARA GUERRA CONTRA HONDURAS

Ningún pueblo se pronunciaba, ningún recurso enviaban á sus libertadores, ningún síntoma se presentaba de esos que revelan la situación desesperada de los pueblos que ansían sacudir el yugo que les oprime. Cuando realmente una nación sufre y quiere cesar de sufrir ó un caudillo tiene prestigios y se le espera como á un Mesías, la revolución surge por sí sola ó basta un pequeño auxilio para que estalle como un incendio al caer una chispa en un polvorín. Nada de eso sucedía en Honduras; lejos de eso, en vez de chispa caía un aguacero de fuego y el polvorín no ardía y el Gobierno se mantenía firme y dispuesto á resistir, á pesar de la "puñalada de picaro" que le habían asestado. La tal revolución era ya verdadera guerra que Nicaragua hacía á Honduras para colocar á Bonilla en lugar de Vázquez y quitar á los conservadores de Granada el apoyo que pudieran tener para volver á los héroes de la "gloriosa" á su punto de partida. De suerte que sacrificaban á los nicaragüenses y á los hondureños en beneficio de Bonilla, Zelaya y sus adeptos. Lo que llamaban la redención de Honduras iban á realizarla despojando y sacrificando á los nicaragüenses con el objeto de que Honduras libre sirviera para oprimir á Nicaragua. ¡Bonita redención! ¡Digno complemento de la "gloriosa"! La ruina y la esclavitud de dos pueblos. El plan era diabólico y muy natural en las almas cegadas por la ambición y que todo lo sacrificaban en aras de su egoísmo. Con el hierro de Roma conquistó César las Galias y con el oro de las Galias dominó á Roma, mató la República y dió vida al "cesarismo". Así también, con los recursos de Nicaragua sometían á Honduras y con los recursos de Honduras subyugarían á Nicaragua, para acabar con el liberalismo y dar vida al "zelayismo" y al "bonillismo", resultado positivo y final del sacrificio de los dos pueblos.

TOMAN TEGUCIGALPA

Reparadas las pérdidas sufridas en los últimos combates de Choluteca y allegados todos los elementos necesarios para proseguir la guerra, avanzaron los "aliados" sobre Tegucigalpa y situaron su cuartel general en Toncontín. Vázquez ocupaba la capital con los restos de sus fuerzas. Las alturas, llamadas la Leona y el Picacho, inmediatas á la capital, artilladas y con buenos tiradores, les servían de apoyo. Sus posiciones eran buenas y su gente excelente, pero poca; podía mantenerse algunos días, con ventaja y si, como debía esperar, llegaban en auxilio los generales Viyela, que tenían más de mil hombres á sus órdenes, no era difícil que le son-

riera la fortuna y obtuviese la victoria definitiva; pero, por su desgracia, no le llegó ningún auxilio; los valientes generales permanecieron lejos del teatro de la guerra, y la resistencia heroica que hicieron los pocos defensores de Tegucigalpa, fué infructuosa. Los "aliados" ocuparon Juana Lainez, otra altura que domina la capital, y desde allí arrojaban bombas y granadas; cada día estrechaban más el cerco de la ciudad y era indefectible su triunfo, más ó menos tarde. Comprendiendo eso Vázquez se retiró con pocos, pero buenos jefes y soldados, sin que los "aliados" lo supieran. Cuando lo advirtieron, hicieron su entrada triunfal en la capital y mandaron perseguir á los fugitivos. Cerca de la frontera del Salvador, esperó Vázquez á sus perseguidores; los derrotó, y, en seguida, paso a paso, continuó su marcha y se internó en el territorio salvadoreño.

EN EL SALVADOR CAE EZETA

En Nicaragua se creía que la guerra iba a ser más larga, porque, aunque el Gobierno de Honduras había sido sorprendido y es allí muy difícil reunir tropas por lo diseminada que se halla la población en un vasto territorio, se suponía que el Gobierno del Salvador le prestaría eficaz apoyo. Esa suposición se fundaba en la convicción general de que la caída de Vázquez sería precursora de la caída de Ezeta; no porque aquel apoyase á éste, sino porque el triunfo de Bonilla daría aliento á los salvadoreños para intentar un cambio político ó intentar el cambio era efectuarlo, dado el desprestigio del Gobierno. Lo que todos veían claramente, sólo Ezeta no lo vió, y así se explica que no se moviese. Era tal el modo de ser de los "aliados", que mil salvadoreños que hubieran avanzado sobre Honduras, habrían sido suficientes para cambiar la suerte. Bastaba interceptar las comunicaciones entre Nicaragua y los "aliados", para que la fortuna abandonara á éstos. Es incalculable el efecto moral que hubiera producido la intervención del Salvador. Desde luego, los "aliados" pierden coraje y las tropas de los Viyela no permanecen inactivas como sucedió. Por fortuna para los salvadoreños, Ezeta se cegó; tuvo ojos y no vió, tuvo orejas y no oyó; se quedó aislado cuando en torno de él se hablaba de tiranos y de redención de los pueblos y, descansando en que tenía muchos rifles, muchos cañones y muchos soldados, olvidó que no tenía en su favor lo que vale más que todo eso; la opinión pública. No tardó en suceder lo que todos habían previsto: la revolución estalló en el Salvador algunos meses después y en poco tiempo derribó al coloso. Esto, al menos, fué una compensación de los sacrificios hechos por Nicaragua y Honduras en la guerra insensata que emprendieron sin motivo justificable. Por líneas torcidas se sacaron renglones derechos. La sangre derramada en Honduras, produjo, de un modo indirecto, la libertad del Salvador. ¡Ojalá fuera así siempre!

VUELVE VICTORIOSO EL EJERCITO NICARAGUENSE

GRANDES preparativos se hacían en Nicaragua para recibir á los que en Honduras se habían cubierto de gloria. Natural era que en la capital se desplegara mayor magnificencia para tributar los honores del triunfo á los que habían "libertado" á sus hermanos y llevado más

allá de la frontera el "prestigio" de las armas de la República: pero no sucedió así, porque hubo algo más natural que eso, hubo la envidia y los celos que no contentían el mérito ajeno y hubieran querido suprimir toda manifestación de aprecio. En cambio, en León se

preparaban grandes fiestas y en Granada se levantaban muchísimos arcos de madera y bogotana (1) pintada para "perpetuar" la memoria de los que decretaron la intervención y de los que la llevaron á cabo. Lo de León se explica, porque de allí eran los principales jefes militares y de allí eran, en su mayor parte, los soldados de las hazañas de Choluteca y Juana Lainez; pero lo de Granada ¿cómo se explica, siendo esa población contraria á la guerra que se celebraba y habiendo sufrido por esa causa el saqueo por lista y tantos ultrajes y violencias? Pues se explica también perfectamente por otros sentimientos muy naturales en los personajes de la "trinca": la adulación, la venganza y la avaricia.

HUMILLACION A GRANADA

Querían lisonjear la vanidad de los jefes á quienes levantaban arcos; querían deprimir á los granadinos glorificando allí á los principales autores y cómplices de todos los atentados contra las personas y las propiedades, cometidos desde el comienzo de la "gloriosa" y querían también aumentar sus utilidades con el negocio de los arcos y las fiestas. Todo lo que querían, lo realizaron. Levantaron arcos pequeños en las entradas del parque de Colón y uno grande, inmenso, en el centro de ese parque, paseo favorito de los granadinos. En el grande, colocaron en ambos frentes, grandes retratos de Zelaya, Bonilla, Gámez, Ortiz y otros personajes de la época. En los pequeños pusieron inscripciones honoríficas y laudatorias para los jefes militares que se habían distinguido por su valor y pericia, tales como Sierra, Manuel Bonilla, etc, etc. Eso bastaba, á juicio de la "trinca", para lisonjear á los unos y deprimir á los otros; pero, ¿el negocio, dónde estaba? ¡Aquí! Para levantar esos arcos, pidieron fondos al vecindario, á esos mismos ciudadanos á quienes se proponían escarnecer glorificando á sus verdugos. Sea por miedo de nuevas tropelías; sea por quitarse de encima á los cortesanos; sea porque no les importase dar más que chupar á aquellas sanguijuelas, el hecho es que la mayor parte dió lo que le pidieron. Con esos fondos hicieron los arcos y las fiestas del triunfo y después cobraron del tesoro público unos cuantos miles de pesos por los gastos hechos para recibir dignamente á los guerreros "invictos" que habían cubierto de "gloria" las armas de la República.

ESPERANZAS DE QUE ORTIZ SUPLANTE A ZELAYA

Con ansias era esperado el regreso del ejército, principalmente por los conservadores que, sin saber por qué, creían que Ortiz haría cesar las persecuciones de que eran objeto. Circulaba uno vago rumor de que el vice-Presidente, cubierto de gloria, ocuparía muy pronto el primer puesto que por derecho le correspondía como leonés y principal caudillo de la revolución y de la campaña de Honduras, completamente de la "gloriosa". Se decía que algunos de sus amigos de Occidente habían ido á su encuentro con objeto de hacerle las insinuaciones del caso y decidirle á pasar el Rubicón. Sea como fuere, lo cierto es que los liberales temían algo y comenzaban á desconfiar de Ortiz, porque además de suponerlo ambicioso, era progresista y creían que los

conservadores le alentarían y quizás le apoyarían. Los liberales, aun los de León, preferían á Zelaya y miraban con disgusto el ascendiente que tomaba Ortiz, principalmente los militares que se habían elevado desde el "cuartelazo" de Julio. La superioridad de Ortiz, sobre ellos, era incuestionable: se veían eclipsados por él, y, como era progresista, temían quedar completamente orillados en el caso de que subiese al primer puesto. Los liberales civilistas temían también el ascendiente de Ortiz, por sus ribetes conservadores; pero, al mismo tiempo, veían con disgusto la influencia que Gámez ejercía en Zelaya, influencia tal que convertía al Presidente en maniquí de aquél. Los principales de esa fracción liberal eran los Baca, los Mayorga y los Balladares de Chinandega. Con motivo de esa influencia de Gámez estaban maliados los Mayorga y el doctor don Francisco Baca h se había retirado del Ministerio y marchado á la campaña de Honduras, porque Gámez abusaba de su influencia y se entrometía en los asuntos privativos de los otros Ministros, nulificando á éstos y dejándoles la responsabilidad moral de todas las arbitrariedades que se cometían, tales como los palos de Matagalpa, la prisión de los granadinos en León y el saqueo por lista.

PLATA: O PALO Y PRISION

Respecto de la prisión en León comprendieron que el objeto era echar sobre el vecindario de la metrópoli lo odioso de aquel procedimiento y dar ocasión para que algún fanático político asesinase á los presos y cayese sobre los leoneses la sangre de las inocentes víctimas para concitar contra ellos el odio de los pueblos de Oriente. Con este motivo, pidieron que se llevaran de allí á los granadinos é hicieron á éstos algunas demostraciones, aunque tardías, de amistad y simpatías. Por otra parte, como esa prisión de los granadinos en León carecía ya de motivo, puesto que había terminado la guerra y había pasado la ocasión de que les suprimieran en el momento de un serio revés, pusieron término á ella y dejaron en libertad á todos. Salieron enfermos, flacos, cadavéricos. Si el cautiverio se hubiera prolongado algún tiempo más, es seguro que algunos de ellos habrían perecido. Se vieron libres, pero no se creyeron seguros y juzgaron prudente ponerse en salvo. Avilés y Salvador Chamorro emigraron para Costa Rica y los otros se retiraron á sus haciendas.

DINERO DE LAS VICTIMAS PARA SOLAZ DE SUS VERDUGOS

Quedaban todavía presos en Managua el General Zavala, don Miguel Gómez y don Alejandro y don Diego Manuel Chamorro. Creía la gente que Ortiz pediría la libertad de esos señores y que Zelaya accedería á su petición; pero la gente se engañó. Ni el uno se acordó de pedir, ni el otro se vió en el caso de conceder ó negar. Ambos no estaban para eso y tenían algo más importante para ellos en qué ocuparse. Sin embargo, á pesar de las fiestas, no se olvidaban de los prisioneros, al menos el Ministro de Hacienda; pero no para aliviar su suerte, sino para exigirles el pago de su rescate. Zavala y Gómez pagaron y fueron puestos en libertad. Los dos Chamorro, á quienes tenían en el cuartel principal de Managua, se resistían á soltar su bolsa. El Ministro dió orden de que apretaran la tuerca, porque el dinero urgía

1) El Lienzo Blanco.

para festejar á los héroes. El primer día aguantaron sin comer los prisioneros y se mantuvieron con agua. El segundo día apretaron más la tuerca, no permitiendo ni agua á los prisioneros. Las familias se alarmaron y pa-

garon el rescate. Esto aumentó el esplendor de las fiestas. Los prisioneros recobraron su libertad en medio del regocijo público. El dinero de las víctimas servía para solaz de los verdugos.

EL APOYO A BONILLA RESULTO GUERRA NACIONAL

DESDE que el ejército pisó el suelo de Nicaragua, recibió constantemente manifestaciones de entusiasmo. En las poblaciones del tránsito, la multitud se agolpaba á su paso para verle desfilar. En León hubo más que entusiasmo por los jefes: hubo respeto, veneración. Ortiz fué elevado a la apoteosis. Zelaya y Gámez llegaron á "solemnizar" las fiestas con su presencia, á pesar de lo que se decía y de lo que los liberales temían. Para conjurar los peligros, los jefes del cuartel previnieron á ciertos progresistas, que si le sucedía algo á Zelaya ellos perecerían. Libres de cuidados, se entregaron todos á gozar de las glorias de sus héroes. La ciudad toda estuvo de gala; los arcos triunfales abundaron; las campanas se echaron á vuelo, los cañones retumbaron, los vítores atronaron los aires. Desde la estación hasta la plaza de armas, el desfile fué perenne ovación, lluvia de flores, palmas y coronas, saludos cariñosos, amables sonrisas y dulces miradas, todo eso con que un pueblo demuestra su entusiasmo, su gratitud y su afecto. En la plaza se había levantado un tablado para tributar al General Ortiz rodeado de varios jefes militares y personas de distinción. El Ministro Gámez, en nombre del Gobierno, le dirigió la palabra, expresándole la gratitud nacional por los servicios importantes que venía de prestar y concluyó poniéndole en el pecho una medalla de oro con que el Gobierno había acordado condecorarlo. De ese acto se tomaron vistas fotográficas, se sacaron muchas copias y circularon con profusión. La medalla fué fabricada en los talleres de la escuela de artes y oficios. En el anverso tenía la inscripción: "La patria agradecida al vencedor de Vázquez". y en el reverso: "General Ortiz, 1894".

FIESTAS TRIUNFALES Y PRESAGIO FUNESTO

Concluidas las fiestas, dieron de baja á las fuerzas de León y Chinandega y continuaron las restantes para la capital. Allí hubo poca fiesta y siguieron la marcha triunfal para la Sultana del Gran Lago á recibir las últimas ovaciones y á desfilar bajo los arcos de madera y bogotana, que simbolizaban "la gloria inmarcesible" obtenida en los campos de Honduras por colocar á Bonilla y afianzar á Zelaya. El "símbolo" correspondió á la "gloria inmarcesible:" un mes después, el viernes santo, precisamente á la hora en que el velo se rompe y las piedras se dan unas con otras, un violento huracán echó abajo con estrépito el gran arco con tanto esmero levantado. Por fortuna no mató á nadie; sólo tronchó un cocotero y maltrató los retratos de los personajes de la época. El vulgo vió en la caída del arco un presagio siniestro por el día, la hora y las demás circunstancias. Algún tiempo después, los otros arcos se deterioraron y las autoridades acabaron de derribarlos. Ahora no queda nada de ellos: desaparecieron, como el humo y el rumor de las batallas, al soplo del viento. Sin embargo, sirvieron un momento para lisonjear la vanidad de algunos. Al frente del grande arco se pronunciaron ardientes discursos por los oradores de aquel

tiempo, obteniendo calurosos y prolongados aplausos de la multitud que no falta en esas ocasiones. Por la noche se iluminó el parque, se colgaron de los árboles farolitos chinos, de variadas formas y una banda marcial ejecutó escogidas piezas para festejar á los "héroes"; pero la concurrencia brilló por su ausencia, demostrando que allí al menos, la patria no estaba agradecida á los "libertadores" de Honduras y á los "regeneradores" de Nicaragua.

MEZQUINA VENGANZA

Al siguiente día, tomó la "trinca" su desquite. Mandó que la banda tocara en el parque como de ordinario; la gente concurrió como de costumbre, y, cuando había muchas señoritas, la banda se retiró súbitamente; los que estaban cerca, se asustaron, creyendo que ocurría algo peligroso, la alarma cundió y la multitud se dispersó en todas direcciones, sin saber de qué huía. Lo que hubo fué ruin venganza de la "trinca". Porque el público no concurrió á solemnizar la fiesta con que celebraron el regreso de los héroes, quiso burlarse de la sociedad haciéndola concurrir atraída por la música y dejándola luego en silencio ó haciéndola huir alarmada. Ese fué el fin de las ovaciones: un pueril despecho porque la sociedad no celebraba el triunfo de los enemigos de su reposo, de sus garantías y de sus libertades. No se contentaban con triunfar: querían que los vencidos tirasen de su carro y les tejiesen coronas. La demencia era completa, tenían perdido el sentido moral. Creían realmente, que acababan de consumir una grande acción y que merecían bien de la patria. Se jactaban de haber ido á redimir á un pueblo y no veían que esclavizaban á otro.

VAZQUEZ ACUSADO CON ZELAYA

Acusaban á Vázquez de tirano cruel, de sanguinario, de bárbaro, de incendiario y de saqueador porque exigía empréstitos forzosos para atender á los gastos de la guerra y creían justificada la guerra para ir á poner término á ese modo de ser de un pueblo hermano. Aparte de la sin razón para intervenir, cualquiera que fuera la manera con que se gobernasen los hondureños, cometían la mayor de las inconsecuencias censurando en sus vecinos lo mismo que ellos hacían en superior escala; es decir, veían la paja en el ojo ajeno y no veían la viga en el propio. La situación de Nicaragua era peor que la de Honduras, dado que fuera cierto lo que los emigrados políticos propalaron contra Vázquez; en Nicaragua no había libertad ni garantías para nadie. Prisiones, confinamientos, destierros, empréstitos forzosos, saqueos, palos, todo eso estaba á la orden del día. ¿Qué más querían? ¿Qué límite tenía allí el poder de los que mandaban? Ninguno. Hacían lo que les daba la gana. La tiranía no era ejercida por uno, sino por muchos. Cada agente del Gobierno, era otro señor en su localidad, más despótico, más grosero,

más repugnante que el principal. No había otra ley que la voluntad de cada uno de los que tenían mando y palo para regenerar á los nicaragüenses. Tales fueron los "redentores" de Honduras, los que derramaron

la sangre y prodigaron el tesoro de los nicaragüenses por quitar á Vázquez y colocar á Bonilla en la Presidencia de la República. Dígase, si es posible mayor es-carnio.

SE DEBILITA ZELAYA

El triunfo sobre Honduras acentuó el predominio de Occidente, redujo á su última expresión la influencia de los liberales de Oriente y convirtió á Zelaya en estafermo de los que le habían elevado. La posición de éste era falsísima, estaba en el aire; lo conocía, pero no podía remediarlo, y lo que hacía para buscarse base, lo empeoraba, como sucede á un atollado, que se hunde más á cada esfuerzo que hace por salir del atolladero. Contribuía mucho á ese malestar el destornillamiento de Gámez que le hacía caminar como abejón, dándose contra las paredes! Buscó aliados en Oriente para enfrentarse á Occidente; á los progresistas, primero, y á los iglesieros, después. No hizo nada; dió á conocer sus tendencias, puso en guardia á los leoneses y para desimpresionarlos tuvo que convertirse en cortesano de ellos y que pasar por una serie de humillaciones. La 1ª que sufrió fué la separación de Gámez del Ministerio de Fomento y la de Carlos García de la Secretaría de la Comandancia General. En vano suplicó y gimió Gámez, en vano recordó sus servicios á la "causa", su culto á los Barrios, Cabañas, Jerez y demás santos del calendario liberal; en vano hacía alarde de su odio á los granadinos y de su amor á los leoneses; nada le valió, ningún efecto produjeron sus lágrimas de cocodrilo; mal dije, le produjeron el de hacerse más odioso y despreciable; odioso á los granadinos y despreciable á los leoneses; á los primeros, por el daño y las molestias que les causaba por congraciarse con los leoneses y á éstos por las bajezas que cometía, arrastrándose á sus plantas é hincándoles el diente cuando podía. La traslación de los restos de Jerez, de Rivas á León, acordada por la Asamblea para tributar honores al difunto, la aprovechó Gámez para molestar á los granadinos y lisonjear á los leoneses. El mismo anduvo en la procesión para llamar sobre sí la atención.

HONRAS FUNEBRES AL CADAVER DE JEREZ

Dispuso que el cadáver se velase en Granada y se le tributasen allí honores de Presidente. Desde su llegada al muelle de Granada comenzó el cañoneo á bordo y en tierra. La procesión hasta la plaza de armas fué espléndida, marchando numerosas tropas al son de la banda marcial y disparando cañonazos de momento en momento. En la Plazuela de los Leones pronunció don Gustavo Guzmán, notable orador de la época, un elocuente discurso, recordando los méritos del finado, sus trabajos, sus caídas, su martirio, en prosecución de su ideal: la Unión de Centro América; y concluyendo con los héroes de la campaña de Honduras que se cubrieron de gloria volando de loma en loma, de cerro en cerro, y de picacho en picacho hasta derribar la tiranía y plantar el árbol de la libertad en la tierra de Morazán y Cabañas. Terminadas las arengas, colocaron el cadáver en la capilla ardiente, formada en el

salón de banderas, y continuó el cañoneo durante toda la noche. En la mañana siguiente llevaron el cadáver á la estación con igual pompa que el día anterior del muelle al cuartel, y por supuesto, el cañoneo continuó con más furor por ser la despedida. Los que conozcan la historia de Jerez, comprenderán lo que significaban los honores tributados á su cadáver y el escándalo de ese cañoneo inaudito en las calles de Granada. No se hacía eso para honrar la memoria del muerto, sino para insultar y mortificar á los vivos.

INTRIGAS DE GAMEZ

Con esos insultos á Granada, buscaba Gámez las simpatías de León; pero no alcanzó estas y aumentó el odio que por él tenían los granadinos, á quienes acababa de saquear, de encarcelar y vejar. Lo que únicamente obtuvo fué que don José Jerez, hijo de don Máximo, escribiese cartas á sus amigos, suplicándoles no arrojasen á Gámez porque había sido amigo en los malos tiempos; pero tampoco le valieron esas cartas. El jaque, puesto en León, era mate. Zelaya quiso salvarle porque era la persona de más confianza para él y al mismo tiempo la única de algún valer entre las nulidades que formaban su circuito de los liberales de Oriente; pero no pudo y tuvo que ceder como Pilatos: lavándose las manos. El público sabía muy bien lo que pasaba y se complacía viendo la tortura en que estaban los dos principales instrumentos de la contrarrevolución; sin embargo, Zelaya quiso disimular, como para ocultar su depresión, y aplazó la resolución hasta su regreso á Managua, para dar ante el público, otro carácter á la medida que se le imponía. Algo fué esto para él, porque sus amigos querían que en León mismo é inmediatamente despidiese á Gámez y á García. Algunos creían, que ya en Managua obraría Zelaya con más independencia y quizá se mantendría firme; pero se equivocaban porque no tenía más poder ni más fuerza, que el poder y la fuerza de los leoneses. Gámez agotó su arsenal de intrigas, habló hasta con las paredes y suplicó á sus compañeros con lágrimas en los ojos que no lo echaran, en atención, siquiera, al placer que iban á dar á los conservadores arrojando con vilipendio al abanderado de la Cuesta. Mas todo fué en vano.

ESTREPITOSA CAIDA DE GAMEZ

La caída de Gámez estaba decretada y arrastraba consigo al Secretario García, con quien estaba identificado. A los pasados motivos de queja que los liberales tenían contra él, se había agregado otro más reciente. Había querido indisponer á Zelaya con los leoneses, haciéndole creer que proyectaban botarlo. A fin de evitar esto, había enviado á León, cuando se aproximaba el regreso del ejército de Honduras, trescientos

soldados rivenses para que se apoderaran del cuartel. Los liberales de León tomaron aquello como una ofensa é hicieron regresar inmediatamente esas tropas, sin darle siquiera noticia á Gámez, que las había enviado como Ministro de la Guerra. En medio de su atolondramiento había manifestado Gámez que Zelaya desconfiaba de ellos y había metido ciertos cuentos entre Zelaya y Rubén Alonso, uno de los más influyentes entre los liberales de Occidente. Todos estos enredos se descubrieron: Zelaya negó que tenía desconfianza de sus amigos, negó también haber enviado fuerzas á León y declaró que eran cosas de Gámez. Estuvo á punto de haber un desafío entre Alonso y Gámez; pero medió Zelaya y concluyeron todos los enredos, acordando la separación de Gámez. Mandó Zelaya poner un telegrama llamando á don Gabriel Rivas, de Chinandega, para encargarlo la Secretaría de la Comandancia. Como aquel no llegaba, le pusieron otro despacho y se averiguó que no había recibido el primero. Llamado el telegrafista, se descubrió que el Secretario, de acuerdo con el Ministro Gá-

mez, había impedido la trasmisión del despacho. Se tomó eso como acto de infidencia y se corrió la voz de que por ese motivo eran separados de sus puestos Gámez y García. Expediente necio, inventado para ocultar la imposición de los occidentales. Nadie creyó en ello y sirvió para hacer más notoria la dependencia en que estaba colocado Zelaya. Casi no mandaba ya. Era un papel ridículo el suyo. Se había convertido en horario puesto en Managua del reloj, cuya máquina estaba en León. Se resignó con su desventurada situación y se dejó llevar por la corriente. Para colmo de su desventura, se había levantado en Occidente un astro refulgente que eclipsaba su estrella. Todas las miradas se dirigían al nuevo astro. Un coro de armonías se elevaba hacia él como el de los pajarillos que saludan la aparición del sol. Ese saludo de los cortesanos al astro naciente, es el peor de los síntomas para el astro que se pone: es como el "de profundis" cantado sobre una tumba que vá á cerrarse. Ya no hay más que esperar sobre la tierra.

ORTIZ, EL NUEVO IDOLO

NADIE había sido en Nicaragua tan lisonjeado como lo fué Ortiz, á su regreso de Honduras. Ni presidentes populares, ni generales victoriosos, ni jefes de partido en el apogeo de sus prestigios, fueron nunca allá elevados á la apoteosis con el entusiasmo desinteresado y espontáneo con que fué acogido Ortiz. Parecía Bonaparte volviendo de Egipto, precedido del ruido de sus lejanas victorias que realzaban las glorias adquiridas en la campaña de Italia y le presentaban á los ojos de la multitud como la encarnación de la victoria, Choluteca, Tegucigalpa, Toncontín, Juana Lainez, la Leona y el Picacho, resonaban todavía en los oídos de la multitud como algo extraordinario y maravilloso que eclipsaba Mateare y la Cuesta. La distancia da á los objetos proporciones morales gigantescas, transfigura á los hombres y les saca del nivel común. Ortiz no era ya el mismo que todos habían conocido y tratado. De Julio á Enero, se había convertido en coloso. El grande hombre estaba allí, decían todos; le había faltado ocasión para darse á conocer, se le presentó y dió lo que era; el germen se desarrolló y ha dado abundantes y lozanos frutos. Era una perla escondida, exclamaban otros, se abrió la concha por casualidad y saltó á luz. No perla, sino diamante oculto por grosera corteza, decían otros más apasionados. Telegramas, cartas, discursos le llegaban de todas partes de la República. Todos á porfía quemaban incienso ante el nuevo ídolo; se agotó el vocabulario de la lisonja; se recorrieron los nombres gloriosos inmortalizados por la fama y se encontraron pequeños ante el suyo; la historia y la mitología prestaron su contingente y ayudaron á salir del paso á los devotos de la nueva divinidad en camino ya para el Santuario. "Tú eres sol, le dice un General, y yo quisiera ser uno de tus rayos". "Como Hércules es símbolo de la fuerza, Minerva de la sabiduría, etc., etc., tú eres símbolo de las energías de Occidente", le dijo un literato. No es posible recordar lo que todos le dijeron en prosa y en verso; baste decir

que se llenó un álbum voluminoso y que por más de un mes publicó de él algo cada día el "Siglo XX"

MAQUINACIONES DE ZELAYA CONTRA ORTIZ

Sea como fuere, merecido ó no, preciso ó exagerado, lo que se decía, lo cierto es que ponía de manifiesto el prestigio de Ortiz y podía servir de termómetro para medir el estado de la opinión pública en su favor. Un amigo del astro que se levantaba, me dijo al leer tantas cosas: Esto es fatal para Ortiz, le va á perder; ya lo verá usted. ¿Por qué, le pregunté, cree usted que se envanecerá y cometerá alguna tontería? No es eso, me contestó, sino que despertará los celos de Zelaya y tratará este de hundirlo para quitarse esa sombra. Realmente, Zelaya estaba triste é inquieto, le mortificaban los elogios tributados á su rival y no podía impedirlos ni mostrar su disgusto porque era dar su brazo á torcer. Disimuló su despacho, maquinó en silencio; puso sus lazos y esperó. Halagó á Ortiz, ofreciéndole el Ministerio de la Guerra, no como á otro cualquiera, sino como al llamado á sucederle y por consiguiente á compartir con él, desde luego, las tareas del Gobierno. Tuvo Ortiz la sencillez aceptar el puesto y un alojamiento en el Palacio, mientras se le preparaba una mansión digna del vice-Presidente de la República. Le faltó mundo á Ortiz; si no, hubiera comprendido que Zelaya era su enemigo y no podía pretender aumentar sus prestigios. Claro está que buscaba cómo rebajarlo, cómo desconceptuarlo, y, sobre todo, un pretexto para romper con él y aplastarlo. Si no acepta, se mantiene alejado, sereno y colocado á la altura á que le daba derecho su calidad de vice-Presidente, sus prestigios se aumentan, no hay pretexto para un rompimiento y sin dificultad habría llegado á la Presidencia de la República á despecho de Zelaya y de los envidiosos que tenía en su mismo pueblo. Tomó posesión del Ministerio y se hundió. Al principio parecía que todo iba bien. La más perfecta armonía se notaba entre él y Zelaya; en todo caminaban

de acuerdo; era un ducinato el Gobierno de la República. El aspecto que llevaba aquello parecía justificar el paso en falso dado por Ortiz y demostrar que á Zelaya le había salido el tiro por la culata. La estrella de Ortiz brillaba y la de Zelaya se apagaba. Los cortesanos buscaban al vice-Presidente, los aspirantes se dirigían á él y casi nadie tocaba ya para nada con el Presidente. De hecho, Zelaya había cesado de reinar. ¡Qué de tempestades encadenadas habría en su alma! La situación esa no podía prolongarse, la posición de Zelaya era rayana en el ridículo; tenía que haber un choque y el choque debía producir una caída.

ORTIZ CAE VICTIMA

La cuerda, como siempre, se rompió por lo más délgado. Comenzó á romperla el Comandante de Managua, "alterego" de Zelaya. La manera fué muy sencilla, se negó obedecer las órdenes del Ministro de la Guerra y declaró que sólo obedecería las del Comandante General. El Ministro no podía tolerar ese acto de insubordinación y ocurrió al Presidente para restablecer el orden; pero nada obtuvo, por supuesto. Aquel desorden era ya el orden. Lo que hacía el Comandante de Managua, seguirían haciéndolo los demás y la autoridad del Ministro se reduciría á nada. No tardó en suceder lo que se esperaba. El Comandante de Corinto no hizo caso de un pasaporte extendido por el Ministro é impidió, de orden superior, la salida de quien lo llevaba. No había ya manera de equivocarse. Lo hecho no era provocación, sino el comienzo de las hostilidades. Ortiz renunció, no volvió al despacho, fué aceptada su renuncia y todos le consideraron un caído y le vieron perdido si inmediatamente no había algo extraordinario. Y efectivamente estaba perdido. En el Palacio decían que no podían mandar dos, que Ortiz quería hacerlo todo, que era muy pretencioso, que disponía de todo como si él mandara y que era preciso concluir con aquel modo de ser. En León tenía Ortiz muchos amigos, pero los jefes del cuartel no le eran adictos: eran los mismos que se pronunciaron el 11 de Julio, eran hechuras de Zelaya, seguían á este y miraban mal al otro por ser de su mismo pueblo y haberlo

visto y tratado antes de su elevación. Esos sus compañeros de armas, lejos de secundarle ni ayudarle, sentían placer con su caída y no tardaron en probarlo.

EL ASTRO SE HUNDE EN EL OCASO

Se aproximaba el 11 de Julio. León se preparaba á celebrar con gran pompa el primer aniversario de la "gloriosa". Con este motivo llegó Zelaya á la metrópoli y en la estación se encontró con Ortiz, que salía para una su finca, situada en el departamento de Chinandega. Se saludaron como buenos amigos y antiguos camaradas y conversaron con la cordialidad de otros tiempos. Algunos creyeron que estaban reconciliados. Las fiestas no tuvieron la animación que se esperaba. Se conocía que León no estaba satisfecho y que algo le faltaba. En la tarde, numerosos amigos de Ortiz le vivaban recorriendo las calles y algunos tomaron el tren para ir á festejarle á su retiro. Esa manifestación de simpatías fué considerada como síntoma de rebelión; pero nada podía legalmente hacerse contra el que era objeto de esas simpatías por las inmunidades de que gozaba como vice-Presidente de la República. Había que allanar el camino y lo allanaron. Las cosas se deshacen, se dijeron, de la misma manera que se hacen. Ortiz fué nombrado vice-Presidente por la Asamblea, pues que la Asamblea lo deshaga, sin que el Presidente de la República aparezca arrojando del Olimpo á su compañero y amigo. Un diputado de León, de los compañeros de Ortiz, fué quien hizo la moción para que se derogara el decreto de 15 de Setiembre en la parte referente al nombramiento de vice-Presidente. La Asamblea estaba preparada, aceptó la moción y decretó la destitución de Ortiz. Al saber éste lo que ocurría, comprendió que comenzaban las hostilidades seriamente y se fué con algunos amigos para Corinto con objeto de salir del país, según dijeron, —pero allí supusieron que conspiraba y que llegaba con el propósito de tomar el puerto para dar comienzo á una revolución. Eso bastó para prenderlo y remitirlo custodiado á la capital de la República. El astro se eclipsó en pocos días, el coloso se desplomó y se probó una vez más que del Capitolio á la Roca Torpeya no hay más que un paso.

FARSA DE ALEGRIA POLITICA

El primer aniversario de la "gloriosa" lo celebraron los liberales con las fiestas de costumbre en tales casos, esto es, izar la bandera al amanecer y bajarla al anochecer, disparar cañonazos cada media hora durante todo el día, reunirse en el cabildo ó en el cuartel para tomar algún refresco, hacer un paseo por las calles, con música y garrafonos de aguardiente, parándose en algunos puntos dominantes para pronunciar discursos, y, exitando al vecindario para que ponga banderas en las puertas ó ventanas de las casas. Eso es lo de cajón, lo reglamentario. Cuando el aniversario es popular y hay entusiasmo, sacan por las calles ciertos bailes nacionales, llamados inditas, toro-tigre, toro venado, chinegrilo, mantudos, diablitos y yegüita. Los de cada baile forman una cuadrilla, á la que se agregan los muchachos, los desocupados y los curiosos. La buena sociedad tiene saraos y banquetes. De esta manera sólo

en León celebraban la "gloriosa", porque, propiamente, era de ella la contrarrevolución de Julio. Fuera de la metrópoli, las fiestas se limitaban á lo de cajón, es decir, á lo oficial, á lo que hacían las autoridades con sus circulitos de parásitos. En este aniversario hubo algo más, porque se inauguró el régimen de la "libérrima". Ya he dicho que la Constitución de Nicaragua es quizá la más liberal del mundo, pero está escrita, solamente y bien guardada para que no se ensucie y pase á las futuras generaciones como elocuente testimonio de lo que fué la "gloriosa".

SARCASMO DE DEMOCRACIA

Lo que rige es la "ley de orden público", el reverso de aquella, la constitución del despotismo más grosero, más escandaloso, más repugnante, porque tiene la hipocresía de cubrir con el manto de

la legalidad los caprichos del Presidente, poniendo á éste en mejor condición que el Autócrata de Rusia, que el Sultán de Turquía, que cualquier déspota del Oriente. Desde la víspera se comenzó á saber lo que era la "libérrima", principalmente en Granada y en Rivas que es donde se ha lucido mejor el liberalismo, es decir, el "bandolerismo" elevado á sistema de Gobierno. Los Jefes políticos decretaron que todos los vecinos celebrasen la "gloriosa", adornando las calles con banderas colocadas en sus puertas ó ventanas, bajo la pena de cinco pesos de multa á los contraventores. Si eso no es efecto de demencia, es el acto más sarcástico con que se puede conmemorar una revolución redentora é inaugurar una era constitucional de justicia, derecho y libertad ¡Obligar á tomar participación en una fiesta! ¿Cabe la asociación de esas ideas en mente sana? Si eso sólo es odioso y repugnante, ¿qué diremos si se trata de que el vencido celebre su derrota; de que las víctimas festejen á sus verdugos? Esto no tiene nombre, es un absurdo que no ha previsto la mente humana. En ciertos pueblos antiguos no había pena para el parricida, porque no conocían el parricidio, porque no concebían ese crimen. ¿Ha concebido alguien la idea de obligar á reír á quien debe llorar, de obligar á estar de fiesta á quien tiene luto en el alma, de obligar á que uno celebre lo que le infama, á que se goce en lo que le atormenta, á que endiose lo que le deshonra? Eso no cabe ni entre paganos; ni entre bárbaros podrá creerse que quepa en pueblos cristianos, en sociedades republicanas y que consume en nombre de la justicia, del derecho y la libertad. Sin embargo, eso hicieron los agentes de la "gloriosa" para celebrar su aniversario é inaugurar su "libérrima". No les bastaba el botín, no les bastaba su triunfo, no les bastaba su gloria: querían gozarse con las contorsiones de sus víctimas, querían verlas apurar hasta las heces el cáliz de la amargura, querían torturar sus almas después de haber apaleado sus cuerpos, querían rebajar el carácter del hombre después de allanar sus moradas, de saquear sus cajas y de suprimir sus derechos y libertades en nombre de la democracia. Muy pocos tuvieron la debilidad de acatar el úkase liberal; la generalidad pagó la multa, nueva forma del saqueo en pequeña escala

LA VÍSPERA Y EL DÍA

Si por la víspera se saca el día, júzguese cómo sería el régimen liberal desde el comienzo del imperio de la "libérrima". En el paseo que las autoridades hicieron por las calles, con las formalidades de costumbre, algunos oradores de la época se lucieron desde los atrios de las iglesias, poniendo de oro y azul á los conservadores por retrógrados, oscurantistas y enemigos de la libertad. Eran divertidas esas arengas callejeras de pobres muchachos trasnochados, empujados por las autoridades para que lanzasen dicerios sobre lo mejor de la sociedad de Nicaragua. El cañón, por supuesto, retumbó todo el día, mortificando á la gente nerviosa y descomponiendo el tejado de las casas. En la noche fué lo mejor de la fiesta, la verdadera inauguración de la "libérrima", es decir, la primera violación escandalosa de las garantías constitucionales, como para dar la muestra de lo que valía

la ley fundamental y de lo que podían esperar de ella los que aun creyesen en la "gloriosa".

TIRANIA LEGALIZADA

Según la ley que comenzaba á regir, el domicilio de todos es sagrado y sólo puede ser allanado de día, para ciertos fines y con las formalidades prescritas para estos casos. Pues bien, á pesar de eso ó quizá por eso, en la noche, cuando Granada dormía, muchas escoltas se ocupaban en allanar las casas de las principales familias con el pretexto de buscar armas hasta en los aposentos y debajo de las camas. Esto era muy libérrimo, y, sobre todo, muy glorioso. El escándalo debía ser mayúsculo; pero no fué tal: todos se rieron por el sarcasmo constitucional y como satisfechas de que sucediera lo que, según ellos, debía suceder para probar que todo era farsa: el liberalismo se suicidaba. Sin embargo, se habló de aquello y se comentó como si fuera hecho escandaloso, el que, dadas las circunstancias, era muy natural y puesto en regla. Las autoridades se excusaron diciendo que habían procedido de orden del Comandante General don J. Santos Zelaya. Se les objetó que la orden sería legal, pero para cumplirse de día y con los miramientos debidos á las personas cuyos domicilios se violaban. Contestaron que la orden era terminante y que no podía dejarse para el otro día porque en la noche podía estallar la revolución. Esta evasiva para explicar el abuso, es una confesión de miedo y de impotencia.

LOS TEMORES DE CAÍN

La verdad es que el gobierno ese, constituido de una manera tan rara, se mantenía inquieto, viendo fantasmas revolucionarios por todas partes, temiendo traiciones y asesinatos y presintiendo algo terrible, pavoroso é impalpable; que se acerca y que debe llegar, sin saberse de dónde. ¿Qué sería? Es lo de siempre: el remordimiento, el temor del castigo, la voz de la conciencia que acusa y que á cada instante dice al traidor, traidor; al asesino, ¡asesino!, al ladrón, ¡ladrón!, al bandido, ¡bandido! Las lisonjas de los cortesanos, la copa de los festines, la música de las fiestas, los ¡hurra! de la multitud, festejando el éxito, el humo del incienso, el retintín del oro usurpado, no alcanzan, no, á ahogar esa voz que acusa, esa voz que truena desde el fondo de la conciencia, repitiendo sin cesar ¡infame, vil canalla: tiemblo! ¡Si escapas de la justicia de los hombres, no escaparás de la justicia de Dios! Eres maldito y serás castigado! ¡La Providencia tiene á veces complacencias, retrasando, aplazando la hora de la expiación; pero al fin llega! ¡Dios te ve, te tiene presente; no puede olvidarte; pero de todos aquí estoy que te acuso, yo que te delato, yo que pido incensadamente tu castigo! y el malvado tiembla; está intranquilo, agitado, de día y de noche, dormido y despierto. Su vigilia, como su sueño, es perenne pesadilla. Así vivió Caín, así estuvo Judas, así viven todos los traidores, todos los tiranos, todos los que esclavizan á los pueblos todos los que vierten la sangre de sus hermanos y visten con sus despojos y se alimentan con sus rapiñas

F I N